

ESCUELA, CUENTO Y ZAVALETA:

lectura y aproximaciones a su narrativa

Salomón Vásquez Villanueva

Rubén Morales Mateo

Madeleine Campos Ramírez

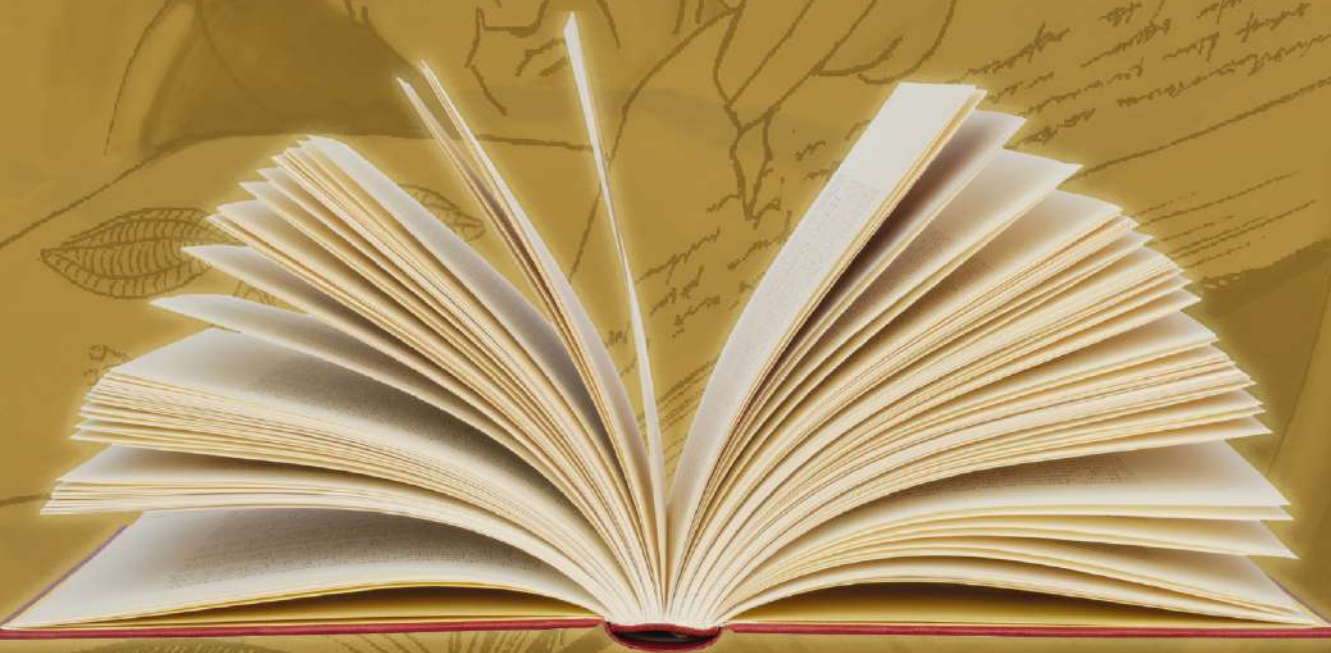
Tito Goicochea Malaver

Melva Hernández García

Benjamin Paredes Guerra

Enrique Seleno Huasasquiche Medina

Eloy Colque Díaz



CIDE
EDITORIAL



***ESCUELA, CUENTO
Y ZAVALETA:***

lectura y aproximaciones a su narrativa

ESCUELA, CUENTO Y ZAVALETA:

lectura y aproximaciones a su narrativa

Autores

Salomón Vásquez Villanueva
Rubén Morales Mateo
Madeleine Campos Ramírez
Tito Goicochea Malaver
Melva Hernández García
Benjamin Paredes Guerra
Enrique Seleno Huasasquiche Medina
Eloy Colque Díaz

**Escuela, cuento y Zavaleta:
lectura y aproximaciones a su narrativa**

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquiera otro, sin la autorización previa por escrito al Centro de Investigación y Desarrollo Ecuador (CIDE).

Copyright © 2023
Centro de Investigación y Desarrollo Ecuador
Tel.: + (593) 04 2037524
<http://www.cidecuador.org>

ISBN: 978-9942-636-29-4

<https://doi.org/10.33996/cide.ecuador.EZ2636294>

Dirección editorial: Lic. Pedro Misacc Naranjo, Msc.
Coordinación técnica: Lic. María J. Delgado
Diseño gráfico: Lic. Danissa Colmenares
Diagramación: Lic. Alba Gil
Fecha de publicación: agosto, 2023



La presente obra fue evaluada por pares académicos experimentados en el área.

Catalogación en la Fuente

Escuela, cuento y Zavaleta: Lectura y aproximaciones a su narrativa / Salomón Vásquez Villanueva, Rubén Morales Mateo, Madeleine Campos Ramírez, Tito Goicochea Malaver, Melva Hernández García, Benjamin Paredes Guerra, Enrique Seleno Huasasquiche Medina, Eloy Colque Díaz. Ecuador: Editorial CIDE, 2023.

181 p.: incluye tablas, figuras; 17,6 x 25 cm.

ISBN: 978-9942-636-29-4

Semblanza de los Autores

Salomón Vásquez Villanueva

salomonv@upeu.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0001-8824-6176>

Dr. Salomón Vásquez Villanueva. Docente universitario, escritor, poeta, narrador, ensayista, crítico, investigador. Estudios realizados: Universidad Nacional de Cajamarca (Licenciatura en Educación, Especialidad: Lengua y Literatura), Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana), Universidad Nacional



Federico Villarreal (Doctorado en Administración), Universidad Inca Garcilaso de la Vega (Doctorado en Psicología), diplomados en investigación. Cargos desempeñados: secretario general en la Universidad Nacional de Tumbes y en la Universidad Peruana Unión. En la UPEU: secretario académico de facultad y de la escuela de posgrado; director de la escuela de posgrado. Tiene publicaciones de artículos en revistas de alto impacto, también libros universitarios.

Rubén Morales Mateo

moralrub7@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0004-8737-0588>

Docente nombrado en el Ministerio de Educación (Perú), escritor e investigador. Estudios realizados: Universidad Peruana Unión, licenciado en Educación en la Especialidad de Lingüística y Literatura y Maestría. Universidad de Huánuco, Bachiller de Administración de Empresas, CICEX estudios del idioma inglés, OEI Diplomado de especialización profesional en Educación para la Cultura Científica.



Dos años consecutivos Jurado de Redacción en la Unidad de Gestión Local, Pasco. Ganador en los Juegos Florales y FESTTA y premiado por ser el mejor director de teatro 2019 con participación de teatro en la Macrorregional 2022. Ha escrito los siguientes libros: “Aves y perros hambrientos”, Análisis y comentarios. “Pilares de mi tierra”, Cuentos.

Madeleine Campos Ramírez

samad@upeu.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-4046-2176>

Estudió Educación en la Universidad Peruana Unión, donde obtuvo el bachiller y la licenciatura en Educación, con especialidad en Lingüística y Literatura, además la especialidad en Primaria. Realizó estudios de Postgrado y Maestría en Educación, con mención en Administración Educativa. Doctorado en Educación con mención en Gestión Educativa. Docente del Ministerio de Educación del Perú. Asesora de tesis en la Universidad Peruana Unión. Docente nombrada en el Ministerio de Educación (Perú). Ha publicado varios artículos científicos en revistas indexadas.



Tito Goicochea Malaver

tito.goicochea@upeu.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-4815-5904>

El Dr. Tito Goicochea es docente asociado de la Universidad Peruana Unión (UPeU). Actualmente es el director general de educación a distancia de la misma. Por más de 12 años ha sido director de educación, comunicaciones y libertad religiosa para la Iglesia Adventista del Séptimo Día, en diferentes regiones del Perú. Ha estado a cargo de la oficina de currículo y gabinete pedagógico en la UPeU, también de la dirección de la elaboración del modelo educativo adventista y los programas curriculares de inicial, primaria y secundaria de la red de colegios adventistas del Perú. Ha presidido la comisión designada de la elaboración del modelo educativo 2021 de la UPeU y ha asesorado la elaboración de los currículos de pregrado y posgrado. Tiene estudios en teología, bachiller en ciencias físicas, licenciado en educación matemática. Tiene el grado de maestro en educación con mención en gestión educativa; el grado de doctor en administración de negocios y un postítulo en educación basado en competencias.



Melva Hernández García

<https://orcid.org/0000-0001-6685-4541>

melvahernandez@upeu.edu.pe

Melva Hernández García, es doctora, docente asociado en la Universidad Peruana Unión (UPeU). Actualmente es directora de aprendizaje virtual y coordinadora de diseño instruccional de educación a distancia. Tiene una extensa experiencia por más de 15 años, en la condición de docente de aula en el nivel primario. Ha sido directora de los colegios



adventistas en la Misión Peruana del Norte. Es docente en la Facultad de Ciencias Humanas y Educación, desde el 2017 hasta la fecha. Ha sido directora de la escuela profesional de educación de la Facultad de Ciencias Humanas y Educación, también secretaria académica en la facultad referida, durante el periodo 2019-2022. Ha sido coordinadora de diseño y evaluación curricular, para la escuela profesional de educación de la UPeU. Tiene estudios en Psicología, es bachiller en Ciencias de la Educación, Licenciada en Educación, nivel primario. Tiene el grado académico de maestra en educación con mención en administración educativa; es doctora en educación con mención en gestión educativa.

Benjamin Paredes Guerra

benjaminparedes@upeu.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-6239-1209>

El Mtro. Benjamin Paredes Guerra es docente de educación básica y superior, traductor, intérprete e investigador. Estudió traducción e interpretación en la Universidad Ricardo Palma, en los idiomas inglés y francés. Realizó estudios de maestría en educación con mención en docencia universitaria e investigación en la Universidad Peruana Unión (UPeU) y maestría en traducción, con mención en traducción especializada y audiovisuales en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Fue coordinador académico del Instituto de Idiomas de la UPeU. Actualmente es coordinador y docente en el Programa de High School del Colegio Unión de Ñaña brindado por Griggs Academy de Andrews University, encargado de la oficina de traducciones científicas de la UPeU y dictaminador de trabajos de investigación.



Enrique Seleno Huasasquiche Medina

enriqueshm_7@hotmail.com

<https://orcid.org/0009-0003-1202-9353>

Nacido en Ica, Perú. Estudió en la Universidad Peruana Unión, donde obtuvo el grado de bachiller en educación, la especialidad en lingüística y literatura. Actualmente, es candidato al grado de maestro en educación, con mención en gestión educativa. Su experiencia profesional y laboral marca el ejercicio de docente, con un tiempo mayor a 23 años, en la Institución Educativa 0412, sito en la ciudad de Tocache, departamento de San Martín, donde ha sido subdirector durante 2 años. Actualmente es director, cuyo periodo ya revela 3 años.



Eloy Colque Díaz

colquediazeloy@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-4555-0674>

Nació en Espinar, Cusco: Perú. Estudió en la Institución Adventista Espinar (CPA). Obtuvo la licenciatura en lingüística y literatura; y el grado de magíster en investigación y docencia Universitaria, en la Universidad Peruana Unión (UPeU), Lima, Perú. Asimismo, realizó sus estudios doctorales en Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional Enrique Guzmán y Valle, Lima, Perú, es candidato a doctor. Fue docente y coordinador de investigación de la escuela profesional de educación de la UPeU. Actualmente es docente de redacción de la Universidad Tecnológica del Perú (UTP). Además, es corrector de redacción de estilos, asesor de trabajos de investigación.



Dedicatoria

A nuestros respectivos estudiantes, con el anhelo del encuentro de nuevos horizontes, en el camino de la justicia y la superación.

Prólogo

¿Una trilogía más de la educación?

En la ruta del maestro hay trilogías fundamentales que se tienen que atar o desatar, armar o desarmar, en la praxis pedagógica cotidiana. Y esta tarea se debe cumplir armoniosa, equilibrada y constantemente. Una de ellas, por ejemplo, es el desarrollo físico, mental y espiritual; otra, el diálogo educativo entre maestro, alumno y currículo; otra más, la rúa del niño, el libro y el hombre; y otra, la enseñanza-aprendizaje del maestro, el alumno y el Espíritu Santo. Y se puede seguir triangulando aún más el tema de la educación. De tal modo que se pueda contribuir para la explicación de la complejidad del pensamiento educativo, porque se trata del ser humano y de su realización personal en el presente y de su proyección hacia el futuro. Entonces se trata también de la educación trascendente, que va más allá de sustantivos, adjetivos y verbos pedagógicos.

Curiosamente, en estos días aciagos de la educación y la cultura nacional, cuando los antivalores y la amoralidad han instalado sus reales no solo en los predios gubernamentales, sino entre las moribundas luces de las aulas de la educación, me llega a las manos un breve manuscrito para leer. El que leí precisamente con fruición e interés inusitados. No

solamente porque los autores forman parte de mi círculo de amistad, sino porque el tema del libro gira en torno a la educación. Y esta, sobre todo la educación cristiana, es mi pasión de siempre. Y me siento honrado por prologar algunas palabras, acaso llenas de limitaciones, pero son frutos del pensamiento de mis manos y de las acciones de mi mente.

Escuela, cuento y Zavaleta: lectura y aproximaciones a su narrativa, es un libro que, en el trasfondo del texto, postula una nueva trilogía educativa: La escuela, el cuento y el maestro. Perfecto. Es una hermosa realidad sacada a flote del leteo educativo. Inger Enkvist, valiente pensadora de la educación actual, dice que el cuento y la conversación, junto a la lectura, son, entre otros, los grandes olvidos de la educación posmoderna. Hoy, la escuela requiere no solo de competencias cognitivas, sino de destrezas de conversación, de habilidades de contar. Dice Graciela Pacheco, fina narradora argentina, el cuento opera en la personalidad en dos estadios diferentes: superficial y profundo. Es decir, sostiene la autora, “el cuento (las historias, especialmente las narradas) es un vehículo valioso para que el niño construya sus propios saberes significativos”. Asimismo, con grande acierto, Jaqueline Held sostiene que “un texto es recibido no solo en el nivel de la inteligencia, sino en el nivel de la sensibilidad y de la imaginación a las que nutre por igual”. He allí la importancia del cuento y de la narración de cuentos e historias en la educación, sobre todo en las aulas de los niños e infantes. Porque junto al juego, que es una de las herramientas indiscutibles de la vida del niño y en el desarrollo armonioso de sus potencialidades, está la narración de cuentos e

historias. Es más, son inseparables en el aprendizaje y el desarrollo integral del niño. Los maestros actuales no debemos perder de vista este asunto, porque narrar es contar, referir, compartir, empatizar; igual que el remoto “mester de juglaría” o el, aún más remoto, excelente y sabio Haravicu de los Incas, cuya finalidad al contar o recitar historias, buscaba alegrar, emocionar el corazón de los hombres y prodigarles aprendizajes significativos para la vida. Ernesto García dice que el fin de un cuento es buscar la felicidad del hombre, reconciliándolo con la vida.

En este camino, Bárbara Físher, conceptuosa educadora cristiana, del Avondale College, Australia, anota: “La narración de historias conecta a las personas, presentándolas nuevas ideas y haciéndoles pensar. Todos nos interesamos en ellas. Despiertan nuestra imaginación, nos ayudan a entender el pasado y contribuyen a formar nuestra identidad como individuos, familias, comunidades y naciones. La narración de historias y relatos siempre ha sido parte de la experiencia humana”. Por tales razones, la autora recomienda practicar en las escuelas la lectura y los análisis del cuento y la narración de historias, sobre todo las meta narraciones. Es decir, las grandes historias cosmogónicas del hombre y del mundo, del hombre y de Dios. En este caso, la Biblia es un libro que contiene, por ejemplo, las grandes metanarrativas del mundo cristiano, cuya línea histórica está basada sobre el conflicto cósmico entre Cristo y Satanás. Entre el bien y el mal.

En ese sentido, con bastante beneplácito he tomado en mis manos y he leído el libro *Escuela, cuento y Zavaleta: lectura y aproximaciones*

a su narrativa de distinguidos maestros de la educación. Eso es lo que saco de manera ipsofacta y de mi primera lectura. Porque en verdad sería muy difícil relacionar la escuela con el cuento sin el concurso del maestro, y, en este caso, el maestro es el encumbrado hombre de letras, Carlos Eduardo Zavaleta.

En esa dirección, entonces Zavaleta adquiere el nivel de símbolo, porque los maestros pueden ser también los autores; asimismo, otros maestros y maestras, o un padre, una madre, un tutor, un pastor, un sacerdote. Y, ahora bien, la escuela es símbolo, porque puede ser la casa, el hogar familiar, que también es una escuela, o la iglesia, el grupo pequeño, la congregación, que también son escuelas. Qué riqueza entonces. Y del mismo modo, el cuento es también símbolo, porque puede ser un tema, una predicación, una exposición, un testimonio, que muy bien pueden ser usados en el hogar, en la iglesia y en la escuela misma. Qué tamaña trilogía, qué amplitud y profundidad de concepto de la educación.

Creo que el libro de escritores profundos, excelentes maestros y líderes educativos, merece y requiere otras lecturas también, porque se trata del cuento en la escuela. Y con el cuento se corre el riesgo de quedarse en la superficie o de adentrarse en la profundidad de las aguas. La invitación está hecha entonces: Hay que leer, mirar y gustar *Escuela, cuento y Zavaleta: lectura y aproximaciones a su narrativa*.

Lograr que la trilogía escuela, cuento, maestro, funcione en las aulas actuales, es un desafío. Y sobre todo que funcione de modo

equilibrado, armonioso e integral, porque hay necesidad y urgencia de una Educación que esté enfocada hacia la persona y no solo hacia el conocimiento o la sociedad. Como dice Antonio Pérez, en estos tiempos, los maestros deben “dejarse tocar por el dolor y la miseria de los demás”. Es decir, en las escuelas posmodernas, el maestro debe hacerse prójimo de sus estudiantes, acercarse a ellos, entablar comunicación con los otros, puede que estén en situaciones de víctima o de suprema necesidad.

El rol del maestro en el siglo XXI es múltiple, debe desempeñarse en las funciones de especialista, padre amigo, pastor consejero, profeta, sacerdote. Esto elevaría y ampliaría de manera profunda la tarea de la educación cristiana, a fin de afrontar los resultados del mercantilismo de la educación actual: la deshumanización y maquinización del ser humano. Hace falta recuperar los grandes temas olvidados en las escuelas, dentro de ellos el cuento y la narración oral, el canto escolar, la reflexión, la capacidad de pensar, el cultivo del idioma, el placer de la lectura, y una fraternal socialización.

Desde estas líneas expreso mi felicitación a todos los autores, que el ejercicio de sus magisterios continúe por el camino de la integralidad, del servicio abnegado y del amor sin condiciones. Porque solo estas cosas, y sobre todo el amor le devolverá a la educación la razón de su existencia. Y que sigan entonces encendiéndose más luces con más publicaciones. Un abrazo enorme para los autores.

¡Por la causa de la educación cristiana!

Dr. Donald Jaimes Zubieta

Índice del contenido

Semblanza de los autores	9
Dedicatoria	17
Prólogo	19

Capítulo 1 **A modo de introducción:** **reacciones póstumas**

A modo de introducción: Reacciones póstumas	29
---	----

Capítulo 2 **Reflexiones teóricas sobre el** **cuento de Zavaleta**

La cuentística de Zavaleta: la perceptiva literaria de Luis Jaime Cisneros	41
La cuentística de Zavaleta: la perceptiva literaria de Manuel Jesús Baquerizo	46
La cuentística de Zavaleta: la perceptiva literaria de Marco Matos Carrera	50
Las técnicas narrativas de los 50s	52
Características esenciales del cuento	61

La semiótica y lectura literaria	66
El papel del lector en la significación de la obra	70
El papel del autor en la significación de la obra	73
Perspectiva sociológica de la lectura	75

Capítulo 3

Zavaleta en la Universidad Peruana Unión

A modo de introducción	81
C.E. Zavaleta y Paideia	82
Salomón Vásquez, Zavaleta y su “Vestido de luto”	86
Zavaleta y su “Vestido de luto,” en la Universidad Peruana Unión	94
Zavaleta con los estudiantes en la Unidad de Posgrado de Educación .	99
Zavaleta en “Jamás y para siempre”	103
Homenaje póstumo de la Universidad Peruana Unión a Zavaleta	107

Capítulo 4

Adolescentes y juveniles: el mundo narrativo de zavaleta

En la escuela, colegio y universidad: los límites sin fronteras	115
Alumnos y profesores	115
Alumnos y alumnos	131
Reflexiones finales	165
Referencias	169



*A modo de introducción:
reacciones póstumas*

1

Capítulo 1

A modo de introducción: reacciones póstumas

1

No se van, siempre se quedan, permanecen toda la vida entre nosotros. Los maestros excelentes siembran siempre –con mucha emoción visible y desbordante, con merecida precisión y oportunamente, con extendida pasión y con acierto meritorio– las buenas semillas en los surcos fértiles de los terrenos de los discípulos. Quienes hemos sido sus discípulos del gran maestro, hemos sellado y archivado en nuestra memoria las imágenes imborrables de su rostro humano: totalmente expresivo, muy vivaz, cargado de energía, emotivo, comunicativo, empático, siempre en el camino complejo hacia la excelencia. Nos han quedado el movimiento y el sonido de su palabra muy abierta al diálogo, sobre la literatura y la vida cotidiana.

Nadie lo discute. En realidad, Carlos Eduardo Zavaleta¹ había nacido para San Marcos, su añorada casa de muchos años, emotiva y grande de estudiante, mucho más significativa y amable para su experiencia de profesor universitario, cuyos respectivos tiempos y circunstancias fueron enaltecidos, además sembrados en tantas

¹ Escritor, diplomático y docente universitario. Uno de los escritores más prolijos de la Generación del 50, nacido en Caraz: Ancash, el 7 de marzo de 1928, ganó el Premio Fomento a la Cultura “Ricardo Palma”, por su novela *Los Ingar*. También el Premio de Novela otorgado por la Municipalidad de Lima, por “Un joven, una sombra”. En julio de 2002, Zavaleta fue condecorado con la orden “El Sol del Perú” en el grado de Gran Oficial, cuya condecoración la realizó el Ministro de Relaciones Exteriores, Diego García Sayán.

memorias; sin dejar al margen la referencias de sus experiencias y motivaciones singulares, inevitables, pasajeras y duraderas, sembrando los pasos ligeros por las veredas y por los pasillos de la Facultad de Letras, con la motivación de llegar hasta el aula y sentarse a la mesa, dejando su maletín negro sobre la misma, con la esperanza de leer sus artículos escritos en algún papel blanco, o quizá leer algún libro extraído de su erudito maletín. Esta casa de estudios quedó convertida por siempre en su residencia universitaria, desde el primer momento cuando empezó a estudiar medicina, sustituida inmediatamente por la Facultad de Letras, para quedarse en forma consagrada y definitiva con la literatura, también con el Patio de Letras: su sello literario sanmarquino, su devoción literaria, amarrada a muchos y eruditos nombres de los escritores sanmarquinos, al interminable y placentero ambiente de la cultura literaria en San Marcos.

La extrañaba más que a su propia casa. Después de su casa, su residencia domiciliaria era San Marcos, la universidad mayor del Perú, con la cual contrajo “matrimonio” y selló sus conexiones emocionales, profesionales y literarias. El maestro dejó muchos “hijos” para la universidad, para el país y para la literatura. Él tenía y llevaba en el corazón a San Marcos, para quien la universidad fue la literatura, su vida artística, profesional, cultural, académica. No se sentía bien y feliz si no iba y dictaba sus clases; la asistencia, las lecturas y los diálogos literarios con los alumnos significaban vida y medicina, para él. Los continuos eventos culturales y literarios eran y siempre serán testigos, también para quienes fuimos sus alumnos, sus discípulos y sus oyentes durante

la pronunciación magistral de sus discursos literarios; por su propia boca –desgastada por los años idos, entusiasmada y revelada mediante las vastas páginas de sus libros– se derramaba caliente y emotivo el nombre de la universidad.

Su nombre ganó un espacio significativo en la literatura; los colegas de su generación le tributaron recepción, admiración y reconocimiento. Desde sus inicios, la existencia de Carlos Eduardo fue destinada para la universidad, para sus estudiantes, para su Tita (su esposa: mujer delicada, hermosa, elegante, su agenda y consejera), para los amigos, para los círculos literarios, para el aliento constante de la Generación del 50, para los diarios y los dominicales en los cuales regularmente publicaba sus ensayos.

Nadie sospechó, ni propios ni extraños. La mañana del día martes, 26 de abril de 2011, llegó no solamente nostálgica, sombría, nebulosa, sino eliminando la existencia de uno de los grandes escritores y narradores de la Generación del 50. En este contexto, aparece la declaración póstuma, suscribiendo entre nosotros el viaje de Zavaleta y su respectiva remembranza literaria:

El 26 de abril de 2011 nos dejó Carlos Eduardo Zavaleta, sin duda uno de los escritores más prolíficos y destacados de la llamada Generación del 50 peruana. Figura relevante de las letras de su país, su obra no ha alcanzado quizá toda la difusión que merecería a nivel latinoamericano e internacional. A los 83

años de edad, Zavaleta se hallaba en plena actividad, tanto literaria como docente. Seguía impartiendo regularmente *A modo de introducción: Reacciones póstumas* sus clases en las aulas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; una de sus últimas actividades académicas fue pronunciar el discurso de orden en el homenaje que San Marcos tributó a su ilustre graduado, Mario Vargas Llosa, galardonado con el Premio Nobel de Literatura 2010. Con más de sesenta años de actividad como escritor édito, era un ejemplo sorprendente de dedicación y tenacidad, pues tenía siempre en marcha nuevos proyectos literarios, tanto en el ámbito de la investigación como en el de la creación. (García-Bedoya, 2011, p. 471)

Fue un día de silencio elocuente y luto, para los círculos y espacios literarios. Por la mañana, la noticia inesperada sobre la muerte del insigne narrador fue informada y difundida a través de la radio: RPP Noticias, la televisión, los diarios; así quedó desparramada en los diversos contextos nacionales e internacionales, por su trascendencia literaria, por su gran y significativo recorrido diplomático, profesional y humano. La información y difusión de su muerte circularon en Venezuela, la patria de todos los venezolanos, y del gran líder nacional Hugo Chavez Frías:

Murió el escritor peruano Carlos Eduardo Zavaleta.

El pasado 26 de abril falleció en la capital peruana el reconocido narrador Carlos Eduardo Zavaleta, según informó

su emblemática casa de estudios, la Universidad de San Marcos.

Reconocido por su fecunda obra narrativa y por ser el primero en introducir en el Perú los estudios sobre el escritor norteamericano William Faulkner, Zavaleta fue miembro de número del Instituto Ricardo Palma desde 1998 y de la Academia Peruana de la Lengua desde 1999.

Zavaleta fue autor de múltiples obras y también parte de una fecunda generación de críticos literarios. Algunas de sus obras son *El cínico* (1948), *Los Ingar* (1955), *Los aprendices* (1974), *Retratos turbios* (1982), *Un joven, una sombra* (1993 y *Pálido, pero sereno* (1977). (Letralia , 2011)

Era la mañana fría de las noticias totalmente desagradables, para los familiares, los amigos, los colegas y los discípulos. Posiblemente el día de las noticias fúnebres, para quienes queríamos y amamos a C.E. Zavaleta, sin dejar al margen de este sentimiento las buenas páginas de la literatura, las cuales siempre hospedaron la pluma narrativa del maestro. La noticia llegó y se había incrementado en gran medida, específicamente donde los espacios de la literatura peruana. Los comentarios y las nostalgias naturalmente también invadieron los oídos de los atentos y los gratos colegas, amigos y discípulos del ayer cercano y lejano. En realidad, no siempre se difunde, solo de hombres y mujeres sobresalientes. Este fallecimiento se difundió rompiendo muchas fronteras. La noticia sobre este particular nace y llega, en las redes y los

noticiarios, solamente cuando los protagonistas son singulares, muy importantes y reconocidos.

NOTICIA

Fallece el escritor peruano Carlos Eduardo Zavaleta.

El escritor Carlos Eduardo Zavaleta, introductor del monólogo interior y las técnicas literarias del norteamericano William Faulkner en Perú, falleció hoy en Lima, a los 83 años, informó la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. (RevistaArcadia.com., 2011)

Tampoco todo se comenta. Las noticias del día no se quedaron divorciadas de los comentarios. También llegó la más esperada dejando comentarios literarios, las referencias a la edad del fallecido, subrayando su estado de salud registrada en muy buenas condiciones, observada muy poco antes de su muerte, festejando y discurriendo sus emociones, apreciaciones y comentarios del Nobel peruano, Mario Vargas Llosa:

Muere el escritor peruano Carlos Eduardo Zavaleta

Lima. (dpa). El escritor Carlos Eduardo Zavaleta, considerado uno de los principales exponentes de la literatura peruana en el Siglo XX, falleció el martes en Lima, a los 83 años, confirmaron hoy sus familiares.

Zavaleta falleció por causas naturales pese a que hasta hace poco se le veía en buenas condiciones. Incluso hace menos de un mes tuvo a su cargo el discurso en el homenaje que la

Universidad San Marcos, la decana de América, le rindió al Nobel de Literatura 2010, Mario Vargas Llosa. (La Vanguardia| Libros, 2011)

Las noticias fueron muchas y variadas, posiblemente con el mismo pesar y los registros de sentimientos profundos. Estas informan sobre el fallecimiento de nuestro escritor. La noticia menos esperada llegó en Noticias Universidad Nacional Mayor de San Marcos:

Hasta siempre, Carlos Eduardo Zavaleta

Martes, 26 de abril 2011

En la mañana de hoy martes 26 abril, a la edad de 83 años, dejó de existir el docente sanmarquino y diplomático Carlos Eduardo Zavaleta (Caraz, 1928), reconocido por su fecunda obra narrativa y por ser el primero en introducir en nuestro país los estudios sobre el escritor norteamericano William Faulkner. Fue miembro de número del Instituto Ricardo Palma desde 1998 y de la Academia Peruana de la Lengua desde 1999.

En lo que fue su última presentación pública, el destacado docente pronunció el discurso de orden en la ceremonia de otorgamiento de la Medalla de Honor Sanmarquina a nuestro Premio Nobel Mario Vargas Llosa, el 30 de marzo pasado, en el Centro Cultural de San Marcos. En este lugar serán velados sus restos a partir de hoy, a las 3:00 p.m. y mañana miércoles, a las 4:00 p.m., será trasladado al cementerio de la Policía

Nacional del Perú de Chorrillos, en donde se realizará su crematorio.

Previamente, a las 11:30 a.m., la comunidad sanmarquina le dará su último adiós con un sentido homenaje póstumo. El Centro Cultural de San Marcos estará abierto hoy hasta las 11:00 p.m., siendo el ingreso por la puerta del Jr. Azángaro².

En Lima y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la sintonía fue total; los pasillos y las aulas, testigos de sus pasos constantes y de la inevitable voz del maestro, quedaron amarrados a estas noticias inesperadas. En el diario limeño, “El Comercio”, en la sección SOCIEDAD, aparece el titular: “Falleció el escritor peruano Carlos Eduardo Zavaleta”, cuyo texto de la noticia es: “El escritor Carlos Eduardo Zavaleta, introductor del monólogo interior y las técnicas literarias del norteamericano William Faulkner en el Perú, falleció hoy en Lima, a los 83 años, informó la Universidad Nacional Mayor de San Marcos” (Diario “El Comercio, martes 26 de abril del 2011).

Posteriormente, Arrizabalaga (2013) también nos recordó el fallecimiento de Carlos Eduardo Zavaleta, mediante un párrafo tierno, familiar, amical y muy nostálgico:

Con ochenta y tres años de edad falleció en Lima, el 26 de abril de 2011, el escritor, profesor y diplomático Carlos Eduardo Zavaleta. En sus últimos años se había sobrepuesto de la

² <http://www.unmsm.edu.pe/noticias/ver/1543>

pérdida de su querida esposa [sic] mas se sentía, sin hijos, “huérfano de mujer”. Eso trató de transmitir al lector en su último relato, casi autobiográfico. Sus alumnos de la Universidad de San Marcos siempre lo visitaban y acudían a ayudarlo para ordenar sus borradores o simplemente para conversar. Nunca le faltaron amigos y él siempre los recibía gustoso en su pequeño departamento frente al mar, en malecón Cisneros 280. (p. 243)



***Reflexiones teóricas sobre el
cuento de Zavaleta***

2

Capítulo 2

Reflexiones teóricas sobre el cuento de Zavaleta

2

La cuentística de Zavaleta: la perceptiva literaria de Luis Jaime Cisneros

En el contexto de la cuentística peruana, la narrativa es muy importante, también significativa y vasta; el cuento de los escritores y narradores de la Generación del 50 nos entrega la presencia de grandes narradores; por ejemplo, Carlos Eduardo Zavaleta, Julio Ramón Ribeyro, Sebastián Salazar Bondy; tampoco quedan al margen otros nombres singulares y recordados: Luis Loayza, Osvaldo Reynoso, Eleodoro Vargas Vicuña y Enrique Congrains. Para uno de los mejores críticos de la literatura peruana –Luis Jaime Cisneros–, Carlos Eduardo Zavaleta, narrador de cuentos extensos y cuentos cortos, se revela en su propia narrativa, cuya

preocupación por la manera de presentar los hechos y por el modo de expresarlos fue desde el principio su mejor trájín. Siempre es importante destacarlo porque obliga a reconocer que el lector nunca fue desatendido por Zavaleta [...] La lectura permite al autor compartir la vida imaginativa con los otros.

Pulir el estilo, cautelar la buena prosa es un modo de rendir homenaje al lector. Esta fue siempre radical preocupación de Carlos Zavaleta, cuyos relatos conozco desde la hora primera y cuya serena evolución estilística he podido admirar con gratitud de lector. (Cisneros, 1997, p. XI)

No solamente es prolijo, sino sumamente inteligente y, en gran magnitud, extremadamente cuidadoso de los estilos literarios. Es decir, Carlos Eduardo cuida muy bien la manera y los modos de su narración, inclusive sus estilos. En este sentido, Zavaleta, autor de cuentos brevísimos según González Montes (2013), construye su propio universo narrativo, muy singular, ampliamente diferente al de los demás, cuya

vida está hecha de silencios y de dudas, de dolores que dejan una mueca disimulada en la sonrisa, o que explican que hablemos en voz baja. La biografía que le interesa es la de los estados interiores del alma, es decir, la exacta vida del hombre tierno, sentimental, que cree y espera, que sufre y canta, que está metido en el contorno geográfico a que lo ha condenado el nacimiento o la profesión. Por eso no hay fechas sino acontecimientos, por eso hay una constante alusión a circunstancias por todos conocidas, por eso el lector reconoce con facilidad, o puede reconstruir lo verosímil. Porque Zavaleta ha vivido los hechos que cuenta y sabe inventarles vida a los hechos que narra. Por eso puede evocar, desde un refugio

londinense, la “vasta alfombra fría y verde” de la puna, “manchada de nieve por doquier, vigilada por grandes nevados mortecinos e interrumpida por lagunas azules”. No es un capricho de la paleta sino una evocación del paisaje que se guarda en la retina y en el corazón valiente. (Cisneros, 1997, p. XII)

Luis Jaime Cisneros lo conoció mucho, ampliamente, caminaron juntos, siempre participaron en muchos coloquios literarios. Por otro lado, según la palabra crítica de Cisneros (1997)

Zavaleta ha decidido en los nuevos textos privilegiar la mera descripción, y es por eso por lo que la adjetivación (siempre esmerada) resulta parca frente a los grandes despliegues sintácticos. Cumple ciertamente Zavaleta con esta nueva entrega un viejo propósito: siempre quiso que una colección de cuentos suyos significara “una variedad auténtica de puntos de vista y que, en conjunto, cada libro significara algo más que sus partes”. Lo dijo en 1983 y se muestra ahora persistente en el empeño. En el fondo, resulta un modo de aprovechar lo vivido. Acostumbrado por su padre a viajar (“cada viaje era una aventura”) por todo el territorio, en su niñez comprendió Zavaleta que esa vida curiosa y andariega iba acunando temas y lenguaje para su ulterior expresión. (p. XII)

Sin duda, Carlos Eduardo Zavaleta, uno de los escritores más representativos de la Generación de los 50s (Belevan-McBride, 2017), bebió de los transparentes, jugosos y nutritivos vasos literarios; por un lado, de la literatura inglesa; por otro, de la literatura norteamericana, gracias a las ventajas enormes, lingüísticas y felices de la familia y de la literatura, cuyas ventajas fueron materializadas por el conocimiento del idioma inglés. En este sentido,

Zavaleta sigue siendo una vida de lucha con el lenguaje, tratando de que el lirismo y el realismo logren un hilo lingüístico conciliador. Y todo porque le sigue preocupando ser un creador constante: no quiere repetir temas ni estilos. Ese es el rasgo estilístico mejor y su tema reiterado; una etapa cierta de la hora inicial fue *Vestido de luto*, que abre paso al monólogo interior, y buenos testimonios de la paulatina transformación lo son, entre los últimos textos, la sobria adjetivación que preside el relato de *Los arrepentidos*. (Cisneros, 1997, p. XIII)

Había nacido para la narrativa, para la literatura. Fue un hombre destinado para las letras. Su pluma amanecía y anochece pintando relatos y ensayos literarios. Carlos Eduardo Zavaleta exhibía y transportaba la narración en sus venas, en su sangre, en sus huesos. También en el aire que respiraba todos los días, aun por las mismas noches interminables. La relación y la conexión vital del autor con la narrativa cuán visibles eran, son y serán para los escritores y críticos nacionales y extranjeros. Algunos narradores son autobiográficos. Sobre este particular, Cisneros precisa:

Otro innegable vínculo con su biografía (y algún día habrá que estudiar cuánto de biográfico hay en los relatos de Zavaleta) es

la relación hombre y paisaje, que lo persigue hasta cuando (como ahora), viviendo en el extranjero, no puede desprenderse de los temas lugareños, ya sean de orden político, como en alguna evocación española, o puramente sociales como en los textos de fondo inglés; y eso porque sigue vigente su confesado afán de “subrayar el desajuste (el desequilibrio, la injusticia, la desproporción) entre el hombre y su medio”. Y eso explica que algunos críticos hayan aludido a la violencia como un rasgo presente en las obras de Zavaleta, afirmación que pareciera desconocer que –aún en tales ocasiones– el autor ha buscado mostrar la rebeldía, la autenticidad del hombre, y su íntima voluntad interior de mostrarse claro y distinto de los que se sienten abrumados por el ambiente y no se atreven a luchar contra él para lograr imponer sus propios principios y ser ‘ellos mismos’.

Es verdad que en los textos últimos la objetividad (porque la vida es cruda y va imponiendo sus verdades) parece haber triunfado sobre los tintes románticos de sus primeros relatos. Pero no deja Zavaleta (y es una suerte, digámoslo sin ambages) de ser sentimental: la casa, y el ambiente de los antiguos días campesinos lo siguen respaldando y lo nutren asegurando a sus viviendas y visiones el hondo peso de lo auténtico, que es la forma más rotunda del impensado lirismo que habita en nosotros y nos hace humanos. Joseph Conrad y Dostoievski tal vez sean los responsables, pero a esta altura de su quehacer

narrativo, una afirmación como ésta no puede ser sino una leve conjetura. (Cisneros, 1997, pp. XIII y XIV)

La cuentística de Zavaleta: la perceptiva literaria de Manuel Jesús Baquerizo

Era otro amigo muy cercano, dadivoso, entrañable de la literatura y crítico de la narrativa de nuestro narrador. Baquerizo (2003) era posiblemente uno de los críticos quien más ha leído y ha escrito sobre Zavaleta; también ha sido amigo y compañero durante el desarrollo de algunas jornadas y mesas literarias. Baquerizo escribe la “Introducción” del volumen 3 de los cuentos de Carlos Eduardo, cuyo texto es bastante amplio, porque, más que introducción, es más bien un estudio extenso sobre la narrativa de Zavaleta. Este estudio abarca diez temas narrativos importantes de nuestro autor: 1. La nueva prosa de ficción. 2. La violencia desenfadada. 3. La presencia de Faulkner. 4. Vestido de luto: un giro literario. 5. Variaciones de un mismo tema. 6. Pasiones y conflictos de identidad. 7. Tiempo y memoria. 8. El rostro cambiante de la ciudad y del país. 9. Otras coordenadas, otros horizontes. 10. Nuevos y antiguos cuentos.

“Una figurilla” (1948) y “Míster X” (1951), en su proceso narrativo y manejo de estilos son muy importantes,

ambos relatos constituyen el punto de arranque de la nueva literatura de ficción en el Perú. Y, al mismo tiempo, son los

modelos que definen las dos tendencias estilísticas que el autor desarrollará a lo largo de su obra: una intimista, lírica y dramática; y otra, socarrona, objetiva e impersonal. (Baquerizo, 2003, p. 13)

Por otro lado, “Una figurilla” es una “pieza con la que el autor incorpora en la literatura peruana el relato intimista e introspectivo de origen autobiográfico” (Baquerizo, 2003, p. 13). Baquerizo resalta y subraya el prestigio narrativo de Zavaleta sin descuidar su capacidad, su destreza técnica, su estructura artística, la disciplina de su trabajo narrativo:

lo que más ha contribuido al prestigio de Zavaleta como narrador ha sido esta capacidad de ahondar en los laberintos interiores de los personajes, además de su destreza técnica, de su dominio de la estructura artística, de la riqueza de sus lecturas y de su disciplina en el trabajo. (Baquerizo, 2003, p. 14)

Más allá de estas grandes apreciaciones, Baquerizo también entra en otras dimensiones del cuento de Carlos Eduardo Zavaleta, para quien

el cuento se desarrolla en varios planos, sin orden lineal ni cronológico, con retrocesos temporales y desplazamientos espaciales, interferidos por torrentes de recuerdos. Más que una

historia compacta, lo que se nos ofrece es una sucesión de impresiones y una atmósfera hipnotizante. (p. 14)

Es decir,

a este tipo de relato se llama lírico, para diferenciarlo del relato épico y dramático, porque es la exposición directa, inmediata y emotiva del personaje monologador y, como tal, más libre y familiar. Opuesto, por lo tanto, al discurso majestuoso y grave del héroe trágico y al lenguaje solemne y distanciado del paladín épico. En este caso, debió ser también llano y coloquial, pero los cuentos de Zavaleta se distinguen por el lenguaje culto y académico. Ni siquiera en los diálogos recoge la voz colmada de sangre del habla oral y popular, salvo en algunos textos como “Juana la campa te vengará”. (Baquerizo, 2003, p. 15)

Entre los abundantes cuentos de Carlos Eduardo, los críticos han destacado “El ultraje”, enfocados hacia la escritura, el estilo, el diálogo y el contenido psicológico; “la escritura es correlativamente barroca y oscura, estilo que lucirá el autor muchas veces en sus mejores cuentos, basado en la descripción sicologista, donde campea el lirismo atormentado y el diálogo fuerte y realista” (Baquerizo, 2003, p. 16).

Para el logro de estas cuestiones literarias referidas, Zavaleta revela el desarrollo de habilidades y capacidades: lingüísticas, literarias, sociales, culturales, psicológicas, entre otras; deja entre nosotros y

entrelíneas de sus relatos, su observación totalmente aguda sobre la conducta y el comportamiento de sus personajes elegidos y contruidos; mejor dicho, seleccionados para la fina construcción de sus universos narrativos.

Nuestro autor fue un vasto lector y crítico sobre la literatura peruana y universal en dos idiomas: el español y el inglés. Prefirió y gustó mucho la literatura inglesa y norteamericana debido a sus ventajas lingüísticas: dominó el inglés. Carlos Eduardo leyó a James Joyce, Aldous Huxley y a William Faulkner. A este último, Zavaleta lo leyó en su propia lengua, le dedicó dos tesis de grado en 1953 y 1958. Carlos Eduardo Zavaleta

aprovecha del escritor norteamericano, no solamente las técnicas y los procedimientos narrativos –como se repite, a menudo, más con el afán de censurar que de análisis crítico–, sino también los núcleos temáticos básicos y los enfoques novelescos. Aprende en lo ajeno para trabajar en lo propio, como lo hicieron siempre los grandes escritores. Particularmente, lo que más le interesó a Zavaleta de Faulkner fue el tratamiento del conflicto social y cultural. (Baquerizo, 2003, p. 19)

El año 1961, Zavaleta publica *Vestido de luto*, su notable y representativo libro de ocho cuentos. El tercero lleva el mismo nombre del libro. Al leer este libro con la inteligencia literaria, se percibe que

Zavaleta cambiara súbitamente de estrategia narrativa, en un intento de alejarse del canon faulkneriano y de retornar a las fórmulas clásicas de narrar. *Vestido de luto* es –a la manera balzaciana– un cambiante recorrido literario por los más disímiles ámbitos de la ciudad metropolitana (tratando de recuperar a los seres marginales: el mendigo, el ladronzuelo, el fabricante de ataúdes) y de las comarcas serranas (sobre todo, para revivir experiencias de la niñez). Lo más notable es, ciertamente, la aproximación del autor al mundo informal capitalino. (Baquerizo, 2003, p. 11)

La cuentística de Zavaleta: la perceptiva literaria de Marco Martos Carrera

Para Zavaleta, Martos es otro amigo, con quien siempre se encontró en los espacios literarios, aunque son de generaciones diferentes. Fueron muy amigos, especialmente en los singulares espacios académicos en la Universidad de San Marcos. Siempre han sido amigos inolvidables en las oficinas y en las aulas de la Facultad de Letras. Los estudiantes, los profesores y los administradores los recuerdan así.

La producción literaria en cuestión (el cuento, la novela, también los ensayos) se desarrolló precisamente en el ámbito universitario, cultural, social, político, con la búsqueda de una característica muy singular. Martos desarrolla descripciones, opiniones y críticas sobre

Zavaleta y su respectiva producción literaria, con el debido conocimiento profundo, con la observación y la compañía material en muchos eventos literarios, en diversos tiempos y espacios culturales, literarios y académicos, mucho más en los espacios sanmarquinos.

En la opinión de Martos Carrera (2013), Carlos Eduardo, hijo predilecto de un telegrafista, es uno de los mayores representantes de la Generación del 50, también “uno de los novelistas más importantes del siglo XX” (Martos Carrera, 2016), cuya formación universitaria fue muy rigurosa, quien escribió ocho novelas, autor de varias colecciones de libros de cuentos, recopilados en volúmenes denominados *Cuentos Completos*.

Escribió además varios ensayos compilados en *El gozo de las letras*. Zavaleta fue profesor en la Universidad de San Marcos, en la cual tuvo a su cargo la asignatura de literatura inglesa; el espacio y las condiciones de la cátedra le consiguieron la oportunidad, las condiciones académicas y literarias para difundir entre sus alumnos las técnicas literarias aprendidas de Dos Passos, Joyce y Faulkner, sus escritores favoritos, de quienes aprendió y difundió las técnicas literarias.

Para Martos, el recorrido vivo por los pueblos de la sierra y de la costa, gracias al trabajo de su padre durante su niñez y adolescencia, se constituyó en la motivación más profunda y en el material narrativo más poderoso e imprescindible para sus narraciones; sus cuentos revelan tales experiencias y vivencias; por ejemplo, de este universo de

motivaciones literarias, no quedan al margen sus experiencias y vivencias de diplomático en Bolivia, México, Gran Bretaña, Estados Unidos, cuyos movimientos migratorios han quedado narrados en sus cuentos y novelas, dejando a la luz de los lectores algunos temas; tal como, el agro, la violencia, los conflictos.

Las técnicas narrativas de los 50s

Por estos años aparece la Generación del 50, una generación brillante en todas sus dimensiones culturales y artísticas. Esta generación fue considerada un “proyecto colectivo en los años cincuenta”, gracias a los trabajos de Carlos Eduardo Zavaleta, Mario Vargas Llosa y Reynoso (García Miranda, 2010), el primero y el segundo son “las figuras más visibles de esta renovación” (Villafán Broncano, 2011), quienes además tienen su propia teoría y crítica para la narración, lectura e interpretación de los textos (Lozano Alvarado, 2010).

De esta generación, el escritor más laureado fue Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura en el año 2010, quien recibió el reconocimiento y los aplausos en la Universidad Nacional de San Marcos, por las autoridades de la misma y sus colegas de profesión.

En marzo de 2011, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos homenajeó y condecoró con la Medalla Sanmarquina a su exalumno y graduado Mario Vargas Llosa, por haber

obtenido el Premio Nobel de Literatura en el 2010. En tan memorable acto académico solo había una persona del claustro que poseía los méritos suficientes para pronunciar el discurso de orden. Esa persona era Carlos Eduardo Zavaleta, colega de Vargas Llosa, y de quien el flamante premio nobel de literatura había dicho, en más de una oportunidad, que el autor de *El Cristo Villenas* fue uno de los que más contribuyó a la modernización narrativa que se gestó en las letras nacionales, desde fines de la década de 1940, a lo largo de la de 1950 y aun durante los años iniciales de la década de 1960, en que el propio Vargas Llosa lleva a su cima el proceso de internacionalización de la literatura peruana. (González Montes, 2014, p. 225)

Martos Carrera (2016) sobre la generación de Zavaleta suscribe que fue integrada por poetas y narradores, quienes nacieron entre los años 1920 y 1936; el primero fue Javier Sologuren y el último Mario Vargas Llosa. Sus integrantes son disímiles, totalmente heterogéneos. La Generación de los 50s fue y es multifacética. Se constituyó en una bendición y una gran significación, para la literatura peruana y su respectivo proceso. Para Mudarra (2022), la pluma de esta generación queda comprometida con los polisistemas, el realismo y la política, particularmente Enrique Congrains, Sebastián Salazar Bondy y Julio Ramón Ribeyro, quienes narran la presencia del *sujeto marginal*.

El mérito de la literatura y el arte fueron coronados, gracias a sus integrantes, quienes quedaron divididos en poetas, narradores y críticos.

Pertencen a esta generación poetas como Sebastián Salazar Bondy, Jorge Eduardo Eielson, Blanca Varela, Francisco Bendejú, Leopoldo Chariarse, Carlos Germán Belli, Wáshington Delgado, Alejandro Romualdo, Gonzalo Rose, Gustavo Valcárcel, Pablo Guevara, Cecilia Bustamante, Leoncio Bueno y narradores como Julio Ramón Ribeyro, Carlos Eduardo Zavaleta, Carlos Thorne, Luis Loayza, Oswaldo Reynoso. A ellos se suman críticos y animadores literarios como Jorge Puccinelli, Luis Jaime Cisneros, Alberto Escobar, Luis Alberto Ratto, Alberto Varillas, Abelardo Oquendo. (Martos Carrera, 2016, p. 236)

Fue un anticipo total. Zavaleta ya habló de las técnicas cinematográficas en los textos narrativos (Elguera Olórtegui, 2010). Entre sus colegas de generación fue el primero. Sin duda, se adelantó a todos escritores de su época. Carlos Eduardo, discípulo de Estuardo Núñez Hague (García-Bedoya M., 2009), conoce y las materializa muy bien las técnicas narrativas.

Por eso, en el contexto de los años 50s

cuando se habla de técnicas narrativas de aquella época, lo primero por aceptar es que ellas eran absolutamente necesarias para nosotros los jóvenes, que iniciábamos una incierta carrera bajo la sombra benigna de los grandes escritores. (Zavaleta, 1997, p. 153)

con quienes los más jóvenes participaron en eventos literarios; por ejemplo, estuvieron juntos en *Primer encuentro de narradores peruanos*, cuyo evento fue convocado por Antonio Cornejo Polar, por entonces director de la Casa de la Cultura de Arequipa, en 1965, el evento fue calificado “un milagro de la luz arequipeña”, entre otros, participaron Reynoso, Zavaleta, Vargas Vicuña, Alegría, Arguedas, Hernández, Oviedo, Escajadillo, Salazar Bondy, Escobar y Cornejo Polar (Álvarez, 2014).

Por su parte, Escajadillo (n.d.) y Barros Cunha (2007) resaltan también el *Primer encuentro de narradores peruanos*, en el cual participaron los indigenistas (Alegría y Arguedas) y los neindigenistas, entre quienes, fueron los “más brillantes en ese momento, Carlos Eduardo Zavaleta y Eleodoro Vargas Vicuña” (Escajadillo, n.d., p.127).

A pesar de las grandes y enormes diferencias artísticas, Zavaleta sostiene una fuerte ligazón literaria y amical con José María Arguedas, debido a sus exhaustivas y amplias lecturas y críticas literarias. Siempre se declaró un admirador del maestro. En sus propias palabras, “no fue fácil empezar a escribir cuando dos autores como Ciro Alegría y José María Arguedas marcaban el cenit de la literatura nacional y sus libros eran modelos para los jóvenes” (Zavaleta, 1997, p. XIX, en Manky, 2007, pp. 91 y 92). Para Zavaleta,

Arguedas se dedicó especialmente a explicar y fijar su posición teórica y artística de autor “nuevo”, fruto de dos lenguas y de

dos grandes corrientes artísticas, provenientes la una hispanizante y la otra autóctona, nacional, que al provenir del mundo campesino y extraoficial necesitaba difundir su posición, primero lingüística, y luego de “defensa” de un Perú auténtico que él sentía representar. Así, podemos ver que, prácticamente desde la década de los 30s, antes y después de su primer libro, Arguedas se dedica a explicar la necesidad de su propio camino literario y artístico, y aun nacionalista; en los diversos rubros de la religión, la magia, los mitos, el arte y el arte popular, el folklore, la lingüística, la educación y la literatura, su bibliografía es nutrida y extraordinaria. No sabe mucho de técnicas y estructuras literarias, pero sí tiene un ánimo inagotable y dispuesto a defender el tipo de cuentos y de novelas (después de 1941, fecha de *Yaguar fiesta*) que escribe y publica y nos dice por qué lo hace, por notar que hay un “vacío” artístico, lingüística [sic] y cultural en el país. (Zavaleta, 2011, p. 86)

Alegría y Arguedas son escritores emblemáticos para Zavaleta, sus maestros también durante sus inicios de escritor. El dilema queda entre los escritores. Estos se encuentran entre dos caminos: el camino de los viejos y grandes escritores: Ciro Alegría y José María Arguedas, y el camino de los jóvenes. En este contexto, muge la voz narrativa y literaria del propio Zavaleta, uno de los preclaros maestros durante la segunda mitad del siglo XX (García-Bedoya Maguiña, 2017).

¿Qué hacer? ¿Escribir como ellos o buscar otro camino? Cada escritor nuevo utiliza, modifica o rechaza las técnicas en boga, según sea su decisión, consciente o no. Y cada escritor se guía según una mezcla de experiencias personales, vividas, y de experiencias sociales y culturales en torno, sean éstas nacionales o internacionales. (Zavaleta, 1997, p. 153)

Su cuentística presenta las características de la literatura fantástica (Castro, 2015). Zavaleta, uno de los más representativos de la galería de la cultura y educación de Ancash (Kapsoli y Ocaña, 2015), decide por sí mismo, generando su propia conciencia literaria y narrativa; busca y construye sus propios cánones literarios, con la concepción narrativa de la construcción de una novela poemática, cuya concepción es válida para el cuento y la novela, en el sentido de la “exaltación de la prosa, el ritmo y la musicalidad”, sin dejar al margen el contenido, los personajes, sucesos, tiempo, atmósfera y remate (Zavaleta, 1999, en Coca Vargas, 2014); se separó del indigenismo: “así como por la enorme atracción de tendencias artísticas del exterior, nosotros entendimos muy pronto que había técnicas generales, nuevas, que debíamos usar para modernizarnos en el Perú y alejarnos del costumbrismo e indigenismo” (Zavaleta, 1997, p. 154).

Los relatos de Zavaleta pertenecen a ese tipo de narrativa que ofrecen diversos tratamientos temáticos, al mismo tiempo, la sutileza del relato está marcada por el narrador que se desdobra en uno de los personajes o que nos deja la sensación de ser un narrador colectivo. (Espino Relucé, 2011)

Es uno de los más grandes novelistas del siglo XX (Martos Carrera, 2013).

Entonces llegan las interrogantes y las decisiones:

¿Cuáles eran esas técnicas generales que estaban ya en boca de los jóvenes? Sobre todas las cosas, la línea cronológica que iba del principio al final de la historia debía romperse; se podía empezar el relato en cualquier momento o circunstancia, e ir adelante o atrás, según la intención del autor y su capacidad de persuadir a sus lectores.

Luego, la escritura o arquitectura del relato también podía fragmentarse; existía ya el nuevo concepto de la unidad disgregada, la de sembrar escenas o vocablos al parecer desperdigados que el lector recogería después, mentalmente, por encima de los pedazos sueltos. Inclusive en un cuento cortísimo, de tres o cuatro páginas, Vargas Vicuña, por ejemplo, podía provocar estas rupturas temporales y espaciales, y aspirar a un concepto de unidad superior.

Por otro lado, en un mismo texto, podía haber un contrapunto, un entretreído de temas y estilos diversos. Por su puesto que esta técnica funcionaba mejor en la novela larga, pero nosotros la aplicamos a la novela corta, al cuento breve, y por último a la novela larga. Se buscaba la novedad y hasta quizá diría una provocación a las costumbres adocenadas del lector; creo que por algo de esto escribí: “Discordante” (1951) y “El Cristo

Villenas” (1955), donde el contrapunto de tiempos y el desorden deliberado se fusionaban al fin de una unidad mayor. Con los años, hasta el propio Sebastián Bondy, de cuentos al parecer tradicionales, se dedicó a estos contrapuntos estilísticos en sus dos novelas cortas, *Pobre gente de París* (1958) y *Alferez Arce, Teniente Arce...* (1969).

En tercer lugar, el diálogo se hizo menos discursivo, más apegado al coloquio, pero también más eficaz para revelar la intimidad del hablante. Nada de discursos retóricos, o de gritos destemplados, o de balbuceos infantiles, todo debía obedecer a una penetración psicológica gradual que redundara en beneficio de la trama y del remate. En cuestión de diálogos, eficaces y populares, los ejemplos de Enrique Congrains y de Oswaldo Reynoso fueron decisivos. (Zavaleta, 1997, pp. 154 y 155)

Por entonces, Carlos Eduardo Zavaleta, autor-pivote y fundador del neo realismo (Belevan-McBride, 2017), ya estaba definido e identificado con las nuevas técnicas narrativas. Sin embargo, cabe preguntarnos: ¿Cómo quedaban los demás narradores de los 50s? Nuestro narrador, objeto de estudio, no solamente llevaba la voz narrativa, sino la opinión crítica, aguda y oportuna sobre la misma generación, dando aliento y dirección a los compañeros y amigos de la misma. Siempre leyó, aprendió y compartió las nuevas técnicas narrativas; él comenta y escribe ensayos sobre su propio quehacer narrativo; no solamente es un narrador, sino un severo crítico y

ambicioso ensayista sobre su misma narrativa y la de sus compañeros. Sin embargo, este quehacer no es exclusivo de Zavaleta, también han hecho lo mismo otros escritores y críticos de su generación y de otras. En este sentido, expresa la pluma crítica de Carlos Eduardo:

En verdad, no todos eran experimentadores; había algunos que siguieron una línea tradicional y conservadora. Quizá valga la pena subrayar que, de las cuatro principales tendencias de la generación de los 50s, digamos los neoindigenistas, los neorrealistas, los fantásticos y los experimentalistas, estos últimos eran los más numerosos, y entre ellos citamos a Salazar Bondy, Vargas Vicuña, Ribeyro (en cierto modo), Congrains, Reynoso, Loayza, Sara María Larrabure, Alfonso La Torre y yo mismo, tendencia que favorecía luego el surgimiento de Vargas Llosa. (Zavaleta, 1997, p. 155)

Por otro lado, sobre el monólogo interior qué decir, cómo discurre en la narrativa de Carlos Eduardo Zavaleta. La ventaja se percibe en que los narradores, específicamente los de la Generación del 50, también son críticos sobre su propia narrativa. Para los grandes beneficios de estas declaraciones y afirmaciones, llega la palabra de Zavaleta:

Sigamos con la aplicación de técnicas nuevas. Desde 1948, según el crítico Ricardo González Vigil, yo aproveché a mi manera y en un ambiente serrano el monólogo interior de James Joyce, en el cuento titulado “Una figurilla”, y asimismo en otro,

“El peregrino” (1954), ambientado ya en la ciudad. En 1949, con el cuento “Una vida gris”, Ribeyro inicia otro camino, el del narrador impersonal y de los textos ambiguos, escépticos. En 1950, con el cuento “El velorio”, Vargas Vicuña inicia el relato poético y neindigenista que presidirá su primer libro *Ñahuín* (1953).

Desde un comienzo, pues, si bien nos unía un afán innovador, partimos cada cual con algo propio. También nos unió el espíritu de grupo que se concretó en 1951 con la aparición de la revista *Letras Peruanas*, y con las lecturas públicas, tertulias, artículos y primeros cuentos publicados en suplementos dominicales. (Zavaleta, 1997, pp. 155 y 156)

Características esenciales del cuento

Actualmente, los géneros literarios han sufrido muchas variantes; por ejemplo, el cuento, por su estructura y lenguaje, se adscribe mediante varios nombres: cuento, minicuento, microrrelato, minitexto, microficción, textículo, relato enano (Rojo, 1997), presentan las características: a) son muy breves, menos de dos páginas; b) pueden o no tener argumento definido; c) poseen la estructura denominada “Estructura proteica”; d) exhiben un cuidado extremo en el lenguaje; e) usan los “cuadros” o “marcos de conocimiento” (Rojo, 1997).

Todo cuento literario presenta las características en la construcción: tiempo, espacio, personajes, instancia narrativa y final (Zavala, Un modelo para el estudio del cuento), en el contexto de los llamados *cuentos modernos*, que finalmente los denominan *relatos*. Muchas veces, los cuentos de estructura tradicional y de estructura moderna se encuentran en forma simultánea. “En esta clase de escritura como relectura irónica es posible jugar, incluso de manera colectiva y anónima (como ocurre en las narraciones de tradición oral), con los fragmentos de las convenciones de la escritura existente hasta el momento” (Zavala, Un modelo para el estudio del cuento, p. 21). En estas condiciones se diría que todo cuento diferente al clásico es moderno, entendiendo que el primero; es decir,

el cuento clásico es *circular* (porque tiene una verdad única y central), *epifánico* (porque está organizado alrededor de una sorpresa final), *secuencial* (porque está estructurado de principio a fin), *paratáctico* (porque a cada fragmento le debe seguir el subsecuente o ningún otro) y *realista* (porque está sostenido por un conjunto de convenciones genéricas). El objetivo último de esta clase de narración es la *representación* de una realidad narrativa. (Zavala, n.d., p. 28)

En cambio, en el cuento moderno,

El tiempo está reorganizado a partir de la perspectiva subjetiva del narrador o del protagonista, por lo cual el diálogo interior adquiere mayor peso que lo que ocurre en el mundo

fenoménico. A esta estrategia se le ha llamado *espacialización del tiempo*, pues el tiempo narrativo se reorganiza y se presenta con la lógica simultánea del espacio y no con la lógica secuencial del tiempo lineal.

El espacio es presentado desde la perspectiva distorsionada del narrador o protagonista, el cual dirige su atención a ciertos elementos específicos del mundo exterior. Son descripciones *antirrealistas*, es decir, opuestas a la tradición clásica.

Los personajes son poco convencionales, pues están contruidos desde el interior de sus conflictos personales. Las situaciones adquieren un carácter *metafórico*, como una alegoría de la visión del mundo del protagonista o de la voz narrativa.

El narrador suele llegar a adoptar distintos niveles narrativos, todos ellos en contradicción entre sí. La escritura del relato es resultado de las dudas acerca de una única forma de mirar las cosas para representar la realidad. Se trata de apoyar [sic] en la *espacialización del tiempo* (porque trata al tiempo con la simultaneidad subjetiva que tiene el espacio), tiene una estructura *hipotáctica* (cada fragmento del texto puede ser autónomo), tiene *epifanías implícitas o sucesivas* (en lugar de una epifanía sorpresiva al final) y es antirrealista (adopta una distancia crítica ante las convenciones genéricas). (Zavala, n.d., p. 28 y 29)

¿Qué hacer para determinar si un texto narrativo es un cuento o una novela? Hoy se habla de una *ciencia de los relatos*, llamada *Narratología*, la cual nos permitirá descodificar los mensajes (Molina Fernández, 2006). En realidad,

a pesar de que en nuestro día a día apenas lo percibamos, el hombre es por excelencia un *animal narrativo*. Desde la infancia, el niño entra en contacto con una “galaxia” plagada de narraciones que tendrá que aprender a descifrar: lo que en principio es sólo una mera sucesión de ilustraciones o palabras (las de las canciones infantiles, los cuentos, los dibujos animados) se hilvana y convierte en historias con planteamiento, nudo y desenlace. Y ello gracias a la “competencia narrativa” de nuestra cultura, es decir, a esa capacidad de comprender y crear narraciones que los hablantes vamos adquiriendo con nuestro aprendizaje cultural. (Valles Calatrava, 2002, como se citó en Molina Fernández, 2006, p. 35).

En el contexto de la narrativa, la teoría literaria ha acuñado dos conceptos: autor y narrador. ¿Quién es el *autor* y quién es el *narrador*?

Autor es la persona de carne y hueso, ser empírico que escribe la obra, su nombre suele aparecer en la portada y con suerte firma ejemplares en las ferias del libro; el *narrador*, sin embargo, es aquella instancia de la propia narración que nos cuenta el relato, se trata de un ente ficticio más o menos personalizado. (Molina Fernández, 2006, p. 38)

Generalmente los textos narrativos han sido presentados en las voces narrativas de dos tipos de narradores: narradores en 3era persona y narradores en 1ra persona. Por su parte,

Gérard Genette ha cuestionado esta identificación entre voz narrativa y persona gramatical, y propone una nueva terminología que poco a poco se va imponiendo en los estudios sobre la novela. Partiendo del cultismo *diégesis* (término de origen griego que significa “narración, relato, desarrollo narrativo de los hechos”), el narratólogo establece una oposición entre relato heterodiegético y relato homodiegético:

- En el *relato heterodiegético*, el narrador permanece ajeno a la narración, de ahí ese prefijo (hetero) que marca la otredad, la diferencia: la voz opta por “hablar de otros”.
- En el *relato homodiegético*, la propia voz está inserta en la diégesis, así que el narrador forma parte de la historia que cuenta. El prefijo homo se encarga de señalar esa inclusión. Ahora bien, el narrador homodiegético puede ser tan sólo espectador y relator de la historia (su función es la de mero relator testigo, el caso paradigmático de este tipo de narradores es *El Gran Gatsby* de Scott Fitzgerald) o puede ser él mismo protagonista, héroe absoluto, de su propia narración. Así sucede en *Nada* de Carmen Laforet: para casos como éste Genette habla de *relato autodiegético*. (Molina Fernández, 2006, pp. 46 y 47).

La semiótica y lectura literaria

¿Cómo entender la postura de la semiótica y la lectura literaria? ¿Qué dice la semiótica sobre el autor de la obra? ¿Qué dice la semiótica sobre la lectura literaria? ¿Qué dice la semiótica sobre el texto? Para Bhaszar (2020), la semiótica es una disciplina autónoma, estudia el signo *per se*, también es considerada una ciencia que estudia, estructura, analiza y sistematiza las ciencias en general con la noción de signo; se ha constituido “en un discurso seguro y autosuficiente en sí mismo, legitimado, en últimas, por su poder explicitador de descomponer teórico-científicamente el mundo en lo que ya siempre ha sido, el signo” (p. 58). Por otro lado, “posibilita desde la misma estructura del signo el estudio de otras disciplinas por medio de sus respectivos estructurantes sígnicos (meta-ciencia): ciencias humanas, biológicas, las lógicas, matemática, física, lingüística y estética” (p. 58).

Los estudios sobre la relación de la semiótica literaria con el autor del texto, han permitido confirmar que

actualmente, en la semiótica literaria, el autor ha dejado de ser el centro de la obra y el dueño del significado, y en el análisis sólo se consideran aspectos de su vida cuando éstos sirven para explicar elementos de su producción literaria. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 147)

Con la denominación de semiótica narrativa, deja la posibilidad de analizar “las fases canónicas de la narración y los roles actanciales”,

la organización discursiva, las manifestaciones discursivas, la estructura narrativa, el nivel discursivo o textual, la organización de la significación (Arana Toscano, 2022).

La semiótica no solamente estudia los signos, también se ocupa de los textos y los discursos; es decir, de los procesos complejos, la articulación de los elementos y la significación de los mismos; es pertinente y requerida para la realización de estudios de la literatura y el arte. En un texto es muy importante “explorar las posibilidades semióticas, estéticas y cognitivas del arte y de la literatura” (González, 2019, p. 179).

La escritura es historia, muy importante, genera memoria; se constituye, con el devenir del tiempo, en una especie de memoria colectiva, masiva, cuyo complejo universo revela la presencia de signos, los cuales siempre son traducidos por otros signos, para los respectivos efectivos comunicativos. El hombre construye un espacio de signos, a través de los cuales participa, interactúa en un universo de múltiples posibilidades. La semiótica forma parte de este entramado escritural y literario, permite el conocimiento vasto y diverso, cuando se usa para la investigación hablamos de semiótica aplicada, con el propósito de descifrar los signos: su significación y función (Santillán et al., 2020).

Los textos narrativos presentan mucha complejidad, específicamente, en el análisis, el cual presenta muchas variantes por las teorías narrativas, por los contextos, por los tiempos cuando se

escribieron, por los autores, por los lectores. En realidad, “el problema de los análisis estructurales narrativos es que se centran exclusivamente en la organización del relato, en las propiedades internas del discurso [...] Los significados de los enunciados están marcados por lo social” (Jiménez Blanco, 2012, p. 130).

En esta misma perspectiva, la lectura, por su parte, nos abre un nuevo escenario de diálogo literario y cuestionamiento diverso. ¿Qué es la lectura? ¿Qué es la decodificación del texto? ¿Quién empieza la lectura? ¿En qué momento se inicia la lectura? ¿Cuáles son las condiciones? ¿Qué dice la semiótica sobre la lectura literaria? Por otro lado, ¿qué dice la semiótica sobre el texto? ¿Qué implica la participación del lector? ¿Cómo relaciona el texto con el autor y con el lector? ¿El texto es igual a obra literaria?

En una perspectiva semiótica, la lectura es definida como decodificación del texto, como recreación de los significados, a partir de la participación del lector. El texto se plantea como un acto comunicativo entre el autor como productor y el lector como decodificador del mismo. Como cualquier mensaje, el texto no cumple su ciclo comunicativo hasta cuando es leído, interpretado [...]

A esta idea cerrada de la obra literaria se opone su consideración como objeto abierto, donde son posibles múltiples lecturas si encuentran apoyo en el texto. Muchos teóricos de la literatura han definido esta apertura de la obra y

se han opuesto a la búsqueda de un solo significado. Para Roland Barthes, por ejemplo, toda lectura es inacabada, porque no es posible mirar simultáneamente todas las funciones y todos los elementos. Se parte del reconocimiento a la libertad del autor para escoger los puntos que le parecen más significativos. No se trata, entonces, de obtener una explicación del texto, un significado último que sería su verdad, sino, de acuerdo con Barthes, de entrar por medio del análisis en el juego del significante, en la escritura, y realizar “lo plural del texto.” (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 147)

Dentro del constructo narrativo, encontramos el cuento y la novela, ¿qué decir sobre los mismos? ¿Qué son el cuento y la novela? ¿Cómo se deben leer los mismos? ¿Cuántos sentidos tienen? ¿El análisis es “móvil y lento”?

Este autor consideró el cuento y la novela como sistemas andantes de informaciones, y propuso una lectura necesariamente lenta del texto literario, que permitiera detenerse todas las veces requeridas, registrando libremente los sentidos; sin buscarlos todos, puesto que la obra sigue abierta. La finalidad no es, entonces, encontrar un sentido, como lo hace la crítica marxista o psicoanalítica, ni el sentido como lo hace la hermenéutica. Importa sólo la coherencia de la búsqueda. La obra brinda un conjunto A de señales iniciales, y uno B de señales finales observadas. El análisis literario

estudiaría cómo se efectúa el paso de A a B. Este análisis, móvil y lento, se opone a la lectura de consumo que hace desechar de inmediato lo leído; y obliga, en cambio, a volver al texto, a sentir la relectura como práctica de trabajo, como manera de realizar el saber de un texto. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, pp. 147 y 148)

El papel del lector en la significación de la obra

Por otro lado, el lector juega un papel muy importante para la significación de la obra,

se coincide en considerar al lector como un colaborador de su vida polisémica. Para los teóricos de la lectura literaria, la obra comienza a existir sólo cuando es leída, y es el lector quien extrae los significados y los sentidos de los signos del texto. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 149)

Borges, por su parte, añade: “el hecho estético requiere la conjunción del lector y del texto y sólo entonces existe. Es absurdo suponer que un volumen sea mucho más que un volumen. Empieza a existir cuando el lector lo abre” (Borges, 2009, p. 1).

Para Altamirano y Sarlo (1980), Umberto Eco (1981), Castro García y Posada Giraldo (1994), Rojo (1997), Zavala (2007), Cangalaya Sevillano (2016), Díaz Melendez, (2017), Gallano (2017), el lector se

constituye en un sujeto activo, especialmente durante sus relaciones con el emisor y en la misma interpretación del texto, usando su plena libertad para la interpretación del texto, cuyos límites formales y no semánticos se materializan en el significante y no en el significado, además de connotar, implicar “un mensaje abierto bajo formas cerradas”. También

el lector activa el contenido del texto, sin añadir nada, ni alterar los límites formales del mismo, lo cual no significa que su papel sea pasivo. Su libertad de interpretación va tan lejos como lo permita el texto, y las referencias contenidas se ofrecen como indicios a su competencia lingüística y cultural. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 148)

El lector calificado encuentra los escenarios y los protagonistas de los textos narrativos, sobre los cuales construye su propio texto discurso, interpretativo, analítico, con las luces cognitivas de la teoría de la literatura; encuentra la morfología de la narración, analiza la intertextualidad, revela la significación del hipertexto, encuentra los caminos de la semiótica y la semiología (García Hernández, 2018). Construye y hace pedagogía crítica y social, mediante los textos narrativos; anima, fomenta y divulga sus “experiencias de lecturas narrativas críticas”; siempre genera interacción sociocultural, su mirada es crítico-social (Calpa, 2019).

El lector inteligente y agudo tiene las condiciones y las competencias de realizar “la lectura sociocultural de textos narrativos en

el desarrollo de la literacidad crítica”, ha desarrollado una educación lectora, posee una lectura superior, crítica, llena de transversalidad, frutífera, profunda, competitiva, interpretativa, construye los hechos verbales, con diversos enfoques; exhibe sus potencialidades literarias, estéticas, discursivas; revela sus capacidades de opinión, discusión, análisis, comentario, interpretación; genera controversia (Serquén Montehermozo, 2020).

Por otro lado, el lector posee la habilidad de leer, interpretar y cuestionar los contenidos encontrados en los diversos textos; es capaz de hacer una lectura literaria, en un universo tripartito: lenguaje, literatura y pedagogía. Construye “una reflexión sobre el estatuto epistemológico de la enseñanza de la literatura desde lo lingüístico, lo cognoscitivo, lo ideológico y lo estético” (Argüello, 2020, p. 128). El lector fija su posición cultural, literaria, social, sus creencias, sus valores, sus deseos, sus aspiraciones; lee y enseña a leer; interpreta y enseña a interpretar. Responde a estas cuestiones: “¿Cómo leer un texto y no morir en el intento? ¿Qué buscar en él? ¿Cómo reconocer si es bueno o malo? ¿Cuál es la función de sus personajes? ¿Qué lo hace literario? ¿Cómo se construye ese valor?” (Ferreiro, 2021).

El texto narrativo y su correlato no solamente quedan registrados entre las líneas del papel, van más allá. El lector comprende el constructo narrativo que es muy complejo. Entiende que la narración es el arte y la capacidad de contar un suceso, el cual puede ser real o ficticio; se

encuentran personajes y trama, noticias, anécdotas, chistes, entre otros (Herranz y Segovia, 2022).

Los lectores inteligentes redimen y engrandecen los textos narrativos. Estos lectores no solamente se encuentran entre las líneas del texto, más bien siempre salen de las mismas. Encuentran la riqueza fuera de las entrelíneas, son creadores de nuevos textos críticos y visionarios; incluso perciben lo que el autor no lo ha determinado e imaginado. Generan diálogos con la literatura y la sociedad, sobre la base de los textos leídos. Revelan sus capacidades y habilidades en el manejo de las teorías: las herramientas poderosas para las lecturas y los respectivos análisis literarios.

El papel del autor en la significación de la obra

En esta perspectiva, nos planteamos varias interrogantes. ¿Quién es el autor? ¿Qué hace el autor? En un texto narrativo, ¿solamente se encuentra al autor? ¿Cómo se encuentra al autor? ¿Cuál es el papel fundamental del autor en la significación de la obra? ¿El autor estimula y crea situaciones para cautivar al lector? ¿El autor lo dice todo? ¿Es consciente de todo lo que escribe? ¿El autor crea estrategias narrativas? ¿Construye un destinatario específico? El universo del autor es muy amplio y notoriamente complejo. Por su parte,

el autor estimula en el texto asociaciones semánticas, quiere que el lector intente una serie de elecciones interpretativas,

calcula y solicita su cooperación para llenar espacios de lo no dicho y extraer las significaciones de la obra, haciendo pasar al acto los contenidos que han sido dejados en estado virtual. Para Eco, el texto funciona como un mecanismo perezoso o económico y, sólo en casos de extrema meticulosidad, se complica en redundancias y especificaciones ulteriores. Por esto se presenta entretejido por espacios en blanco, por intersticios que deben ser cubiertos por el lector. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 149)

¿Qué significa la interpretación de la obra, desde la perspectiva literaria del autor y de la significación de la misma? ¿Quién actualiza el texto, el lector o el autor? ¿Qué sociedad tiene el autor con el lector? ¿Colabora el lector con el escritor? ¿Cómo el lector colabora con el autor del texto?

Si la suerte interpretativa de una obra debe hacer parte del propio mecanismo generativo, escribir significa poner en práctica una estrategia que prevea anticipadamente los movimientos del otro. El texto viene emitido para que alguien lo actualice, y el autor debe asegurarse de que el conjunto de competencias al cual se refiere sea el mismo al cual pueda remitirse el lector. Por tanto, postula un lector modelo capaz de cooperar en la actualización textual como él pensaba, y de moverse interpretativamente como él lo hizo generativamente. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 149)

¿Qué decir sobre las estrategias narrativas? ¿Existen estrategias narrativas? ¿Acaso solamente le pertenecen al autor? ¿Existen estrategias relacionadas con la producción de los textos? ¿La interpretación queda condicionada y prevista por el autor del texto? ¿En qué parte está la competencia lingüística?

La producción del texto es considerada, entonces, como una estrategia que, como todas, prevé los movimientos del otro. Ese otro-lector es postulado, según esto, como un principio activo en la decodificación del texto y su trabajo de interpretación está previsto por el autor.

Para conformar esta estrategia, el autor configura la imagen de un lector modelo que posea, además de la competencia lingüística, la misma enciclopedia cultural y el mismo sistema de referencias. Este lector es llamado a colaborar en el desarrollo de la historia, mediante la realización, durante toda la obra, de un trabajo de previsión que lo lleve a anticipar el desarrollo de las acciones principales. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 149)

Perspectiva sociológica de la lectura

Según esta perspectiva, la decodificación constituye un proceso, el cual no solo depende de factores individuales, sino de todo el sistema cultural al cual pertenece el lector. Para la semiótica literaria, el texto viene a ser la fuente inagotable de muchos y variados sentidos;

constituye el lugar o el espacio lleno de la pluralidad semántica; por otro lado, el texto siempre queda cargado de significación e información; además genera muchos contextos llenos de “lecturas diferentes en el tiempo y en el espacio” (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 150).

De acuerdo con la polisemia, el lector tiene la posibilidad de asignarle al texto “significados ausentes”, significados contruidos y creados durante la producción; por otro lado, el lector puede desconocer, también ignorar las pretensiones del autor, incluso sobrepasarlas, además invertirlas.

A diferencia de la ciencia, en la que una hipótesis es considerada válida si no es negada por otras; en el arte se asiste a la coexistencia de interpretaciones fundamentalmente diversas, y a la sobreposición, a cada texto, de una reserva incalculable de decodificaciones. (Castro García y Posada Giraldo, 1994, p. 150)

La relación obra-destinatario supera el plano psicológico, revela las representaciones de la nación, incluso de un grupo, también de una clase. En este sentido, aparecen las prácticas de lecturas y las posiciones sobre estas prácticas. Para Dubois, una lectura aparece “condicionada socialmente” en relación con los autores y los lectores. El escritor construye un “discurso social”, el cual pertenece a su tiempo y a su grupo, revelando así una determinada clase social, una determinada sociedad. La obra, el texto, revela la imagen del lector, quien influye

sobre el contenido, sobre la forma lingüística y sobre los aspectos exteriores. Por otro lado, las aficiones, el condicionamiento social, los gustos, las formas de leer y las formas de decodificar, responden a las relaciones de la clase social, a los comportamientos sociales, culturales, artísticos, estéticos, cuyos comportamientos son heredados y aprendidos en la familia y en la escuela (Castro García y Posada Giraldo, 1994).

Para construir un mejor diálogo literario, son necesarios los abordajes teóricos. En este sentido, el universo de la literatura convoca la presencia de muchos aportes teóricos; por ejemplo, no se queda al margen de la sociología, razón por la cual se habla de la sociología de la literatura, de la cual se camina hacia sociocrítica y la estética sociológica. Es decir, la literatura presenta tres dimensiones: la lengua, el individuo y el grupo social (Pouliquen, 2017).

Para Maltz (2020), la sociología es un método mientras la literatura un objeto de estudio. Esta percepción es limitante, corresponde entender que la sociología es una teoría de la sociedad, relacionada con otras teorías de la sociedad. Aborda lo complejo y lo múltiple de lo social y lo literario.



***Zavaleta en la Universidad
Peruana Unión***

3

Capítulo 3

Zavaleta en la Universidad Peruana Unión

3

A modo de introducción

La universidad, por su función y sus fines, es sinónimo de universalidad, de cultura en todas sus dimensiones, ámbitos y manifestaciones. Es el recinto académico, donde se encuentran los docentes, quienes realizan la cátedra, la investigación y el cultivo del arte, la cultura, la proyección/extensión social y universitaria, la responsabilidad social. Significa la presencia de los grandes, de los representantes del conocimiento, la cultura y la ciencia.

Carlos Eduardo Zavaleta, apreciado maestro universitario de muchas generaciones en la Universidad Nacional de San Marcos, también llegó hasta las aulas novedosas, amicales y dadas de la Universidad Peruana Unión, donde entregó sus lecciones de maestro consagrado a la literatura y a cultivar la estimulación de sus alumnos, también para desarrollar, con la emoción desbordante de gran maestro, la academia de la literatura. Desarrolló la cátedra de “Literatura Peruana” con los estudiantes de la Escuela de Posgrado, específicamente con quienes estudiaron “Comunicación y Literatura”, adscritos en la

Unidad de Posgrado de Educación. Los estudiantes no solamente abrieron sus voluntades y capacidades para recibir, leer y gustar la literatura, sino para recibirlo al maestro con los brazos abiertos y con los corazones tiernos, muy dispuestos y totalmente entusiasmados, para desparramar sus emociones inagotables y sus afectos interminables sobre la piel sensible de Carlos Eduardo, quien lo percibía emocionado y gustoso de estar en esta casa superior de estudios. Lo manifestó muchas veces, tenía muchas ganas de regresar, gozaba la compañía de los estudiantes por los espacios verdes y los pasillos de la universidad.

C.E. Zavaleta y Paideia

En uno de sus ensayos, Zavaleta, resaltando la significación de Ribeyro, dijo: “He dejado adrede para el final, la maestría de Ribeyro en el cuento; he publicado numerosos artículos y ensayos sobre este tema específico” (Zavaleta, 2009, p. 202). Los amigos tienen espacios y tiempos compartidos, más allá de tantos límites visibles e invisibles, en pretendida consecución de un mismo objetivo. Ellos no eran solamente amigos. Zavaleta y Ribeyro eran, entre otros, los mejores narradores de la Generación del 50, querida, muy querida por sus propios integrantes, también por sus lectores y por las generaciones posteriores, cuyos integrantes quedaron convertidas en sus discípulos inevitables y posiblemente naturales; en este sentido, los movimientos y los desplazamientos literarios hablaban siempre en las universidades nacionales y en los espacios culturales de la Lima de entonces.

Siempre existen las coincidencias en la vida. Su amigo había muerto hacía muy poco, mientras Carlos Eduardo escribía para la revista. Ahora mientras nosotros escribimos este trabajo, Zavaleta ya permanece muerto desde 26 de abril de 2011; sin embargo, escribimos para recordarlo, para sembrar en la memoria de los amantes de la literatura su tránsito por Paideia y por la Universidad Perruna Unión, en cuyos espacios y tiempos fecundos cosechó discípulos y admiradores, quienes lo leerán con devoción literaria y además lo recordarán por siempre. Zavaleta escribe *Ribeyro, artista literario*. En pleno contexto de la muerte de Ribeyro, declara:

Duele mucho hablar de un amigo muerto y casi recién enterrado. Y duele más cuando ese amigo era un artista, un escritor, vale decir, el creador de un mundo que vivía en sus libros de modo paralelo a él, jamás como un espejo, sino como un ensayo profundo sobre el mismo y también sobre Lima y toda la sociedad peruana. Entonces, cuando muere el hombre y se despide el amigo, quedan el artista y su obra, algo hermoso que compartir en una fiesta donde el dolor da paso a la alegría, pues ahora que se ha ido, leer su obra es resucitarlo, poner a Ribeyro aquí en la mesa, junto a nosotros, con su desgaire o desaliño ladeando su cuerpo, sin corbata, la nariz cortante, filuda, el infatigable cigarrillo que da la vida, su media sonrisa del tímido que no deseaba hablar mucho, pero terminaba hablando por horas, en varios tomos y ediciones. (Zavaleta, 1996, p. 86)

Zavaleta, en realidad, sí lo conoció muy bien, plenamente bien a Julio Ramón Ribeyro, el autor de “Los gallinazos sin plumas” (1955), su primer libro de cuentos, leído por muchas generaciones. Ambos cultivaban el mismo oficio literario: la narración de cuentos y de novelas. Siempre compartieron la misma mesa literaria en la Generación del 50, la que cambió definitivamente el rumbo costumbrista o indigenista de la narración (Zavaleta, 2006; Mautino Guillén, 2013).

Quienes hemos sido alumnos de Zavaleta –“un prolífico culto por la escritura, un abnegado sacrificio por la literatura” (Zavaleta, 2009b), calificativo también destacado por Vásquez-Caicedo Rainero (2017) – en las aulas de la universidad y recorriendo los pasillos de la misma, recordamos sus referencias literarias y sus lecturas narrativas, totalmente frescas, singulares, preferenciales y especiales, para el amigo, para el colega, para el mudo, quien “terminaba hablando por horas”. Por los espacios y las avenidas de la universidad, Carlos Eduardo, sosteniendo entre sus manos de platero, caminaba con este ensayo dedicado al gran amigo, así anduvo durante varios meses, hasta cuando encontró la oportunidad de entregarlo al amigo y discípulo Salomón Vásquez Villanueva, quien, con el propósito de complacer al maestro, realizó la gestión respectiva y lo publicó en Paideia, con la compañía, la alegría y la devoción literaria de Dónald Jaimes; por entonces, ambos amigos, entrañables y coexistentes, dominaban los escenarios y los espacios literarios en la Universidad Peruana Unión. La Generación del 50 revelaba la plenitud literaria, cultural, social y

artística de la existencia de Zavaleta y Ribeyro; del segundo, el primero afirma:

El otro punto de referencia en una introducción a su obra, es la conciencia que él tuvo de ser miembro de un grupo de escritores peruanos, llamado la generación de los cincuenta. No lo dicen solamente los críticos, lo reconoce el propio Ribeyro. Cuando publica su primer libro de cuentos, “Los gallinazos sin plumas” (1955), declara en el prólogo que lo hace, en primer lugar, por “una razón que podríamos llamar de solidaridad editorial con mis amigos y compañeros de letras. Pues la mayoría de ellos –Zavaleta, Vargas Vicuña, Congrains, Salazar Bondy– han publicado en el último año su primer libro de cuentos y ello ha sido para mí más que un ejemplo, casi una invitación a compartir los mismos riesgos de la aventura. (Zavaleta, 1996, p. 87)

Zavaleta, el amigo entrañable de Ribeyro, no se desprende de sus emociones literarias y de sus ligazones amicales con la Generación del 50. Cuya generación fue brillante, muy abarcadora, de discipulado permanente, inteligente y con mucha habilidad social, con una amplitud cultural diversificada y subsistente. Esta generación parecía imperecedera, todavía varios viven en el escenario cultural, artístico y literario. Del corazón de esta generación no se desprenden, menos se desligan el espíritu y la devoción literaria de Zavaleta; tampoco queda

Ribeyro arrancado del ventrículo literario de la generación; ambos tenían la misma sangre, el mismo oxígeno, la misma devoción, el mismo aliento, la misma generación. Su palabra llega en plural, en la primera persona, subrayando la inclusión de ambos y de los demás integrantes, identificados e incluidos con los grandes amigos de entonces:

Tenemos, pues, a Ribeyro como miembro de una generación que es también mía. Por ello, me complace hablar de él no con frialdad ni con neutralidad, sino con el calor con que se trata a un compañero de ilusiones y aventuras. Muchas veces, los jóvenes que serán con el tiempo escritores guardan sus sueños en el corazón, pues todavía están muy confusos, y sólo años más tarde se aclaran al momento de escribir. Quizá por eso, con él hablábamos de lecturas ajenas en vez de temas propios. Cada libro leído por el otro era una invitación a devorarlo también. Pero lo que nos unía era la fiebre común por las letras, esa fiebre que pronto se convirtió en costumbre, en inevitable rutina de clases, charlas, bares, muchachas, películas, conferencias y tertulias. (Zavaleta, 1996, p. 89)

Salomón Vásquez, Zavaleta y su “Vestido de luto”

En este escenario literario, quedarán por siempre los tres, con la significación de Zavaleta y la grandeza de uno de sus cuentos. Carlos Eduardo Zavaleta, el maestro y amigo, se ha constituido en el escritor más admirado, con las vastas hojas de sus ponencias, dispuestas para ser

leídas con mucha emoción en los diversos claustros académicos de San Marcos, también en las frecuentes conferencias dadas en las instituciones culturales de Lima. Ha generado así muchos amigos y discípulos para los escenarios de los siempre esperados quehaceres literarios; específicamente para nutrir las experiencias y los conocimientos de sus alumnos de la Universidad Nacional de San Marcos, durante la década de los noventa, específicamente el año 1993, en la Maestría de Literatura Peruana y Latinoamericana, en cuya promoción se encontraron escritores, poetas, traductores y críticos: Ricardo Silva Santisteban, Jorge Eslava, Américo Mudarra, Salomón Vásquez, Rosario Valdivia y otros.

Vásquez Villanueva (2000) no solamente trabajó su tesis sobre la narrativa de Zavaleta, sino escribió “Vestido de luto: un cuento para maestros”, con el claro propósito de conocer más el arte narrativo del maestro, quien es “un singular escritor y narrador, insaciable y, en gran manera, sediento y hambriento de la continuidad, mérito particular del éxito suyo que descansa sobre el más importante sillón solemne de los destacados y representativos de la llamada ‘Generación del 50’” (Vásquez Villanueva, 1996, p. 103).

Salomón Vásquez, declarado y reconocido amigo y discípulo del maestro Zavaleta, tiene el claro mensaje de compartir, con los docentes y con quienes están en el proceso de la preparación para la docencia, el contenido del cuento “Vestido de luto”, un cuento representativo y de antología de la cuentística de Zavaleta, en el entendido de que el referido

cuento tiene muchos valores pedagógicos, en correspondencia a su ejercicio y experiencia de maestro universitario. Nuestro autor no solamente fue escritor, narrador, crítico, ensayista, sino también ejerció la docencia, cuya experiencia de profesor se encuentra en su narrativa, se ha constituido en una constante, ya entre líneas o fuera de las mismas.

Carlos Eduardo es muy consciente de ciertos valores pedagógicos, muy requeridos para el manejo y control de los estudiantes y las aulas respectivas. La voz, en este contexto, es una herramienta muy importante del profesor, la cual determina su desempeño, implica la presencia de una técnica y autocuidado vocal durante la práctica pedagógica (Romero et al., 2023). Por ejemplo, destaca la voz del profesor con la variante de una voz fuerte, voluminosa, vibrante, atractiva, persuasiva y elocuente.

Se requiere el desarrollo del pensamiento reflexivo, mediante el uso de estrategias metodológicas; por ejemplo, el diálogo pedagógico; las instituciones educativas reclaman la implementación de esta estrategia (Díaz Suazo y Núñez, 2021). La escuela es un espacio donde los estudiantes y los profesores muestran sus habilidades sociales, sus habilidades blandas, en las diversas dimensiones: “cognitiva, actitudinal y socioemocional”, contribuyendo a la formación de la autonomía de los primeros, mediante la interacción, el diálogo y las prácticas pedagógicas; el segundo se constituye en una técnica pedagógica, orientada hacia el cultivo de la resiliencia (de Cássia y Caliman, 2022).

No queda al margen el diálogo y la amonestación risueña, cuya característica tiene el sentido de un recurso didáctico del profesor, para motivar y generar la concentración y la participación de los estudiantes, evitando que éstos pierdan la compostura de discípulos disciplinados, atentos y motivados, entre la dicotomía: autoridad y autoritarismo en el salón de clases (Zuñe Flores et al., 2021). En los centros educativos, se requiere la psicología cultural y la mediación, las cuales son logradas mediante tres estrategias pedagógicas: el diálogo, la retórica y la narración (Mendoza, 2021).

La amonestación del docente en forma risueña implica la presencia de la pedagogía de la ternura, la cual

marca espacios de ternura, amor y cariño, percibidos en el proceso de enseñanza-aprendizaje, con el afán de minimizar la violencia escolar y construir sociedades sanas, libres del horror psicológico, incorporando valores integrales que le permitan al estudiante constituirse en un individuo con autenticidad, seguridad, buena autoestima, tacto, caricias, abrazos y empatía. (Sánchez et al., 2021, p. 40)

El maestro y los alumnos inteligentes siempre dialogan, jamás se quedan sin palabra. Se alimentan recíprocamente, caminan juntos, se buscan, se encuentran; se necesitan; buscan contenidos y formas. En el manejo y control del aula, el diálogo de los alumnos y del maestro es muy importante, porque

el diálogo acorta la distancia de las personas, la misma que es fabricada, buscada, tomada o impuesta en forma voluntaria algunas veces, involuntariamente, otras. Acorta la distancia que separa al docente y al alumno; es la fábrica del asiento acolchonado y la columna sensible de la efectividad; construye, limpia, pule, aceita, abre y franquea ampliamente las puertas de la comunicación y el entendimiento del binomio humano: docente y alumno. El diálogo en este sentido no sólo es una forma de comunicación sino un método necesario, oportuno, imprescindible, atractivo, ameno, motivador, placentero, solucionador, sublimador. Por el diálogo se desarrolla la elocución, la capacidad de expresión del pensamiento humano, el intercambio, la interrelación, la altura, la dimensión, el talento, el respeto. Por el diálogo se llega a la profundidad de las aguas (tranquilas, turbulentas, cristalinas, turbias, amargas, dulces, ácidas, frescas), de las personas, del alumno en particular. (Vásquez Villanueva, 1996, pp. 105 y 106)

La convivencia, la inclusión y la disciplina presentes en las instituciones educativas y en las respectivas aulas, evitan la violencia escolar en todos los niveles (Lozano Treviño y Maldonado Maldonado, 2020). La disciplina positiva es muy importante para los estudiantes; necesaria para su respectiva experiencia, genera la formación de la autonomía de los adolescentes (Carrera et al., 2020). Lograr los procesos de la disciplina implica el manejo y la utilización de estrategias

metodológicas, trabajadas desde el paradigma de la convivencia (Panata Niveló et al., 2020).

Tampoco quedó al margen otro valor pedagógico, ni en el autor, ni en el crítico, menos en el cuento. Este valor se llama: “El control del orden y la disciplina”. “En el alumno, la corriente, el fluido, la fuerza, la energía, la vitalidad, la inoperancia, el movimiento, la pasividad, la dejadez, etc. tienen que ser controlados por el profesor, son canalizados por el profesor, el profesor da forma, controla, dirige” (Vásquez Villanueva, 1996, pp. 105 y 106).

Según Macías-Catagua (2018), los docentes tienen las competencias: específicas, genéricas. Las primeras determinan la cualificación profesional: los saberes, los quehaceres, las tecnologías de la especialidad. Para las *competencias genéricas* son instrumentales, referidas a las habilidades cognoscitivas, sin dejar al margen las habilidades metodológicas, las tecnológicas y las lingüísticas; se incluyen las capacidades de análisis, síntesis, la organización, la planificación, la gestión de la información, la “resolución de problemas y la toma de decisiones”.

Las segundas “aportan las herramientas intelectuales y procedimentales”, comprenden las instrumentales, las interpersonales y las sistémicas. En las instrumentales encontramos las competencias: habilidades manuales, las capacidades cognitivas, manipulación de ideas, habilidades lingüísticas, destrezas físicas, habilidades manuales;

permiten la realización de las tareas, las actividades, la obtención de los resultados y de los productos. Las competencias interpersonales están relacionadas con los sentimientos personales y propios, con las habilidades críticas y las habilidades de autocrítica; tienen relación con la inteligencia social: comunicación, cooperación, trabajo en equipo, manejo de habilidades sociales, “la apreciación y la actuación ante la diversidad en el aula, la aceptación de la crítica y el desarrollo de la autocrítica para mejorar profesionalmente el compromiso ético, ciudadano y democrático” (p. 245). Por su parte, las competencias sistémicas permiten observar el todo y sus partes, en una estructura, en un sistema, en una totalidad; permiten mejorar los sistemas, diseñar nuevos sistemas.

Para Marín-González et al. (2019), las competencias genéricas son: lectura críticas y construcción textual. En la perspectiva de Vera y García-Martínez (2021), las competencias genéricas comprenden: la motivación, la resolución de problemas, la autorregulación, el manejo tecnológico. Por otro lado, según Rojas et al. (2021), todos los docentes de calidad poseen competencias específicas; es decir, en su especialidad.

Por su parte, Ojeda-Nahuelcur et al. (2022) abordan que las *competencias genéricas* presentan tres categorías: instrumentales, interpersonales y sistémicas. Las *competencias instrumentales* tienen relación con los medios, las herramientas, en la nómina de estas competencias se registran: “habilidades cognoscitivas, metodológicas, tecnológicas y lingüísticas”, además, el análisis, la síntesis, la capacidad

de organización y de planificación, la capacidad de gestión de la información, la capacidad de resolución de problemas y de la toma de decisiones. Las *capacidades interpersonales* comprenden la comunicación, las habilidades críticas, las habilidades de autocrítica, las destrezas sociales, el trabajo en equipo, el compromiso social y ético. Las capacidades sistémicas comprenden destrezas y habilidades: comprensión, sensibilidad, creatividad, liderazgo, aprendizaje autónomo, adaptación a situaciones nuevas y diversas.

Vásquez Villanueva (1996), durante el ejercicio de sus lecturas y pesquisas literarias, también ha encontrado y refiere otros valores: la competencia igual actualización y novedad, la vocación y la vivencia, el uso del material didáctico y la llamada “tribuna libre”. En clara alusión de la vocación del maestro y su gran importancia, declara:

si no hay vocación no hay fuerza, poder, convicción en lo que se cree, en lo que se profesa; no se aprende ni se enseña. El docente que carece de vocación está perdido, sin rumbo, fuera de su órbita, de su realidad, utilidad, servicio, eficacia, eficiencia y calidad. La vocación exige vivir, experimentar lo que se enseña; contagiar, conmover, mover la voluntad del alumno en el mismo carril de la voluntad del profesor. (p. 108)

Los docentes, en la actualidad, deben poseer competencias: digitales, metodológicas y evaluativas, si quieren encontrar resultados positivos durante la formación de los mismos (Cateriano-Chavez et al.,

2021). En todos los niveles de la educación se requiere docentes de calidad. Los docentes son calificados en la condición de poseer buena calidad, si ofrecen las características:

a) experticia sobre contenidos disciplinares y cómo enseñarlos (didáctica); b) conciencia sobre el impacto que tienen sobre sus estudiantes en relación con los contenidos y habilidades que aprenden, y la motivación para aprender; c) expectativas realistas sobre el desempeño estudiantil y justicia en la evaluación; d) accesibilidad a los estudiantes, respeto y entusiasmo. (Ripoll-Núñez y Arrieta-Caycedo, 2022, p. 12)

Estas competencias de los docentes tienen notable sustento teórico. Significa que la actualización de los docentes, la novedad de los mismos, la vocación, la vivencia, el material didáctico, los recursos, todas las actividades y prácticas de los docentes son alineados a los llamados marcos teóricos, constructos teóricos, llamados también teorías, modelos, enfoques. En estas condiciones, la docencia se constituyen en la fuente de conocimiento renovado, actualizado, vigente, funcional y significativo, para los diversos aprendizajes de los estudiantes (Machuca, 2023).

Zavaleta y su “Vestido de luto,” en la Universidad Peruana Unión

Por la década de los 90s del siglo pasado, Carlos Eduardo Zavaleta llega a la Universidad Peruana Unión, en la memoria, la voz y la palabra,

literarias, de su discípulo: Salomón Vásquez Villanueva, quien abre los libros de la narrativa del maestro, con el propósito de compartir los influjos literarios del mentor predilecto, encontrado, respetados y admirado en las aulas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la Ciudad Universitaria, también algunas veces en la Casona del Parque Universitario, donde desarrollaban las clases de literatura. Las emociones literarias Salomón Vásquez las compartía con sus alumnos de la Especialidad de Lingüística y Literatura, en la entonces Escuela Académico Profesional de Educación, adscrita a la Facultad de Educación y Ciencias Humanas de la Universidad Peruana Unión.

En la referida especialidad, Salomón Vásquez Villanueva desarrollaba las asignaturas de literatura, encontrando una buena y excelente oportunidad, para leer los cuentos de Zavaleta. Entre otros cuentos, leyeron “Vestido de luto”, con el propósito literario y pedagógico. No solamente quedó, en la memoria de los estudiantes, la Generación del 50, de la cual Zavaleta es uno de los mayores representantes, específicamente de la narrativa peruana, sino algunas emotivas referencias biográficas, su producción literaria realizada hasta entonces, sus estudios realizados en la UNMSM, su vasta traducción, sus entrevistas y artículos sobre la narrativa peruana, Zavaleta objeto de crítica literaria, las diversas apreciaciones y comentarios sobre Zavaleta, las entrevistas hechas a Zavaleta, también su producción literaria.

Zavaleta revela tres caras muy importantes: la cara de escritor, la cara de profesor y la cara de maestro del cuento y la novela. Su rostro

literario ha inspirado a muchos escritores y a tantas generaciones: la suya y las posteriores. Salgado Gamarra construye el capítulo IV de sus tesis, denominado “Vestido de luto: valores pedagógicos”. Presenta el perfil del profesor y del maestro. Enfoca varios valores pedagógicos: la voz del profesor, el diálogo y la amonestación risueña, el control del orden y la disciplina, la competencia igual actualización y novedad, la vocación y la vivencia, el uso del material didáctico y la tribuna libre. En realidad,

hablar con Zavaleta es ameno por su entrega y energía desplegadas en los diálogos, por su franqueza y hermandad heredadas e imperecederas, por la docencia escolarizada y no escolarizada que ejerce constantemente, por su amplitud y universalidad. Es un hombre y un narrador que ha venido del ande para anclarse en la capital de donde ha saltado a otras esferas que le han permitido desarrollar y nutrir su talento y experiencia de escritor; se da sin reparos, se abre sin chirridos, amplía y francamente como una puerta que gira sobre su propio eje abriendo simultáneamente otras y dejando que lo miren por todos los lados y los rincones, de adentro hacia afuera y viceversa. (Salgado, 1999, p. 84)

“Presentación (oral a cargo de Salomón Vásquez)”. Exactamente el 20 de noviembre de 1997, Zavaleta es presentado a los estudiantes de Lingüística y Literatura en la Universidad Peruana Unión; el discípulo de Zavaleta, a sus alumnos, les presenta al maestro:

Vamos a empezar esta conversación haciendo una presentación del Doctor Zavaleta, a quien me une entrañablemente recuerdos de relaciones propias y naturales de alumno a profesor, de un maestro a un discípulo, y cuando uno tiene que hacer alguna referencia sobre un maestro a veces le tiembla mano y eso es natural, sobre todo cuando está frente a uno o al lado de una excelencia como bien merecida tendría esta calificación. El doctor Carlos Eduardo Zavaleta, por tercera vez, está con nosotros; estuvo el año pasado, el 23 de abril recordando a un gran maestro de las letras españolas: Miguel de Cervantes Saavedra; estuvo también en el mes de agosto del año pasado, fue su segunda visita. Esta es la tercera, este jueves 20 de noviembre de 1997 y lo hemos invitado y él ha consentido aceptar esta invitación, gracias a esa buena relación personal que tiene con quien habla. Y me decía él mientras veníamos, también por el afecto que ustedes en algún momento pudieron arrancarle, se siente parte de la Institución por esas emociones que estarán cargándose necesariamente en ese trajinar que tiene.

Él está cumpliendo 50 años de escritor, creo que el país y la cultura nacional, quién sabe con cierta mezquindad y quién sabe también con cierta ingratitud, muy pocas y limitadas convocatorias han hecho para celebrar los 50 años de escritor. El doctor Zavaleta es de Caraz. La primera semana de este mes, doctor, estuvimos allí en su tierra natal y también me dolió el alma, por no encontrar sus últimos libros allí; yo estuve en la

Biblioteca Municipal y encontré solamente un librito pequeño que editaba Peisa en ese entonces ¿no? Creo que Zavaleta merece todo, merece no solamente estar en una biblioteca, sino merece ser leído, sobre todo como el mejor homenaje que a él se le puede dar en recompensa al escritor de calidad que es. (Salgado, 1999, p. 101)

“Charla de Zavaleta”. Ese mismo día, Zavaleta estuvo muy emocionado y feliz por el encuentro y el ambiente cálido, dulce, tierno y afectivo; le agradó mucho el ambiente universitario, la adolescencia y su energía de la misma, ubicada en un espacio muy cercano al maestro, con la puerta cerrada, así le gustaba hablar al maestro. Llegó la voz del maestro:

Muy bien, yo he venido algo así como a casa a conversar con ustedes y a contarles algo que un poco más en grande y en voz alta se va contar en pocos días. De todos estos libros de acá [sobre la mesa], no hay uno solo que esté todavía en las librerías, todos acabarán de salir así en un día, dos días, tres días y todo esto a cuento de los 50 años de escritor, que a alguien se le ocurrió que debía celebrarse; y entonces disponen mis cuentos completos, porque pasan los años y yo he tenido una serie de libros pequeños y estos doce libros eran pequeños y se desperdigaban y se agotaron. Entonces, me preguntaban mucho por esos cuentos, aparte de *Vestido de Luto* y de *Niebla*

Cerrada, es imposible encontrar los otros. (Salgado, 1999, pp. 103 y 104)

Por esa tarde muy agradable, los alumnos se tomaron varias fotos personales, también grupales. El maestro quedó muy emocionado, por el afecto sincero de los estudiantes, por la admiración que le expresaron, por los saludos y los abrazos compartidos. Para ellos, el maestro parecía conocido desde mucho tiempo atrás. Le compraron el libro *Vestido de Luto*, de brillante caratula azul cielo, quedando registrada en una de las primeras páginas la dedicatoria respectiva. Recorrieron con él varios espacios de la Universidad Peruana Unión, a modo de recorrido turístico. Ingresó en el Bazar, donde compró los *Productos Unión, Saludables por Naturaleza*. Los alumnos le tomaron fotos, mientras miraba los productos y los bajaba de los anaqueles con su propia mano de narrador y sus ojos de lecturas interminables, destinados para él y para su querida Tita, su dulce, tierna y delicada esposa; así como de la literatura; de ella siempre nos habló con mucha ternura y pasión conyugal, cuya unión parecía interminable, sin final alguno; los dos se conocían y se amaban tanto.

Zavaleta con los estudiantes en la Unidad de Posgrado de Educación

La relación maestro discípulo no se había perdido, jamás, siempre estuvo muy fortalecida, así lo percibían los estudiantes de la Maestría en Educación con mención en Comunicación y Literatura. El espacio de encuentro era la Universidad Peruana Unión, específicamente la Escuela

de Posgrado, en la cual quedó aferrada, sellada y muy recordada la experiencia docente de Carlos Eduardo Zavaleta, el maestro de Salomón Vásquez Villanueva, con quien se conocieron en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el primero en la condición de maestro y el segundo en la condición de discípulo, en el ámbito de la maestría de Literatura Peruana y Latinoamericana.

Para desarrollar sus clases de la maestría, en la Universidad Peruana Unión, Carlos Eduardo Zavaleta preparó un libro titulado *Narrativa Peruana del siglo XX (Breviario)*, en el cual el mismo autor asienta: “En el curso de las clases habrá espacio para preguntas, formuladas por los encargados de dictarlas, las cuales deberán ser respondidas como actos indispensables de la enseñanza” (Zavaleta, 2004, p.1). Este libro, escrito con propósitos académicos, así lo revela el *Prefacio* escrito por el mismo Zavaleta; la *Presentación*, escrita por Salomón Vásquez Villanueva, el discípulo del maestro, quien afirma que

este texto tuvo su feliz nacimiento en el contexto de la Maestría de Educación con Mención en Comunicación y Literatura, ofrecida por la Escuela de Posgrado de la Universidad Peruana Unión, donde Carlos Eduardo Zavaleta es docente ocasional, cuya lectura –por las dos partes: de un lado los alumnos de la maestría y de otro los docentes de la misma– produjo el encuentro especial de los alumnos, donde el aliento, la motivación y las impresiones crecieron notablemente, teniendo

como escenario el espacio de la literatura y el arte. (Vásquez Villanueva, 2004, p. 5)

Salomón Vásquez Villanueva, en el marco de la relación y la convivencia de maestro y discípulo, expresa sus emociones cuantificadas que se circunscriben y dependen de esa vinculación literaria, personal y muy amical. Salomón Vásquez y su esposa Madeleine siempre estuvieron con Carlos Eduardo y la conocida Tita, en los certámenes literarios; en Chaclacayo durante los inviernos intensos de Lima; también en otras y muchas ocasiones en la casa de Miraflores, frente al Parque del Amor, ahí en el segundo piso, a donde los primeros llegaron siempre, con la devoción de grandes amigos y con la confianza interminable, sobre cuya mesa humana y dadivosa jamás faltó una taza de café destinado a combatir el intenso frío limeño. Frecuentemente estuvieron juntos los cuatro. Madeleine siempre fue la conductora del vehículo, un auto Toyota de color rojo, de la propiedad de los primeros. El auto ya tenía olor a literatura, a los conocidos les hablaba de literatura, de Zavaleta y de Tita.

No hay impresión más agradable, gratificante y placentera, expresada en el aspecto personal, académico y profesional, que los discípulos continúen leyendo al maestro de ayer, al maestro de varias y sucesivas generaciones. Precisamente, porque el maestro ha formado a otros maestros quienes quedan anclados en generaciones futuras, tal es el caso bondadoso y singular de

Carlos Eduardo Zavaleta: narrador, ensayista, crítico y académico por excelencia. (Vásquez Villanueva, 2004, p. 5)

Comprende once capítulos, abordando la narrativa desde Ricardo Palma y la tradición, hasta los narradores de 1975. En este libro quedan registrados los consagrados escritores peruanos: Palma, el maestro de la tradición; Manuel Gonzáles Prada, conocido y reconocido por su gran influjo ideológico. También don Abraham Valdelomar, López Albújar y los grandes inicios del indigenismo; para Zavaleta, el año 1923 fue un año fértil de la narrativa, cuyos representantes narradores son Beingolea, Gálvez y Vallejo. No quedan al margen, Martín Adán y José Diez Canseco, tampoco los narradores consagrados de la novela andina, aunque como dijera el mismo maestro: “Sé que por ahora todavía no se puede hablar de una novela ‘andina’ en el país y que sería mejor referirse aquí a una época de plenitud de la narrativa indigenista, marcada por las obras de Ciro Alegría, José María Arguedas y Manuel Scorza” (Zavaleta, 2004, p. 218).

El vínculo de Zavaleta con la Universidad Peruana Unión se hizo más visible, resistente, necesario, inevitable y feliz. Ese año académico, Carlos Eduardo Zavaleta desarrolló un estudio sobre el libro referido con los alumnos de la maestría, con quienes no solamente se encontró en las aulas, sino en el espacio de la amistad, la confianza y la motivación para compenetrarse con la narrativa peruana. Hizo más discípulos, a quienes les enamoró leyendo las lecturas seleccionadas y presentadas en el volumen *Narrativa peruana del siglo XX*, cuyo libro,

por entonces, era fresco y novedoso, quedó en las manos de sus alumnos, quienes se expresaron convertidos en sus devotos por siempre y para continuar la lectura, cuyo panal literario quedó en la mano de cada estudiante de literatura.

Zavaleta en “Jamás y para siempre”

Por otro lado, Zavaleta (2011b) escribió el “Prólogo” del poemario de Mario Veloso, cuya presentación se realizó una semana después del deceso del maestro. Las páginas escritas con buena voluntad, con mucha calidad y con la emoción de un corazón siempre sincero y anhelante, se recordarán por siempre. Jamás quedarán en el olvido, “jamás y para siempre”. Así se queda C.E. Zavaleta, siempre vigente en las líneas literarias de nuestros escritos. *Jamás y para siempre* no es una despedida de por vida, sino es el poemario de Mario Veloso, periodista, profesor, administrador, ensayista, teólogo y poeta; nacido en Pitrufulquén, cerca de Temuco, a la orilla del Río Toltén, al sur de Chile. Mario ha sido un hombre polifacético, con una cosmovisión muy universal por sus convicciones y sus experiencias de trotamundos.

Las pretensiones literarias de los amigos, Salomón Vásquez y Dónald Jaimes, interminables amantes de la poesía, fueron encargados de publicar el poemario de un amigo extranjero, también muy comprometido con la poesía y la literatura. El prólogo debería escribirlo un escritor peruano de renombre, mejor si sería un sanmarquino, en correspondencia a la imagen ganada de Mario Veloso. Con este

propósito, Dónald, amigo más cercano de Mario Veloso, dialogó con Salomón para buscar el escritor representativo, idóneo, dispuesto, comprometido, elegido y seleccionado para escribir el prólogo requerido. Luego de una conversación muy extensa, amical, amena y literaria, coincidieron en que Zavaleta prepararía el prólogo que coronaría la significación literaria y poética de las páginas del poemario.

Salomón, amigo más cercano de Zavaleta, le sugirió a Dónald realizar la visita al maestro, quien vivía frente al Parque del Amor, en Miraflores. Ambos se fueron por la mañana, para saludar, visitar al maestro Zavaleta, quien los recibió con mucha amabilidad, además del expresado encanto literario. C.E. Zavaleta aceptó escribir el prólogo. La palabra de Zavaleta siempre estaba lista y dispuesta para darle forma a un discurso poético, mucho más ahora tratándose de un compromiso de amigos y en un universo literario que también les resultaría muy placentero. En las primeras líneas del *Prólogo* se derrama su pluma crítica, mordiendo el papel con los expertos dientes de sus impresiones introductorias:

Pocas veces un lector se da con la voz del alguien que es al mismo tiempo poeta, filósofo, teólogo, docente y viajero constante por el mundo. Un hombre inquieto que busca su camino y halla metas siempre sucesivas, es alguien que aspira a la unidad de los fragmentos, a la suma de las sendas provisionales, hasta culminar en un espléndido mirador y

ganarse el derecho de hablar desde ahí a los demás lectores.
(Zavaleta, 2011b, p. 7)

Siempre fue así. En forma clara, transparente, segura y firme, Zavaleta revela su gran apreciación poética sobre Veloso: el teólogo. Reconoce, anima y divulga la grandiosidad de su verbo:

Sin duda él fue también, alguna vez, un descarriado; ahora es no sólo el creyente que confiesa vivir en el agua clara y en la luz, sino que sabe recordar, para guiarlos, a quienes dudaron antes de emprender el viaje de las almas atormentadas. (Zavaleta, 2011b, p. 7)

Sobre Veloso, el poeta chileno, Zavaleta expresa que “este gozo verbal envuelve no sólo las descripciones y metáforas, sino las emociones en oleadas más o menos atenuadas, propias de un espíritu docente y monacal, con una ‘clara conciencia de mi claustro silencioso’” (Zavaleta, 2011b, p. 9).

En la palabra interpretativa de Zavaleta, la poesía de Veloso expresa una inevitable conexión de Dios y el hombre:

Así, el Dios y el hombre se añaden, se contemplan, en un acercamiento facilitado por plegarias sucesivas que leemos, por ejemplo, en los poemas “De tiempo yo no soy” y “¿Quién soy?”, cuando el poeta reconoce: “Soy un acto de tu mano”.

Pero el viaje todavía prosigue, pues se emprende otro, el definitivo, en compañía divina, y entonces se devuelve al hombre a una condición inicial en que fue presa de la culpa, cuando descubrió al “adversario”, en la Noche. Ahora, de lejos, el caminante confiesa haberse enfrentado con la Muerte, aunque declare no haber vivido nunca solo: “Aunque yo sé muy bien desde quién fue/ la sombra triste/... vuelvo yo a vivirme/ Sorbo de agua clara”. En fin, la conciencia, ahora oscurecida, es una tortura que repite el mal antiguo, “el mundo antiguo.” (Zavaleta, 2011b, p. 11)

La presentación del poemario *Jamás y para siempre* se realizó dos días después del fallecimiento de Zavaleta, el día jueves por la mañana, en el Salón de Grados de la Universidad Peruana Unión, con la ausencia mayúscula de quien escribiera el *Prólogo*, con la presencia significativa del rector de entonces, el Dr. Juan Choque Fernández. En la ceremonia leyó el texto del *Prólogo* el discípulo: Salomón Vásquez Villanueva, lo realizó con la emoción sentida y conectada al reciente deceso del maestro y amigo. El ambiente y el auditorio quedaron totalmente teñidos de mucha nostalgia por la pérdida del maestro: Carlos Eduardo Zavaleta, referido póstumamente ante los presentes, quienes de inmediato se conectaron al fallecimiento descrito en ese momento, gracias a la sensibilidad humana de todos los convocados. Los fallecimientos unen a las personas en una sola sintonía: la familia doliente del difunto.

Homenaje póstumo de la Universidad Peruana Unión a Zavaleta

Para él y para el entorno literario-cultural, no quedaba otra cosa más ambiciosa. La Universidad Peruana Unión le ofrecía el más sonado *Homenaje* a Carlos Eduardo Zavaleta, a solicitud muy singular, emotiva, grata y especial de sus discípulos y amigos; entre otros, Salomón Vásquez Villanueva, Dónald Jaimes Zubieta. El entonces rector de la universidad, Dr. Juan Choque Fernández, concedió el permiso, facilitando la publicación del libro *El gozo de las letras III*, quien expresa sobre el insigne maestro:

Es privilegio de una universidad permitir que una generación pueda gozar de algo intangible, pero al mismo tiempo vital y nutritivo: las letras. La Universidad Peruana Unión se precia en servir este apetitoso plato a la mesa de la juventud peruana. (Choque Fernández, como se citó en Zavaleta, 2012, p. 5).

El *Prólogo* lo escribe Salomón Vásquez Villanueva, el amigo, el discípulo, el “hijo” que nunca tuvo, siempre vio en él el hijo que no lo tuvo. La vinculación entre Zavaleta y Salomón no tuvo límites, viajaron mucho al interior del país, también al extranjero, su ligazón fue muy grande, emotiva y muy grata, se hicieron muy dependientes e inseparables. Había entre ellos una mutua dependencia. Las visitas domiciliarias eran recíprocas, Zavaleta a Ñaña y Salomón a la casa del maestro, su departamento en Miraflores, frente al Parque del Amor; tampoco faltaron los encuentros en Chaclacayo evadiendo el frío

terrible, insoportable y homicida de Lima. Zavaleta, de alguna manera, se volvió muy dependiente de su esposa y de Salomón. A esta dependencia humana, feliz, tierna y amical, se sumaba la presencia de dos mujeres: Tita, la esposa del maestro y Madeleine, esposa del discípulo. Los cuatro constituyeron una “familia” muy significativa; las avenidas y las calles de Lima, también los semáforos, los policías y los eventos literarios fueron testigos de esta unión, siempre se movilizaron en el auto rojo conducido por Madeleine, a quien el maestro la quería mucho, la consideraba una hija; los afectos fueron muy recíprocos. Varios libros de Carlos Eduardo, ella los tiene en la biblioteca de su esposo, con la dedicatoria y su respectiva firma.

En este contexto, se declara:

C.E. Zavaleta es uno de los símbolos más representativos de la narrativa peruana. Lo conocí en la década del noventa, cuando él retornó del extranjero para afincarse definitivamente en el Perú, en compañía de su querida Tita, su amada esposa, una mujer talentosa, fina en su comunicación y elegante, convertida en la señora, protectora y apacible dueña de sus tiempos y espacios, siempre la encontrábamos con él, especialmente durante las presentaciones de sus libros, durante sus brillantes exposiciones culturales y académicas. Incluso ella se había convertido en la memoria y en la agenda de sus compromisos académicos, sociales, culturales y, con primacía sobre todos, literarios. Desgraciadamente, ella se adelantó en su partida,

dejando en él la “invisible carne herida”, su orfandad de mujer. La muerte de Tita se constituyó en la transición de “su viaje”, materializado el 26 de abril, a los 83 años de edad. (Vásquez Villanueva 2012, p. 9)

En el libro póstumo, *El gozo de las letras III*, Zavaleta es presentado en sus diversas dimensiones: maestro, amigo, escritor fecundo, ensayista, crítico, estudioso de la literatura norteamericana. “C.E. Zavaleta, maestro y amigo de muchas generaciones, es muy apreciado y reconocido singularmente por su fecunda obra narrativa, fue el primero en introducir en Perú los estudios sobre el escritor norteamericano William Faulkner” (Vásquez Villanueva, 2012, p. 9).

No solamente humano, fue un hombre talentoso y escritor necesario. Carlos Eduardo Zavaleta no únicamente estuvo adscrito a instituciones académicas y universitarias. Queda en la memoria de las mujeres y de los hombres cultos con las imágenes de diplomático, escritor, ensayista, articulista. Él fue miembros de varias entidades culturales. “Por su vastedad y reconocida calidad literaria, Zavaleta fue miembro del Instituto Ricardo Palma desde 1998, también de la Academia Peruana de la Lengua desde 1999” (Vásquez Villanueva, 2012, pp. 9 y 10).

Él, Carlos Eduardo, siempre estuvo a la caza de cuanto evento cultural había en Lima y en otros departamentos del Perú, incluso en el nivel internacional; tenía en sus huesos, en sus venas y en su corazón la

sangre de esa vinculación literaria; fue un hombre sediento de los eventos culturales y literarios. También era solicitado, debido a su presencia magistral, reconocida y notoria en todos los círculos literarios.

Zavaleta siempre estuvo presente en los eventos culturales y literarios de gran resonancia. Su última presentación pública quedó registrada. C.E. Zavaleta pronunció el discurso de orden en la ceremonia en la cual se otorgó la Medalla de Honor sanmarquina al Premio Nobel 2011, Mario Vargas Llosa, el 30 de marzo, en el Centro Cultural de San Marcos, entre aplausos y saludos cosechados por la ocasión. (Vásquez Villanueva, 2012, p. 10)

La vida de la literatura no es ajena a las anécdotas. Siempre se alimenta de las mismas. En este libro aparece una anécdota, imposible de omitirla, debido a la vinculación emocional de los protagonistas: Carlos Eduardo Zavaleta y Salomón Vásquez.

A muy pocos días de su muerte, mi amigo Dónald Jaimes y yo nos fuimos a su casa, ubicada frente al Parque del Amor, en el segundo piso del edificio. Llegamos a la puerta de entrada al edificio, nos anunciamos mediante el vigilante y el intercomunicador. Le anuncié que estábamos a la entrada. Desde afuera y al costado del vigilante, yo percibí que su memoria se había desgastado... Luego ingresamos con su permiso y consentimiento, subimos al segundo piso mediante

el ascensor, hemos tocado el timbre de su casa, inmediatamente abrió la puerta, nos hemos abrazado, parecía que no nos hubiéramos visto y encontrado después de muchos años, con el afecto del maestro, el amigo, la “figura del padre” siempre ausente en él. Esa tarde, por primera vez, lo vi apoyado sobre su bordón, éste quedaba encomendado a soportar el peso de todos sus largos años, quedaba, a la luz de los ojos amigos, su fatiga, su cansancio, su desgastada fortaleza. Los tres, sentados sobre el mueble, él de cara a la playa, hemos conversado sobre la agenda literaria, sobre los proyectos de sus libros listos a publicarse.

En ese encuentro tierno y feliz, sin imaginar que sería el último, nos entregó el material para este volumen [El gozo de las letras III], con la recomendación especial y oportuna de un escritor pulcro, fino y experimentado, además se incluyeron las anotaciones registradas con su propio puño y letra, específicamente el título y el orden de los textos. Él quería disfrutar su último título: *El gozo de las letras III*”. (Vásquez Villanueva, 2012, pp.10 y 11)

A detailed illustration of a person with short hair, wearing a dark shirt, leaning over an open book. The person's face is in profile, looking intently at the text. The book is open, and the left page features a botanical drawing of a plant with several leaves and small flowers. The right page contains handwritten text. The entire scene is set within a circular frame that has a soft, glowing effect. The background is a light, textured grey.

***Adolescentes y juveniles:
el mundo narrativo de Zavaleta***

4

Capítulo 4

Adolescentes y juveniles: el mundo narrativo de Zavaleta

4

En la escuela, colegio y universidad: los límites sin fronteras

En su universo narrativo, quienes lo hemos leído, con pasión y devoción literaria, siempre nos encontramos con adolescentes y juveniles, cuya presencia de estos personajes es una constante. En este capítulo se pretende realizar el análisis literario de algunos cuentos solamente; ha sido muy imposible, no se ha trabajado la totalidad de los cuentos de Carlos Eduardo Zavaleta. Mucho menos de las novelas, cuyos personajes son muy enriquecedores y totalmente valiosos para los análisis literarios, dejando las mismas en la condición declarada de un trabajo futuro, sobre el cual suscribimos nuestro compromiso. Se presenta el análisis de la conducta y el comportamiento de los profesores y alumnos, con el propósito de analizar los espacios narrativos donde los mismos participan: escuela, colegio y universidad.

Alumnos y profesores

Este análisis empezamos por el cuento “¡Esa india!”, registrado y narrado magistralmente en el libro de cuentos *Niebla cerrada* (1970), además presentado en *Cuentos completos I* (1954-1970), primera

edición, setiembre de 1997, Lima, Perú, ISBN O. C. 9972-9043-2-6; volumen 1: 9972-9043-3-4. Es uno de los cuentos de marcada violencia escolar; ambos revelan la suya; el maestro y padre, en el salón de clases, se muestra demasiado violento, enteramente agresivo contra su propio hijo-alumno, dejando la evidencia de la compleja e inesperada relación paternal ante los demás estudiantes, quienes todos los días conviven en un ambiente escolar, totalmente lleno de hostilidad, miedo y asombro, por las conductas de maestro/padre y alumno/hijo. Los dos sacuden y asustan las fibras emocionales de los demás, generando cuantioso pánico escolar. Este cuento es símbolo de la sociedad y de las instituciones, en las cuales la violencia amanece y anochece, colmada y cuantificada en todas sus formas; refleja la disfuncionalidad familiar observada en el universo. Permite la realización del abordaje psicológico de los protagonistas.

En este cuento llega el perfil biográfico de don Juvenal Rosales, “maestro de primaria en la Escuela Fiscal de Corongo”, quien “se enredó borracho con el cuerpo caliente de la india, ¡y todavía ella se permitía desdeñarlo!” (p. 287), en un escenario totalmente campestre, muy lejano de la vista de los demás: los familiares, los vecinos y las autoridades del pueblo, únicamente cubierto y protegido por la extendida sombra de la distancia indiferente y los inmortales testigos sin palabra: el paisaje, el camino curvilíneo, el arenal, el traje vomitado, la choza de carrizos, la solitaria acequia de La Pampa.

Don Juvenal Rosales hacía con ella lo que no quería, aunque la sentía su propia propiedad, sin derecho a defenderse. De vez en cuando aparecía en el escenario visible y luminoso, con el traje vomitado, corriéndose de la vista de los demás por su pecado de los días y de las noches oscuras, caminando solitario sobre el arenal, “temeroso de que alguien lo reconociera”, buscando todas las escapatorias invisibles para los demás, “no tuvo más remedio que montar en uno de ellos [los burros que iban hacia Pacatqui y Corongo] y huir jurándose no perder otra vez tan fácilmente la cabeza” (p. 287). Los sucesos y los hechos de violencia experimentados por don Juvenal Rosales nos dejan, según los estudios de Barcelata Eguiarte y Álvarez Antillón (2005), la sospecha de que el alcohol es el peor aliado del hombre, quien, por el efecto de esta bebida, ejerce una conducta peligrosa, rechazada por la sociedad y contraria a los cánones de la vida social y normal, donde el respeto, el afecto, el buen trato y la consideración a las personas valen mucho.

Sin lugar a dudas, se revela un problema social, cultural y educativo. En este sentido, el consumo de alcohol produce alteraciones emocionales y físicas/biológicas, daños diversos a las comunidades, cuyos consumidores no solamente quedan expuestos a la pobreza, sino a la vulnerabilidad de su salud y de los demás. Genera daño y destrucción social, cultural, muerte y discapacidad; responde a dinámicas sociales e históricas de los pueblos y las comunidades, sin la percepción de riesgo y daño irreparable (Garcés y Zambrano, 2019).

En las comunidades campesinas, todas las personas tienen una presencia muy singular; todo maestro proyecta una imagen admirada, posiblemente la consideran llena de autoridad, suponen que lo sabe todo; al maestro, todos le consultan; es el médico, el político, el alcalde; para la gente de la comunidad es todo. En este contexto, aparece el maestro de nuestro cuento. Él es maestro de primaria en la Escuela Fiscal de Corongo. Es respetado, reconocido y admirado; el *don* refleja el buen trato dado al maestro de primaria; antepone el aprecio, la consideración, el respeto; muy pocas son las personas quienes reciben este trato, a cualquiera no lo tratan con el *don*. El *don* es para los distinguidos, para los mejores, para los más respetados; implica el reconocimiento de la experiencia y el señorío de la persona. Este es el trato otorgado al maestro Juvenal Rosales, así queda establecido y anclado en un itinerario social y educativo de singulares admiraciones y reconocimientos por la comunidad. Todos los maestros tienen y mantienen esa posibilidad. La presencia de los maestros en las comunidades campesinas tiene mucha significación.

El cuento nos entrega un personaje singular, cuya naturaleza es humana, pecadora, llena de conflictos psicológicos, con sus grandes limitaciones, también con sus aciertos. La vida es un libro que nos habla de la totalidad de los hombres y las mujeres, en todas sus dimensiones, ninguno escapa de sus páginas. En la vida hay enfrentamientos, luchas y peleas contra uno mismo. Al parecer, el maestro de primaria no quería enredarse con la india, por eso lucha contra sí mismo, pelea contra él mismo, también contra los demás, pero no podía dominarse, frenarse

cuando encontraba y se enfrentaba contra las circunstancias singulares y pecaminosas. Desgraciadamente sus impulsos carnales fueron más poderosos, muy dominantes, siempre lo doblegaron. Significa la presencia del maestro sin dominio propio, personal, totalmente carnal, violento en todos sus extremos. Todas sus pretensiones positivas, ajustadas, esperadas y benignas quedaron solamente en promesas mentales que él mismo siempre se hizo. Nuestro protagonista simboliza a los hombres y mujeres, quienes presentan paradojas de la auto propiedad, cuyas dimensiones sociales, éticas y jurídicas se perciben implicadas totalmente en el escenario de dominio propio, de acuerdo con los estudios de Arango (2022).

El día sábado siguiente, él regresó al pueblo montado sobre el caballo blanco y otra vez en la dirección hacia la india; se dirigió hacia ella, llegó totalmente exigente, con aplastante derecho sobre la misma, muy imperante, déspota en exceso, con la censura en su lengua grosera, impartándole abrumadoras órdenes: “¡Ven rápido!”, “¡vamos, apúrate!” “¿O sea que uno debe esperar la noche?” La violencia, narrada en este cuento, se constituye en un “medio de control” ejercido sobre la persona más débil o dependiente, en concordancia con Johnson (2008, como se citó en López Rosales et al., 2013).

Durante estas idas y vueltas, él ha engendrado un hijo en ella: Sergio, el hijo resultado de la fornicación, de sus encuentros clandestinos, quien, luego de su nacimiento inesperado, se ha constituido en el dolor de cabeza para el padre indiferente,

irresponsable, irreplicable, mezquino y despiadado en todos sus extremos. La presencia de estas conductas es la evidencia de una sociedad, en la cual abunda “violencia doméstica, lo que genera la sensación de que es un problema emergente y creciente” (López Rosales et al., 2013, p. 7), la cual no solamente compromete la responsabilidad de la persona quien ejerce la violencia, sino del mismo Estado, en el marco de los derechos humanos (Aprile, 2020), genera mucha dependencia emocional, hace perder su propia personalidad (Neira García et al., 2021). Los factores psicológicos determinan la permanencia de las mujeres en espacios, donde ellas tienen y mantienen relaciones sentimentales con rasgos de violencia doméstica (Bravo, 2022).

Para la vida de los hijos, el tiempo no se detiene, continúa su devenir. Los hijos no solo nacen y crecen, también buscan la escuela. Nadie engendra hijos para enseñarles donde la escuela. Posteriormente, don Juvenal Rosales ha quedado convertido en padre y maestro de su propio hijo, Sergio: su alumno en el segundo año, a quien lo trataba muy mal, física y psicológicamente, sobre todo si no resolvía el ejercicio de aritmética; la violencia del padre profesor era gigante, monumental, insostenible, agobiante, insoportable, sin posibilidad de freno, producía irritación en los demás; posiblemente sin entender que la violencia familiar produce consecuencias psicológicas en los hijos de las mujeres maltratadas (Patrón Hernández y Limiñana Gras, 2005); por su parte, Sergio tampoco lo apreciaba, porque ya lo conocía a plenitud:

–¡Ven aquí, animal! –ordenó, incorporándose con ganas de repetir el castigo que le daba en el salón del segundo año, cuando Sergio fallaba en resolver un ejercicio de aritmética, especialmente enredado por su padre. Pero Sergio, que ya lo conocía bien, miraba a todo el salón y hacía una mueca como diciendo a sus compañeros ‘Ya comenzó de nuevo el loco’. Una señal imperdonable. Como el mocoso tardara en salir a la pizarra, lanzaba su enorme y larga pierna por encima de la carpeta y le dejaba una marca en la maldita cabeza rapada y tiñosa; y cuando su hijo caía, ponía de lado al primer alumno y volcaba su furia sobre la mezcla de suelo y animal que veía abajo, hasta que el director corría a sacarlo del brazo, mientras él componía sus largos pelos que le cubrían los ojos. (p. 289)

Zavaleta trabajó en su narrativa la violencia contra la mujer. Se adelantó a muchas estadísticas futuras, las cuales dibujan actualmente el panorama y el escenario adscritos en nuestro territorio patrio:

La violencia contra la mujer es un problema aún sin solución en América Latina. Es una marca que nos recuerda que el 36% de ellas sufren violencia física y psicológica en casa. Y el Perú tiene el triste récord de liderar la lista de países con altos porcentajes de hombres agresores: 38%. (Albújar Regalado, 2016, p. 61)

En la narrativa de C.E. Zavaleta, don Juvenal Rosales revela, mejor dicho, simboliza a los maestros sin vocación, despiadados,

abusivos, irritados, pecadores, llenos de ultrajes, extremadamente violentos, neuróticos, quienes castigan y amenazan a sus alumnos sin piedad alguna, posiblemente quienes castigan sus propios pecados en otros, infelizmente sobre los más débiles, sobre los más cercanos y sobre más los necesitados. Llega, arriba, se posiciona e invade sus propios espacios con actitudes verdaderamente negativas e insolentes; reparte, desparrama y siembra la imagen de un profesor muy duro, autoritario, difícil, renegón, complicado, neurótico, empeñado y dispuesto a castigar físicamente a todos cuantos se cruzarán por su camino. Infundía excesivo miedo y temor para sus alumnos, nunca autoridad; no tenía autoridad, la autoridad jamás se impone, la autoridad se respeta. De acuerdo con las investigaciones realizadas proyecta la violencia de los antecesores de la familia y los modelos de conducta (Delgado, 2005, en López Rosales et al., 2013).

En este escenario de la violencia, ¿qué decir sobre la misma? ¿La persona ha nacido agresiva? ¿Aprendió la agresividad? ¿Qué factores explican la presencia de la violencia?

Las violencias remiten a complejos procesos histórico-sociales en los que individuos, grupos o instituciones –por separado o simultáneamente– generan la reducción de seres humanos a la condición de objetos, es decir, se les niega su condición de sujetos, volviéndolos dependientes, sin autonomía y, en el extremo, negándoles las condiciones mínimas de existencia.

(Reinoso y Thezá, 2005b; Aguilera Ruiz y Duarte, 2009; Crettez, 2009, como se citó en Di Leo, 2011, p. 59)

La autoridad del profesor es necesaria en el ambiente escolar, incluso fuera del mismo. Él es un profesor, quien construye un clima de armonía y confianza, de paz y solidaridad, en el cual se encuentran todos los días los alumnos y el profesor. El clima social en la escuela depende del profesor en gran medida. Los adolescentes están expuestos a la violencia, cuyas “experiencias se dan en el ámbito familiar o en su entorno social y suelen quedar ocultas y silenciadas, invisibles a los ojos de los adultos y de la sociedad en general” (Unnever y Cornell, 2004, UNICEF, 2014; como se citó en Susanne, Pereda, y Guilera, 2017, p. 2).

“El Cristo Villenas” no solamente es el título del cuento que lleva el mismo nombre, también es el título de un libro y fue escrito en 1955. Es un cuento singular, con la estructura de una novela corta, está dividido en dos capítulos, con la presencia de extensos diálogos entre el profesor y los alumnos durante el examen de diciembre, cuyos personajes actúan en medio de una atmósfera totalmente pesada, asfixiante, llena de violencia. Es un cuento emblemático, referido y presentado siempre en las antologías de la narrativa peruana, específicamente en la narrativa de la Generación del 50. Carlos Eduardo Zavaleta no tuviera presencia en la narrativa peruana si no existiera, entre otros, este cuento que perenniza y universaliza a Sihuas, describiendo un mundo, donde “los perros seguían aullando desconfiados”, donde “los cerdos gruñían entre sueños, y noche tras

noche, en la cocina, los conejos y cuyes armaban tropelías” (p. 57). Zavaleta siempre prestó atención y reconocimiento a las lumbreras peruanas; las admiró constantemente, también les rindió homenaje, jamás dejó al margen su reconocimiento y gratitud. Esa actitud magistral la trasmitió constantemente a sus discípulos en las aulas universitarias y en los certámenes literarios en los cuales participaban. Este cuento es dedicado a la memoria del insigne amauta y ensayista peruano: José Carlos Mariátegui, quedando la misma en el encabezado del cuento: “A la memoria de José Carlos Mariátegui” (p. 57).

Nos presenta un personaje que es la suma y el encuentro de varios personajes con sus virtudes y sus pecados; por un lado, su historia que se asemeja a la de Cristo; por otro, la historia de varios hombres, arreglada al modo de tradición cultural; es un personaje quien se ha adueñado de Sihuas, que lo han hecho suyo, novedoso al inicio, imperecedero, inmortal, bondadoso, querido y admirado por todo el pueblo, bailarín muy elegante, seductor en gran manera y en modo impredecible:

Villenas bailó y requebró a la muchacha, y de haberlo querido, a una señal, se la hubiera llevado a las pieles de oveja, porque no había india que lo mirase sin celo, o sin llamar enemigas a las demás mujeres, como si para todas Villenas fuera ajeno y propio a la vez. (p. 59)

Las mujeres también tienen sus propios orgullos. Su propia vanagloria, sin la cual no existe una mujer en el mundo. La muchacha, una chola, no se niega a bailar con Villegas, el famoso, el inevitable, el dominante y el hipnotizador. La muchacha cuida el orgullo de su presencia y participación ante los demás, el orgullo de mujer ante las miradas de las demás, los aplausos, las codicias, las burlas, también las envidias de las otras, muy hambrientas de participación; pues las otras hubiesen querido estar en su lugar, en vez de ella y en el ruedo totalmente emotivo; la admiración del resto dibuja, alimenta, describe, despierta y emociona su único escenario, siempre lleno del olor característico, a chicha y cañazo: las bebidas tradicionales de la comunidad. En ella encontramos la psicología de mujer andina: orgullosa de ser mujer de la región fría y montañosa, susceptible también, apasionada, muy alegre en su interior, divertida sin aspavientos, tímida, reservada, fuerte y callada inclusive.

No quedan al margen los maestros y los alumnos, quienes se movilizan por su ambiente escolar. Los primeros vigilan, con la autoridad adquirida, el orden, la obediencia, el silencio, el respeto; los segundos no hacen sino jugar a su modo, a su estilo, con trompos, cordeles, choloques, sin importarles nada las cosas de los mayores, su mundo es otro y ellos viven solamente para sí mismos:

La segunda mañana, brazos en alto, la mujer de Villenas recurrió a los maestros que nos vigilaban en el recreo y les mendigó que desalojáramos la plaza. Fuimos juntados en

rebaño y por la prisa dejamos trompos, cordeles, *billas* de acero y cientos de choloques. (pp. 61 y 62)

La verdadera historia de los pueblos siempre ha generado identidad. Cada comunidad tiene su propia historia, sus propios personajes, con los cuales cada ciudadano se identifica, construyendo así su patrimonio cultural e histórico. La historia de Villenas forma parte del patrimonio cultural de los niños. Los niños gustan las historias y las hacen suyas, las escuchan y las narran, las reproducen siempre por doquier, las acomodan, las modifican con su propio lenguaje y las adaptan a su realidad, las comentan con sus compañeros de clase, las discuten con los profesores:

Con el tiempo, los niños llegamos a saber que había habido otra persona de igual nombre, pero cuya historia nadie sabía de punta a cabo, apenas se la mencionara, volvíamos a escuchar el relato de la sangre, las llagas y el perol de chicha. Jugando en los recreos, veíamos reseco y abandonado el portón. (p. 63)

El niño no tiene conciencia de la iglesia. El niño no gusta ir a la iglesia. Son llevados por la fuerza de los padres, especialmente de la madre, quien es más devota, allegada y dada a la religión, más comprometida, más sensible con la religión. Se acuerdan de Cristo sólo cuando van a la iglesia, por la motivación del cura, o cuando llega el miedo y no hay otra alternativa, cuando llega la enfermedad, para pedir perdón, cuando quiere llegar o llega la muerte, o cuando hay un

terremoto, cuando se abre un libro de religión, cuando hay eclipse de luna, cuando aúllan los perros, cuando llega la hora del examen, de la prueba frente a la dificultad:

Sólo evocábamos a Cristo al ser llevados a rastras a la iglesia, cuando el cura hablaba desde el púlpito e ilustraba sus sermones con la vida del sihuasino. O se nos encogía el corazón por las noches, cuando la luna hacía imaginar sombras en el aire, y veíamos al Cristo quemado, y según el cura, crucificado, sepultado y aun resucitado del panteón de Sihuas, desde donde salía por las noches a ahogar de miedo a los viajeros. Y en fin, pasados más y más días, sólo evocábamos su nombre si abríamos el libro de Religión y disculpábamos sus yerros sobre esta historia que habíamos de saber para los exámenes de diciembre. (p. 63)

La conducta del alumno antes del examen es muy particular. Se orienta a agotar todo esfuerzo y recurso, para conocer de antemano las preguntas, especialmente si se trata de exámenes orales: “Así, llegado un día, los exámenes empezaron a las ocho de la mañana. Los alumnos nos apiñamos en la puerta del salón de clase, buscando oír las preguntas que el maestro formulaba a nuestro compañero” (p. 63).

Los alumnos siempre quedan a la expectativa del resultado no sólo del examen suyo sino del resto, especialmente del primero, porque solamente así conocen el estado emocional del profesor, así conocen

cuáles son las condiciones del momento. Son los mejores y los más grandes estrategas. Brillan y sobresalen el ingenio y la sabiduría de los alumnos. Comparten la felicidad y la tristeza, son solidarios en el dolor y en el triunfo: “–¿Cómo..? – le oímos decir súbitamente al maestro–. ¿Dónde has aprendido eso...? ¡Fuera de aquí!”. “El niño salió llorando. Entró un nuevo alumno” (p. 63).

Los alumnos se esfuerzan para ser solidarios defendiendo las consignas, las pretensiones y las creencias (colectivas), la respuesta del compañero, el conocimiento del grupo, a todo costo. No tienen límites en este sentido. Los alumnos se mueven en el terreno, en el camino y con la filosofía de Fuenteovejuna. Por ejemplo, el segundo alumno al entrar en el salón para dar su examen oral, hizo suya la respuesta del primer alumno, tal vez a manera de convencerlo al profesor, quien lo trató de infeliz y lo abofeteó:

– Yo lo conocí, señor. Vivía en la plaza.

–¿Qué, so infeliz? – estalló el maestro–. ¡Cristo murió hace más de mil años! ¿Cómo pudiste haberlo conocido..?

–Sí, señor. Vivía en la plaza.

–¡Ese era Villenas! ¿entiendes?

–Nunca he oído ese nombre, señor.

–¿Qué no? ¿Me vas a decir que no oíste a tu madre o a tus hermanos, hablar de un señor Villenas que vivía en la plaza y que era dueño de Ayaviña?

–No, señor. Ahí vivía el otro. Yo lo vi una vez... (pp. 63 y 64)

El destino del tercer alumno fue diferente, en un cincuenta por ciento. Metido en el pensamiento del profesor al inicio, separado al final. Pues estaba metido en dos personajes o protagonistas: Cristo, el Salvador, y Villenas. Contestó muy bien las preguntas iniciales y recibió los aplausos del profesor, ante la presencia ya de los demás alumnos. Este alumno juntó en un mismo capítulo dos historias: la de Cristo y de Villenas; esta situación produjo incomodidad en el profesor, quien terminó largándolo del salón. Para mejor ilustración, ofrecemos el texto con los diálogos y las respuestas correctas del tercer alumno referidas a Cristo, el Salvador del mundo:

–No, señor– dijo éste–. No vivió en Sihuas. Fue hijo de Dios y murió hace muchos años.

–¿Claro..! – aplaudió el maestro–. ¿Y quiénes fueron sus padres?

–San José y la Virgen María.

–¡Eso es! A ver... ¡ustedes! – nos llamó en alta voz –. ¡Pasen los que estén en la puerta! – Dudosos, entramos por fin–. ¡Siéntense! ¡Y ahora, abran bien las orejas!

Se volvió hacia el alumno:

–Repite lo que has dicho. ¿Quiénes fueron sus padres?

El muchacho no cabía en sí de gozo.

–San José y la Virgen María.

–Pero ¿fue hijo de Dios?

–Sí, señor.

–¿Dónde nació?

–En Belén.

–¿Por qué murió?

–Por salvarnos a todos.

–Así es. ¿Y cómo murió?

–Quemado, señor.

Tras una pausa, el maestro se irguió.

–¿Qué dice..? ¿Tal vez se cayó en un perol de chicha?

–No, señor.

–¿No se llamaba Villenas?

–¡Oh, no señor!

–¿Y entonces..?

–Se quemó.

–¿Y murió aquí en Sihuas?

–No, señor. Se quemó, se llenó de ampollas y murió cuando volvía de hacer un milagro. Volvía a caballo, señor.

El maestro quedó buen rato en silencio.

–Vete... – dijo. (p. 64)

Este fragmento narrativo nos muestra la realidad cognitiva de los niños. Los niños tienen la característica de gustar las historias, los cuentos, especialmente los narrados por los mayores, mejor los que vienen de los labios de los abuelitos, mucho más si vienen de la abuelita. Ellos, en su turno, también los comparten con los demás niños, inclusive con los adultos, cuya versión es modificada en forma natural y espontánea; la modificación se da entrecruzando historias, personajes, ambientes, etc., de tal manera y con el correr del tiempo, las historias, los relatos presentan versiones diferentes en su forma y contenido. Esta

situación fue experimentada por el tercer alumno, quien fue entrevistado por el profesor, en el llamado examen oral; conocía la historia de Cristo, el Salvador, además la historia de Cristo Villenas, el personaje de Sihuas y dueño de Ayaviña.

Alumnos y alumnos

Escuela, colegio y universidad jamás han sido lo mismo, menos son y jamás serán lo mismo. Tiene estructuras y sistemas diferentes. No tienen los mismos protagonistas, tampoco tienen los mismos espacios y escenarios, menos los mismos contenidos; tampoco tienen las mismas metodologías.

Lima es para los estudiantes universitarios, quienes proceden de las provincias cercanas y lejanas. ¿Cuál es el ambiente, la atmósfera y el universo de los alumnos, en los escenarios educativos? Alumnos, hermanos, padres, internados y escenarios tumultuosos se encuentran narrados en “El peregrino” (1953).

Este cuento también constituye parte del libro de cuentos titulado *La batalla* (1954), el segundo cuento del libro; el texto, objeto de nuestro estudio, se ubica en *Cuentos completos I*; por ejemplo, David e Ismael, dos personajes totalmente juveniles, hermanos, nacidos para dejar, entre ellos y los otros, los recuerdos imperecederos, fabricados en el seno de su casa materna y paterna; los hijos nacen y revelan el sello de los padres, cuyos sellos son develados mediante las conductas y

comportamientos en la escuela, donde sus pobladores son iguales y diferentes al mismo tiempo, donde hay un mundo para todos y un mundo para cada uno, agradable o también desagradable, cuyas “emociones no son respuestas episódicas, involuntarias o irracionales de los seres humanos y, por el contrario, ha puesto de relieve que estas están imbuidas de inteligencia, discernimiento, sensibilidad y valoración, y advierte el riesgo que se corre” (Roldán Vargas, Giraldo Giraldo, y Martínez Trujillo, 2017, p. 153), mucho más en los adolescentes.

La adolescencia es una etapa evolutiva, presenta “gran inestabilidad emocional”, “múltiples cambios”, generando algunos “desajustes psicológicos” (Reyes, Reséndiz, Alcázar, y Reidl, 2017). Ambos, David e Ismael, fueron nacidos y criados en Chimbote:

Corrían entonces dos muchachos que vestían igual, los zapatos igualmente gastados en la punta y los tacones, las piernas desnudas, los pantaloncillos cortos y las abiertas camisas sobre los pechos calcinados; se diría, incluso, con los rostros mudando iguales de piel por el terrible sol mineral, por el lúcido testigo de la dicha y fulgores. (p. 14)

Este cuento es el símbolo, simbólico; es la representación del muchacho provinciano, quien queda anclado y poseído por el universo social y cultural de Lima, la capital añorada para hombres y mujeres procedentes de las provincias peruanas. Fue injertado en la capital por los padres interesados en la búsqueda del futuro, del futuro glorioso para él y para toda la familia, que le exige la realización de sus estudios

matriculándolo en el mejor colegio limeño. En realidad, el peregrino es David, llegado, metido, explorador y ambulante en el universo limeño nuevo, desconocido, complejo, desesperante, adverso, contradictorio, lleno de competencias y de rivalidades, de vivacidad, de dominio taladrante.

Infelizmente, sí, Lima es para los sobrevivientes, para los burladores, para los dominadores, para los voraces, para los conquistadores; Lima es para quienes han aprendido a sobrevivir, para quienes conquistan todo, para los más “vivos” y burladores. Lima no es para todos, donde los provincianos lloran, no comen, se enfrían, recorren las calles sin la capacidad de controlar y detener los minutos y las horas, aprenden lo que deben aprender, aunque a veces mucho más; comen el sudor de su propio rostro y el desprecio de los “más sabios”. En Lima se conversa solos, sin los demás, sentados, caminado, corriendo, también acostados por las noches. En Lima, el soliloquio no está en los cuentos y en las novelas de los escritores, está en el corazón de los provincianos.

David: rígido, nervioso, metálico, “sudando en pleno invierno”, mirando “muros y tenduchas bajo el cielo lamido por una estéril lengua diluviana”, “hambriento y a pie, dispuesto a caminar veinte o cuarenta condenadas cuadras hasta llegar a la Facultad” (p. 14). David –sin la llamada de los padres, sin la voz de sus padres, sin la pensión de los mismos– pensaba en su propia voz, en su soliloquio:

Todavía no muero. Y a fin de que se hallen tranquilos ustedes dos, me he levantado temprano, he huido de los ojos de la dueña de pensión, cuando ella vociferaba que no iba a darme desayuno, ni almuerzo, ni comida, puesto que ya le debía demasiado. (p. 14)

Revela la vergüenza del universitario corrido de la dueña de la pensión, posiblemente llega solamente a dormir cuando la dueña ya está dormida. También se levanta antes de que la dueña haga lo suyo, listo para huir. Esa es la Lima de “El peregrino”. En Lima, los universitarios corren a pie, reclamando a sus propios zapatos, el pasaje que no le entregan al cobrador de la combi, recordando la ausencia de los padres y de las monedas.

David ha experimentado mucha ansiedad:

la respuesta anticipatoria a una amenaza. La ansiedad y el miedo comúnmente se confunden en los estudios infantojuveniles, sin embargo, aunque tienen un comportamiento común (la afectividad negativa) existen comportamientos específicos, que para la ansiedad es la hiperactivación y para la depresión el bajo afecto positivo. (Santacruz, et al. 2002; Beck, et al. 1992; Valiente, et al. 2001; como se citó en Quiñonez Tapia, Pérez Ávalos, Martínez Casillas, y Cordero Carillo, 2015)

David observa a dos muchachos quienes se dirigían hacia la escuela, con emociones y voluntad, desbordantes, plenamente armados para todas las circunstancias con sus maletines y sus cuadernos, con su fiambre, acariciando “la pelota de jebe, que se había hecho ya de cuero en el cumpleaños de Ismael, aumentando la envidia de los muchachos” (p. 15). David también revela y simboliza a los adolescentes quienes son devotos de la pelota de jebe y cuero.

David recuerda su Chimbote, su lugar de nacimiento, sus caminos de cemento y de arena caliente de la playa, su liderazgo desperdigado sobre sus compañeros, los colegiales, cuyas edades oscilaban entre los catorce y dieciséis años, con sus rostros extrañísimos y cambiantes día a día, los juegos con el agua fresca del mar, volviéndose a los muchachos e incitándolos a jugar, mirando el nuevo rostro de su hermano Ismael, “más alargado y moreno, con un bozo nuevo y denegrido, con una muestra, en fin, de haber sido lavado en un agua turbia y quieta” (p. 15), mirando la sonrisa de Ismael, los diecisiete y catorce años respectivamente, para él y yo, había dicho David; los largos dientes, flaco de arriba y abajo, de nariz ganchuda.

Son dos hermanos interminables. David e Ismael, entre peleas y competencias fraternas, estuvieron siempre juntos. David los había metido en la playa; mejor dicho, en los charcos de la playa, a su hermano y a sus compañeros de clase; no le importaba nada ni nadie; hacía lo mismo inclusive por las noches, aunque estuvieran sudorosos. Así fue castigado Ismael, por los desafíos, las burlas y la incitación a que David

se introdujera y nadara en competencia reñida y hermanada, ante el espectáculo de los demás muchachos. Esta vez, Ismael ganó la competencia y quedó temblando: “Y en ese momento, sin saberlo, alcé el hacha y te maté, piensa David. Pero ¡ah! si supieras cuán dulce te has vuelto al morir...” (p. 16).

La escuela y los compañeros llegan hasta la casa inevitablemente. Estos desmandes propiciaron que David fuera flagelado por su padre, “¡Tú tienes la culpa, mocoso del diablo!”, le había dicho su padre, porque su hermano estaba enfermo de paludismo. Su madre, por su parte, no haría mucha distancia al respecto.

En medio de una extraña demencia cuyas escenas sucedían como relámpagos, vio a su madre persiguiéndole y arrojándole trozos de leños, cucharones, piedras y aun arena; y en fin, sintió que los pequeños e indignos puños se le hundían como agujijones sañudos y perversos, defendiendo al primogénito, oh sí, al primogénito. La mujer mordía sus brazos, introducía las uñas en su boca y le tiraba salvajemente de los cabellos. (p. 17)

Es imposible que la escuela no se matricule en el recuerdo, en la memoria, mucho más en la experiencia personal de los amigos, de los compañeros, de los profesores. Siempre se queda en la vida de todos, con sus emociones, nostalgias, aburrimientos y enajenaciones. Por ejemplo, David no hace sino recordar con mucho remordimiento los años idos y sembrados en “el maldito internado”. Recuerda –al pie de la letra y con emociones ilimitadas– su mundo encerrado y limitado entre

las cuatro paredes: los movimientos y las aventuras de los internos, las corridas por los patios desnudos, los grupos movidos de los muchachos, las corridas de abajo para arriba, los patios de cemento, los baños de losetas, los dormitorios del segundo piso, las groserías de los frentes y los costados, los puntapiés y los manotazos de los muchachos, las conversaciones bulliciosas y sonrientes de todos los días, los apodosos diarios y burlones para los alumnos y los maestros, los cigarrillos encendidos y apagados, las conversaciones sobre mujeres “prostitutas de tres o cinco soles”, las huidas convenidas y pactadas de las clases, la piscina de agua fría, el inspector que los perseguía, el comedor lleno bulla juvenil.

David, mientras se dirige a la universidad, reniega contra la madre, quien ha habitado la plenitud de su mente, siempre se halla presente y prohibiéndole ser deshonesto; resuena mucho la consigna de su madre, siempre se va para adentro: él no debe subir al ómnibus y bajar sin pagar. No puede huir de la ética de la madre, jamás. En estos asuntos, la palabra de la madre tiene mucho poder; ella viva o muerta no se va de la mente y del corazón del hijo. Se han quedado con él por siempre la educación recibida de la madre, el cuarto y quinto patios del colegio (donde ya sin luz jugaban básquet), el bullicio callejero, el regente Cavero quien los perseguía cuando

ellos volvían a mostrar su habilidad para no volver a los salones. Permanecían en los baños, las duchas y la enfermería. Unos se tendían definitivamente en los camastros del segundo piso, y otros seguían paseando en bandas por los patios,

fumando y echando groserías hasta la hora de comida [...] David llegaba otra vez al patio principal, cogía las rejas de las puertas y miraba la avenida Alfonso Ugarte, tendida y repasada por vehículos y figuras de hombres y mujeres libres.” (p. 19)

Ellos dominaron todo el internado, todos los espacios y los ambientes, los conocían muy bien, perfectamente todo. Fuera del internado,

el resto fingía estudiar o se erguía de las carpetas a fin de desquiciar al demonio del inspector. De vez en cuando surgía un alarido gracioso, un mote bien puesto: David reía a carcajadas y echaba todo el traste. Pero, oyendo el silbato de Cavero, debían pasar al comedor. Cada cual andaba a capricho, imitando a mujeres o animales, y prácticamente se lanzaba a las viejas bancas, a las mesas sucias y pringosas, cogiendo como un botín el pan francés y los viejos cubiertos de aluminio. Sí, hasta parecían felices; pero sólo entonces, como ojos vengativos, se iluminaban los asientos vacíos de quienes tenían parientes o habilidad para escabullirse con algún pretexto y volver sólo a dormir. (p. 20)

Ha quedado en el recuerdo “el paso fugas de una muchacha de ojos negros que viera en Chimbote y cuya piel parecía de una flor” (p.19). En ese ambiente juvenil, el barrio, la casa, los amigos, los juegos, el cine, las mujerzuelas, forman parte de su repertorio, de sus vivencias,

de sus experiencias juveniles. El corazón y los ojos de los muchachos están hechos para estas cosas.

Al lado de sus compañeros, por la noche inclusive

David se ponía a mendigar: que alguien empiece esta noche, para no empezar yo. Y en verdad, muchas veces era un vecino el que rompía el pecho de los internos acostados. Gracias, menos mal, susurraba. Te escucharé y me salvaré esta noche. (p. 21)

Los muchachos se habían apoderado de los tiempos y los espacios, con sus bullas insoportables, también con sus silencios desgastados. David ha construido su modelo admirado y codiciado por los demás: gozoso, mórbido, tibio, destructor, robusto, mujeriego. El humorismo en él es una nota singular: “¡Dénme el pésame porque soy joven y voy a dormir solo, y porque también anoche dormí solo, sin una mujer!” (p. 20). Se había quedado sin la “libertad, ni dinero ni buena estrella de don Juan” (p. 22), “se enamoraba a sí mismo, se abrazaba y besaba estando solo, sentía que sus entrañas cambiaban de sitio y que sus ojos miraban sin descanso a la noche sin sosiego” (p. 22). En medio de la escuela, siempre recuerda las figuras de la madre y el padre, persiguiéndolo y desplazándolo detrás: “persíganme implacables y verán qué pronto llego a la Facultad” (p. 22).

Los muchachos entonaban groserías, practicaban las huidas del inspector, corrían detrás de los escondrijos ubicados más allá de los vastos dormitorios del segundo piso, corrían las escaleras solamente en calzoncillos y en camisetas, con los pies completamente desnudos, sudorosos, mugrientos,

evocaban a todas las mujeres de sus vidas, ninguna de las cuales había comprendido jamás con qué amor, y después con qué odio amoroso, con qué fuego de matanza, con qué ingenuidad capaz de entregar el hacha al verdugo las había deseado. (p. 21)

Llegaba, para ellos, el deleite al pensar que eran los maestros de las muchachas de trece o catorce años, las manías que habrían aprendido, las malas noches que fabricaba, en ellos, “los ojos hundidos, la piel reseca y escamosa” (p. 22). A modo de explicación e interpretación de todos estos actos juveniles, adolescentes, Di Leo (2011) refiere que en el contexto de la “*Concepción de la patología social*”, “la juventud sería el sector de la sociedad más vulnerable a las enfermedades y las violencias. El joven es visto como expresión de las consecuencias negativas de los cambios sociales (socioeconómicos, familiares, políticos, culturales)” (p. 58).

Este cuento, “El peregrino”, gracias a su mundo y estructura narrativa, nos ubica frente a varios escenarios: el escenario de los estudiantes y de hermanos en Chimbote y su playa, corriendo y pelando entre muchachos; el escenario de los alumnos provincianos en el internado de Guadalupe, un colegio limeño muy reconocido; el

escenario de las pensiones, con las huidas y las persecuciones de los inquilinos y los dueños, respectivamente. El universo es totalmente juvenil, donde se tipifica las conductas y los comportamientos de los estudiantes adolescentes.

En la cabecera del cuento “Una figurilla” (1949), se registra la dedicatoria a James Joyce, su gran maestro, solamente en una frase de tres palabras, altamente significativas para su autor: “Para James Joyce”. Zavaleta ha construido un personaje niño, a quien no le ha asignado nombre, sino lo describe perfectamente circunscrito dentro de su realidad y en su propio mundo, siempre en constante evolución. Esta figurilla está con su saquito que le cubre apenas la cintura, con su gorra del color de su mismo pelo, más valiente que el mismo Marcos, no llora con facilidad; excepcionalmente lloró dos veces; no es cobarde; es estudioso, el mejor alumno, huraño, aun con las manos en el bolsillo. No lo bautiza con nombre propio, al parecer, para universalizarlo mejor y darle todos los nombres que existen en este planeta, para describirlo y simbolizarlo al hombre, cuya etapa de su vida es caracterizada por el miedo, la escuela, los compañeros buenos y malos, las peleas, los trompos, la pelota, las notas, los premios, las carreras, las calles, la iglesia, la noche, los cuentos, la acequia; los zapatos rotos, sin lustrar; las medias rotas, los tarareos, la cama, la comida, las visitas que molestan y lo desplazan.

El personaje niño tenía miedo a las visitas, porque la madre cuando ellas se hacían presente, a todos arrojaba de la casa, incluso al papá, porque ellas se comerían todo, lo desalojaría de su propia cama:

Se comerían todo: el dulce de membrillo, bizcochos, rosquillas, el jamón, todo. Y alguno, tal vez ese chico orgulloso, dormiría en su cama arropándose en sus frazadas suaves. ¡Si daban ganas de creer que uno era desgraciado! Un miedoso en la calle, un infeliz en su propia casa, un solitario en la escuela. (p. 31)

Tenía miedo “salir solo” a la calle y por la noche, tenía miedo de la noche: “De noche la iglesia cerrada, tétrica, oscura, sonora, donde cualquier ruido se decuplicaba hasta llegar a cualquier distancia” (p. 32). La acequia también le daba miedo: “Asustándolo más. Y de pronto, el rumor como de un río que se desboca. Se estremeció y, al punto, tuvo cólera de sí mismo. Siempre lo asustaba la acequia” (p. 32). Caminaría solo al final de la casa, solamente con el techo y el cerro solitario, para arriba; y abajo quedaba el callejón totalmente oscuro, encomendado siempre a impartir miedo.

Queda un ambiente y una atmósfera, totalmente llenos de miedo. Temía a las almas, aquellas de las cuales le había hablado la familia; particularmente, la mamá, la abuelita, la tía; ellas siempre le hablaron de las almas. Las almas siempre caminan.

Mamá, abuelita, la tía también, todos decían que dentro caminaban almas. Se ponía a rezar en los altares y entre ellas

juzgaban a quienes se habían portado mal y terminaban por arrojarlas. Por eso cada cierto tiempo la madera de la puerta crujía y un nuevo fantasma quedaba libre entre nosotros. ¿Y si alguno chocara con él ahora? Decían que sentir como el aliento de un hombre era signo de estar junto a un fantasma. Le hablaría, le tiraría de la mano y se lo llevaría lejos, cuando quería llegar lo más pronto a casa de la abuela. (pp. 33 y 34)

Los fantasmas, para los niños, generan, producen y siembran miedos insostenibles, voluminosos e indescriptibles. Las estrategias para eliminarlos o desaparecerlos no existen. “¿Qué se podía dar para que los fantasmas se fuesen? ¿Bollos de pan? ¿Cuadernos nuevos? ¿Cajas de pinturas?” (p. 34); sí solamente con los regalos se complacen y se retiran del mundo de los niños. Parece que el miedo y los fantasmas fueron hechos para los niños y su mundo.

El miedo crecía, se agigantaba; estaba cuajado en sus entrañas, jamás se le alejaba; el miedo quedaba ajustado a su pecho todavía pequeño, muy infaltable sin noticias de retiro; inclusive cuando iba a pasar por el portón podría encontrarlo a quien mataba a los niños con un cuchillo grande, cortándoles el cuello: “¿Y si era ése a quien le gustaba matar a los niños? Con un cuchillo grande les cortaba el cuello. O le quitaría el paquete y se iría corriendo” (p. 34). No había nada ni nadie cerca, para compartir su miedo intenso. Había quedado “lejos de una casa, lejos de la otra también. Solo, con miedo, temblando porque nadie

pasaba junto, porque no conocía la oscuridad” (p. 34). El miedo recorre todos los rincones del cuerpo de un niño.

La iglesia le daba miedo, porque todos los cuentos estaban referidos a la misma, también las almas tocaban las campanas:

Dos pasos más y llegaría a la plaza: allí había campo para correr. Oscura, alta, todos los cuentos de almas se referían a una iglesia. Las almas tocaban las campanas, jugaban, mataban, estarían subiendo por el caracol de la torre. (pp. 34 y 35)

El miedo en el niño reclama una atención especial, la presencia de los mayores, especialmente del padre, también de la madre. ¿Cómo se manifiesta el miedo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Durante el día o durante la noche? ¿Quiénes lo inventaron? ¿Quiénes tienen miedo? ¿Es posible evitarlo? ¿Cuáles son sus consecuencias? Por el miedo, los ruidos de la noche se multiplican, la noche se hace más negra, la calle se hace más vacía, más larga, interminable; las almas caminan, conversan, matan, jalan, hablan, no se van. Por el miedo, se cae “un botón y los tirantes de tela quedarían flojos”, “El corazón parecía estar en los muslos”, la voz se torna “insegura, más temerosa de dejarse escuchar”, se escucha “dentro de una tinaja vacía (de ésas donde la abuela hacía chicha) que despertara muchos ecos”, “hueca, con un doloroso sabor a desgracia”.

La escuela le produce felicidad, también miedo, porque ahí estaría Marcos, “el animal dañino”, quien le pegaría tanto y lo convertiría –

indudablemente, tres veces más– en el Paco Yunque de Vallejo, lejos de la casa, de la cocina, solamente en la escuela. Qué miedo le daría el niño Marcos con su cara parda, sucia, con su aspecto chato, pequeño, con su traje negro, sus zapatos rotos, los puños de las manos apispadas, con los puñetazos asentados por todo su cuerpo débil, nervioso; su gorra volaría; muy cercano quedaría el verdugo inflexible, los manotazos, las manos sobre sus cabellos, los empujones, los reproches y burlas (“Oye, sabio, vas a sacarte veinte, ¿no?” (p. 33). “Cuando te pregunten, ¡cállate! Di que no sabes. ¡O si no, vas a ver la tunda que te espera..!”) (p. 34), los puntapiés, la corbata de su padre, la camisa recién planchada, el pantalón manchado de yeso, las bofetadas:

Y mirar sin miedo abajo, al mismo Marcos. Porque él iría a mortificarlo con su presencia de animal dañino. Su cara parda, siempre sucia, sonreiría viéndolo incomodarse en el estrado. Eso de sacarse buenas notas tenía sus ratos amargos. Buenas notas en el estudio, pero ningún triunfo en el juego, en conquistarse amigos, en las peleas. Rehuyendo a los demás y sin pegar a nadie mientras Marcos sí que era un sanguinario. Molestándole donde fuese, empujándole, quitándole lápices y plumas, pidiendo que le prestara cuadernos para no devolvérselos más. Chato, pequeño, con un traje negro de bayeta, a veces con zapatos rotos, otras descalzo, presentando los puños. Era malo, malo, dos, tres veces malo. Y ese puñetazo en el pecho que luego se había convertido en una garra caliente por el cuello, por el pecho, por las piernas. (p. 32)

Todos los días, llegar a la escuela significaba encontrarse con Marcos. Lo hallaría con sus compañeros,

sentado en la primera banca, mirando la pizarra, pensando en hoy no sabía qué, columpiando las piernas, arreglándose de cuando en cuando la desteñida corbata de su padre o el dobléz de las medias a las pantorrillas. Y en la nuca, el golpe de un pedacito de papel mojado. (p. 32)

Los miedos y las dificultades obligan y exigen la invención de estrategias humanas. La imaginación y la inteligencia se encontraron en este camino complicados y difícil; se unieron para convencer a las hermanas y en la búsqueda de metas comunes. Llegó la inteligencia para conquistar a Marcos. En efecto, le regalaba panes, trompos, borradores, caramelos, con la finalidad de complacerlo, de hacerlo su amigo: “Cada vez que amasaban en su casa se llenaba los bolsillos de panes para dárselos a Marcos. Le regalaba trompos, borradores, caramelos, ¿qué más quería? Pero no; llorar, no. Ya vendrán a llamarlo y así se salvaría” (p. 33).

Si cerramos estas apreciaciones solamente con las descripciones presentadas, significaría quedarnos en una concepción negativa, sin futuro, sin proyección para el mañana de los adolescentes, cuyos mundos están llenos de miedos, dificultades, confusiones, crisis. De acuerdo con esta *Concepción psicologista*, “en ella se define a la

juventud como un momento de confusión, de crisis, que será superado en el proceso de maduración y constitución de la personalidad” (Di Leo, 2011, p. 58)

De inmediato encontramos la figura de un colegial, en “Un vuelo de canastas”, el sexto cuento del volumen *Vestido de luto*, escrito en 1961, cuyo volumen estuvo constituido por ocho cuentos. Este cuento fue escrito el año 1960. Daniel es alumno del colegio Mariscal Castilla, endeble, huesudo. Vestido de uniforme: pantalones largos de caqui, “chompa de color guinda”, hijo del médico del hospital. Vestía de “casaca gris, de lana, y cortos y azules pantalones, dignos del niño pudiente que era”.

Daniel, el muchacho de las “orejas grandes y saledizas”, de las “mejillas chupadas y su boca sin labios”, “frío y quieto”, el de la hondilla y la pedrezuela. Por su puesto, amigo más cercano de Simón, “el más rezagado de todos los escolares”, el que faltaba mucho. Es dominante, tiene poder sobre Simón: “¡Tú no vas al colegio! ¿Me oyes?” (p. 123) También es persuasivo, porque convence a su interlocutor al tratar cosas que llaman la atención y la curiosidad: “¿No quieres ver a Josefa? ¡Hoy la hacen bajar y se la llevan!” (p. 123). Es el más extrovertido, comunicador, está detrás de todas las cosas; es hábil, conocedor, observador agudo. Se percibe la presencia de descripciones interesantes, la prosopografía es notoria y magnífica.

Daniel y Simón –un par de compañeros de clases, amigos del salón de clases, ambos adolescentes– tienen en común la “perversidad” y la

curiosidad, la inteligencia y las mañas de la escuela y de la calle; son alumnos quienes revelan algunas de las características de todos los adolescentes. Ellos gustan las bondades, las curiosidades de las cosas que están llenas de emoción del momento, del movimiento, de la aventura, de la novedad, del atrevimiento, de la exaltación.

La relación de Daniel con Simón, nos permite construir algunas interrogantes, en varios contextos: ¿La relación de Daniel con Simón es solamente escolar, de la escuela, de los amigos circunscritos a un espacio denominado aula? ¿En la relación de ambos se proyectan las familias, se proyectan otras dimensiones de los adolescentes y de las mismas familias? ¿Cómo quedan proyectadas las familias en estos ámbitos?

La familia desempeña un papel decisivo en la formación y educación de los hijos. Al brindarles la seguridad económica y emocional generando oportunidades para desarrollar su potencial físico, psicológico, social, moral, espiritual, artístico y profesional. De esta forma, se consigue una buena autoestima, conocimientos y las competencias requeridas para desenvolverse saludablemente de acuerdo con las leyes que se establecen en la sociedad. (Pérez Ramos, 2016, p. 78)

Los adolescentes tienen un rasgo de perversidad, posiblemente también de crueldad. Matan animales (palomas, pájaros, gallinas, etc.), persiguen gatos, perros, ¿cómo?, a pedradas, a hondazos. Inclusive

pueden hacer lo mismo con las personas. Este caso es el nuestro: los dos perseguían a Josefa con la honda: “Tú con esa hondilla y yo con la mía”, le había dicho a Simón; a la “seña de Daniel, Simón se puso también en cuclillas y recogió pedrezuelas. Pronto, un movimiento de reptil alzó la canasta” (p.125).

Sin demora, Daniel atiesó la hondilla (un flexible aro de jebe, convertido en dos cintas paralelas); puso mano derecha adelante, abiertos sus dedos pulgar e índice, donde se enroscaban las cintas y entre cuyo espacio tomó su línea de mira; detrás, la mano izquierda sostenía la pedrezuela por dentro de la hondilla. Y luego arrojó el proyectil, burlándose en voz alta de Josefa. La canasta chasqueó debido al golpe y se elevó por el otro impacto de Simón, y más todavía cuando Daniel le acertó un nuevo proyectil que dejó en camino al suelo una cafetera, un pan y una taza. (pp. 125 y 126)

Para ellos, Daniel y Simón, el mundo constituye un espacio lleno de aventuras, de luchas, de guerra, de atrevimiento, de sangre. Lo que importa e interesa es la emoción como medio y fin, no miran las consecuencias ni en su volumen, su forma y menos en su dimensión, interesa solamente el momento lleno de emoción. No calculan las heridas, el sufrimiento, el dolor, menos la muerte. No les interesa la vida de los adultos, a quienes los consideran totalmente distantes y alejados, a veces opuestos. Tienen un alto índice de “crueldad y perversidad”. Parecen ser insoportables, no llevaderos o quizá poco llevaderos.

Daniel y Simón, sin lugar a titubeos, son la mejor evidencia y la prueba de que los adolescentes gustan ampliamente la curiosidad, la novedad. Tienen curiosidad y ansiedad por conocer el resultado de las peleas, de los partidos, del profesor, de los alumnos, de él, de ella, de los locos, de los cuentos, también de los accidentes y de los quehaceres de los “colegas”. Ellos siempre están enterados de todas las cosas, inclusive más que los adultos; están en sintonía de las conversaciones de los adultos. En este caso, los dos están atentos a lo que sucedería a Josefa, quien sería descendida del segundo piso y trasladada del caserón al hospital para ser hospitalizada, gracias a la gestión humana del médico de la ciudad y padre de Daniel. La curiosidad no sólo es una manifestación mental, sino siempre va acompañada de expresiones lingüísticas, veamos la conversación entre los dos:

- Está loca ¿verdad?
- ¿Quién te lo ha dicho?
- Todos en Tarma lo dicen.
- Pues Tarma no sabe nada.
- ¿Quién dice ahí, entonces?
- No es loca.
- ¿Y qué hace?
- Nada. (p. 124)

Siempre el adolescente es el primero en saber, no hay otro quien conozca más. Él siempre lleva la delantera al resto. Hace gala de su conocimiento y éste no debe ir hacia otro:

- ¿Acaso me he ido?
- Nadie lo sabe en el colegio, pero yo sí.
- Bueno ¿y qué sabes?
- ¿No se lo cuentas a nadie?
- No.
- Es tísica.
- ¿Tísica...?
- Tísica – repitió Daniel -. Enferma de los pulmones. (p. 124)

El interés de Daniel crece notablemente en mantenerlo a Simón a su lado, lo ha logrado; pues en cada conversación lo motiva y hace crecer su emoción y curiosidad; deja en suspenso, corta la declaración, siempre deja hambriento a su interlocutor:

- Nos va creer locos- dijo Simón.
- ¿Y qué nos importa? ¡No te muevas!– Se me caen las medias, Daniel... – ¡No te muevas, he dicho!
- Y tú... ¿cómo sabes que ella es tísica?
- Ah, yo sé. Hoy día se la llevan para que no contagie.
- ¿Y por qué no se la llevaron antes?
- Te lo voy a decir después- sonrió Daniel. (p. 1124)

Tienen características especiales. En los muchachos no falta la venganza y la burla, siempre tienen un libro escrito para las mismas.

Josefa a Daniel le había tirado una pedrada el día domingo. En efecto, Daniel esperaba la hora y el día para vengarse. Daniel era “una especie de estratega”, conocía todas las jugadas, todos los movimientos de Josefa, conocía los tiempos y los espacios. La sirvienta había llevado el desayuno para Josefa, ellos estaban a la espera de la canasta que servía de vehículo para ascender el desayuno, ésta ascendía mientras los dos amigos colegiales dirigían sus proyectiles a impedir el cumplimiento de la tarea:

La canasta chasqueó debido al golpe y se elevó por el otro impacto de Simón, y más todavía cuando Daniel le acertó un nuevo proyectil que dejó en camino al suelo una cafetera, un pan y una taza.

La sirvienta se quejaba a gritos.

– ¡Jo, jo! – reía falsamente Daniel –. ¡Me cobré la pedrada del domingo!. (p. 126)

Los muchachos habían declarado la guerra contra Josefa. Era una guerra desigual y a pedradas. La comunicación no es sino horizontal. “No tengas miedo– empezó a decir, pero ya Simón había huido ante una salvaje pedrada que rebotó en el suelo no se supo cómo, y de las nuevas pedradas debió escapar Daniel, indefenso y casi perdido” (p. 126).

Ahora está el colegio, el hospital y la Guardia Civil, en un solo frente: bajar a Josefa para llevarla al hospital. El adolescente no puede resistir la tentación de intervenir, de ser protagonista, de la exhibición, del espectáculo, de los ojos, de los oídos y de las bocas de los demás. El

médico y los dos guardias llegaban para hacer bajar a Josefa, corre a recibirlos, les interroga y no encuentra respuesta, el padre lo hace callar, pero él no se resiste y sigue interviniendo:

Daniel corrió a recibirlos.

– ¿La van a hacer bajar? ¿La van a hacer bajar?

Nadie le repuso.

– ¿Irá Josefa al Hospital? – preguntó por segunda vez–.
Papá... ¿contagia ella desde arriba?

– Calla –le dijo el médico, y se volvió a advertir a los guardias–: Vamos, vamos... Ya ustedes saben... Que todo sea rápido y que no les vea la gente.

– Nos está mirando – dijo Daniel, y manoteó a su padre.

– ¿Quién?

– Josefa.

– ¿Cómo lo sabes? No veo a nadie arriba.

– Tú no, pero ella nos ve.

– Rápido, ahí– señaló el médico. (p. 126)

Daniel conocía mejor que el padre el escenario y las reacciones de Josefa. La observaba todos los días. Daniel, con su astucia y sagacidad, prevenía la tirada de piedras, sabía cómo y cuándo “lanzaba una pedrada”, le interrogaba a su padre: “¿Sabrá leer la carta? ¿Ella lee, papá?” “¿Estudió en el colegio? ¿Dónde, papá?” Daniel es dominante de cuánto escenario existe, no experimenta limitaciones. Llegó el momento cuando Daniel dirigía las acciones: “¡Al techo” “¡Papá, sube

al techo!” Inclusive, él desafiaba a Josefa, para que no se mueva: “¡Si subes más, te rompo la cabeza!” Ella no hizo esperar su respuesta señalando su propia sien: “Dame aquí, y ojalá me muera” “Anda, vete. Que no sepan dónde estoy.” De sus labios de Daniel llegó: “¡Ahí baja! ¡Ahí baja!”

Josefa había prometido bajar el siguiente día, también ir al hospital, “Así, uno a uno, el médico, la tía, los guardias y los curiosos abandonaron la calle, enredándose en comentarios. Luego, los que vivían cerca mandaron a sus sirvientes en pos de novedades” (p. 131).

Daniel se quedó en la calle un buen rato, lanzando pedradas a los muros de las calles más lejanas y por fin dio de puntapiés a la canasta olvidada y se prometió volver a la mañana siguiente, cuando Josefa saliera rumbo al Hospital. Por nada se perdería la escena. Guardó, pues, la hondilla, y ya estaba pensando en el cobarde Simón, cuando una repentina opacidad le borró la luz del sol. Inexplicablemente, vio a su lado a Josefa, con unos zapatos de hombre, un talego a cuestas y el aire de una muchacha de aldea que no sabe andar ni vestirse. ¿Y si lo contagiaba al hablar únicamente? Resolvió escaparse, inútil ya su hondilla; pero las piernas de Josefa seguían marchando a su lado. Así, al levantar sus ojos, vio que ella miraba el fondo de la calle y oyó que le pedía suavemente:

– Chico, enséñame el Hospital, ¿quieres..? (p.131)

La respuesta de Daniel resultó temblorosa: “Por ahí... allá...” El camino para él fue cerrado, Josefa caminaba en la misma dirección. “No tengas miedo”, le decía ella; “no te voy a contagiar de lejos. Dime no más dónde está el Hospital... Vamos, hijo ¿qué tienes? ¿Lloras..?” (p. 131). Daniel, sin duda ha gritado, situación que empuja a Josefa a preguntar: “¿Qué tienes..? Enséñame el Hospital... el Hospital [...] Bueno, bueno, otro chico me ayudará...” (p. 131).

¿Cuál es la psicología de los valientes? Los adolescentes son valientes, impávidos, atrevidos, impetuosos, insolentes, siempre cuando están reunidos o caminando en grupo; sin embargo, la picardía se acaba cuando quedan solos, sin los demás, sin los amigos, sin la “mancha”, sin los “patas”. En realidad, cuando están solos sus comportamientos son tímidos, avergonzados, no se atreven, se disminuyen, se regresan, no se enfrentan, retroceden en sus pretensiones. Se asustan, Daniel se asustó, tuvo miedo, aunque jamás a la agresividad de Josefa, sino a la enfermedad de la misma: el nuncio de la muerte. Los muchachos se asustan cuando ven sangre, lloran, parece que les llega la muerte.

En este cuento, nosotros encontramos la presencia de una muchacha, la sirvienta, quien llevaba el desayuno a Josefa. Un personaje de presencia narrativa sin frecuencia. Sin embargo, resalta su vocación de servicio e identidad con la amiga y la familia de esta.

Hay un punto interesante que debe ser subrayado en Simón. Parece ser el adolescente mediocre, descuidado, solitario, sin rumbo

definido; representa a la mayoría de la clase; también huye, se acobarda, se aburre con problemas cotidianos; también calla; es el tipo que espera que lo empujen, que no hace nada sino lo motivan; le falta dinamismo, entusiasmo, alegría, aliento, salida; es el joven sin camino definido, solo le encantan las circunstancias de determinados momentos. Simón es el símbolo social de todos los tiempos y los espacios, cuya simbología revela la presencia de los adolescentes mediocres, entrenados para caminar sin rumbo, totalmente descuidados y solitarios, callados, acobardados, aburridos, sin entusiasmo, carentes de alegría y aliento, sin visión de salida, sin camino definido, huyen de la mayoría.

En nuestra opinión, el cuento que nos ocupa, en su narrativa, nos entrega una fobia social,

un miedo irracional a afrontar situaciones que impliquen contacto social. El temor básico es el miedo a la opinión que pueden tener los demás sobre uno mismo. Es un trastorno de conducta grave que reconoce la Asociación Americana de Psiquiatría, así como la Organización Mundial de la Salud. (Olivares, Alcázar, y García, 2004, p. 125)

Hemos leído el cuento *Abrazos, muchos abrazos*. Este cuento fue escrito el año 1965. Es publicado en el libro *Muchas caras del amor*, que viera la luz el año 1966. Este libro presenta diez cuentos; entre otros, resaltan “Mamá Alva”, “La camioneta de la alegría”, “Mi antigua sirvienta”. En este cuento aparece la descripción referida a los

colegiales: “Pronto los colegiales, libres de todo un día de clases, empezaron a cruzar junto a él con aire íntimo, dejando atrás, blancos como huesos, los sillares de la inconclusa catedral, vecina al puesto de la guardia” (p. 188).

En “El seductor”, no falta la referencia a los colegiales:

A la hora de salida de los colegiales y maestros, Gonzalo y yo pronunciamos discursos que nos bañaron en aplausos. Si [sic] yo mismo me sentía envanecido y orgulloso, mirando especialmente a los jóvenes y las mujeres, nuestros principales seguidores, ¿cómo no se sentiría él? Por muchas razones el triunfo estaba asegurado. (p. 221)

Siempre el seductor tiene la habilidad de seducir, en sus propios escenarios, tiene habilidades sociales, sabe empoderarse en su ambiente social y, de manera especial, en su generación.

En “Las dos cocineritas del rey”, encontramos la presencia de la escuela, en la misma declaración del personaje narrador:

A los diez años recibí en mi casa, en Tarma, el apodo de “La cocinerita del rey”, entre otras razones, porque yo era un niño y estudiaba primaria en la primaria del Colegio Nacional Mariscal Castilla, donde la noticia no tardaría en correr y avergonzarme; pero así tuvo que pasar. El apodo me siguió

también allí y se transformó duramente en la “La cocinera”. Mi hermano Pepe y el odioso Ferro llevaron el soplo. (p. 85)

En este cuento se percibe el acoso escolar. Buste Jara (2016) nos permite conceptualizar esta vivencia con la calificación de acoso escolar, lo que incidía en su rendimiento académico. Sentía miedo y acoso escolar.

La “movilidad adolescente” en la escuela es cuantiosa, diversa, compleja. También inevitable. Es totalmente visible para ellos, escondida para los adultos. Valen los escenarios y las pantallas de las bullas, de las exhibiciones adolescentes.

Según el cuento y su universo, la escuela es sinónimo de apodos; los cuales son frecuentes e inevitables en el mundo de la escuela, de los mismos no escapan ni los alumnos ni los profesores: los chicos son expertos inventando y creando apodos, son sumamente hábiles en estos menesteres. Sí, los chicos se molestan por los apodos, la carga de los apodos es mayor e incontrolable. Los apodos llegan inclusive a la casa y los de la casa llegan hasta la escuela.

Los compañeros de escuela se enteraron por medio de Pepe, su hermano y Ferro, su amigo. Pepe había llevado a la escuela la noticia de la cocinera, situación que alumbró el apodo “la cocinera”. Esta noticia fue compartida con el profesor y los alumnos.

Cuando el maestro me dijo dónde está Leo, que no viene, yo le dije en la cocina, porque no tenemos muchacha y mi hermana

está enferma, y mi mamá también. Todos se rieron, y desde ahí me piden que salude a la cocinera. ¡No es mi culpa!. (p. 88)

Según el cuento “La herencia”, Pedrito y sus hermanos estaban en el colegio, son colegiales. “Cuando sus hermanos partían al colegio, las cosas mejoraban sólo como una ilusión de que todo le estuviera destinado, pelotas de jebe, triciclos y patines” (pp. 306 y 308). Por ir al cine no hizo las tareas. “Llegó diciembre. La tarde que supo la aprobación de sus exámenes se olvidó de todo, aun de su padre y salió a contar la buena noticia a la calle entera, inclusive a los vendedores de fruta y verdura en carretillas” (p. 309).

Los niños no callan cuando almacenan sus emociones, las comunican a todos, con vitalidad y alegría rebosante. La naturaleza de los niños es ésa. Para eso han nacido. Samuel es el personaje de “Yo salvé a Samuel”, un niño uniformado con su “chompa guinda de colegial hasta el cuello”. Del colegio cuando está de regreso entra por el zaguán. Es huérfano, la madre no está, solamente la escuela y el padre metido en lo suyo.

Samuel en el colegio es el primer alumno, inteligente, vivaz, respetuoso, cumplidor, muy responsable. Su camino: de su casa a la escuela y viceversa. Solamente con sus compañeros fieles y de todos los días: “su cartapacio y cuadernos”. Tiene un horario especial de trabajo, arreglado por el padre. A las seis de la tarde, él debía hacer las tareas sobre la mesa del comedor. Luego se dedicaba a jugar. En Samuel ha

quedado el recuerdo de su profesor de química. Cada profesor tiene sus preferidos.

La comunicación del padre con Samuel está ligada a la escuela. Las preguntas del padre sensato no faltaron: “¿cómo te va en clases?” “¿Y el próximo año? ¿Y los demás, cuando te mande a la universidad en Lima?” El padre le recomienda que sea médico y él quiere ser ingeniero. Lo interroga para saber su situación académica, si está aprobado o desaprobado, si se siente bien y cómodo, si entiende o no entiende las clases, si el profesor lo trata bien o mal, si llega temprano o tarde, si hace o no las tareas, si sus compañeros son amigos o no. No se queda en el presente, se proyecta, piensa en el siguiente año; busca que el hijo se proyecte, piense en futuro, en lo que vendrá. Ya le ha elegido la universidad donde estudiará, la mejor según su percepción, aunque lamenta la separación de su hijo y sus compañeros, quienes no tienen las condiciones para estudiar en la misma universidad.

Para el cuento “La persecución de Facundo”, no faltan las referencias y el escenario que corresponden al colegio. Para el colegio, a César (hermano de Consuelo) le falta mucha voluntad, ganas, interés. La indiferencia es latente: “No podía estudiar. Saliendo a las cuatro del colegio y tomando en seguida el café con leche y el pan con asado, él mismo suponía que le quedaba mucho tiempo para estudiar antes de acostarse” (p. 337). Por tradición, en la familia, los mayores cuidan y protegen a los menores. La hermana conoce totalmente a Roberto; en efecto, ella lo amonesta:

a trabajar se ha dicho, remolón, tienes que fajarte chancando las Matemáticas de Matías Sánchez, siéntate, ocioso de dos por medio, toma lápiz y papel, no pienses en Amelia y resuelve este ejercicio. Vamos a ver, la primera ecuación. Escribe, animal... (pp. 337 y 338)

Se encerraba en su cuarto fingiendo estudiar, rechazando las molestias de su hermana, ante cuya bulla y conflicto intervenía la madre: “¿Qué bulla es ésa, muchachos?” Las riñas, las peleas, los conflictos entre los hermanos son frecuentes en todas las familias. No existe una donde no se experimenten estas cosas, son parte de la vida, hacen crecer, consolidan los vínculos familiares; desarrollan las experiencias de los padres en la conducción de los niños y los adolescentes.

Los adolescentes admiran a una mujer, la determinan en su espejo de todos los días. El cuento “La primera mujer” fue dedicado a uno de los escritores más recordados, significativos y representativos de la literatura peruana, don Abraham Valdelomar. Según el acto narrativo de este cuento, los muchachos dejan la escuela, cambian la escuela por la señora. Neuburger, la mujer más simpática de Caraz: “Entonces los muchachos (tímidos en aquella época) guardábamos nuestros cuadernos y en vez de ir a la escuela, la seguíamos a distancia, tirándole piedrecitas” (p. 342). Para los muchachos, el mejor libro, el mejor cuaderno, el lápiz, el lapicero, el borrador, el horario, indudablemente,

era la bella señora, quien les había entrado por todos los sentidos, mucho más por los ojos vivaces y experimentadores.

Únicamente los maestros y las burlas de las muchachas nos hacían olvidarla. Así fueran jóvenes, los maestros tenían una especial calma de viejos; en clase parecían tomarnos de la mano y llevarnos por extraños y fascinantes caminos de donde volvíamos cargados de novedades. Nuestra cabeza era rica e infinita, nuestras manos lo podían todo. Sólo había que ir al fondo y no cansarse nunca, nada más. Y las muchachas, con sus bromas sobre la alemana y la locura que había despertado en nosotros, nos devolvían a lo que alguna vez sería nuestro: a sus ojos pardos de auténticas caracinas, a sus cabelleras azules de tan negras. (p. 344)

Los alemanes y los ingleses estaban en guerra. También en Caraz lo estaban el alemán Neuburger y el inglés Morris. Los alemanes y el inglés perdieron la guerra, los primeros en Europa y el segundo en Caraz. El alemán había retornado a su país y el inglés se quedó con su esposa convertido en territorio conquistado tal vez o ganado por la guerra también. El colegio y los muchachos desfilarían “celebrando la victoria. A la cabeza irían el estandarte y el propio director”, amigo del señor Morris. La celebración se hizo con bebidas y tragos, con los muchachos: “¡Salud, muchachos! –volvió a gritar Morris hacia nosotros, los más chicos–. ¡No le tengan miedo al licor! ¡A veces es un buen compañero, como esta noche, por ejemplo!” (p. 345). El resultado de este festejo fue terrible. Los resultados de la fiesta y, sobre todo, del licor

son interminables, indescriptibles, jamás imaginados. La señora le había baleado a Morris; ahora el escenario de la guerra se había ubicado en Caraz. Con la defensa de los muchachos a favor del inglés:

Y vimos la mueca torcida por el primer balazo o por las copas rotas, al hombre agujijoneado de nuevo por el pecho, y ahora por la espalda, levantado y estrellado contra el mostrador y ahora cayendo y diciéndonos algo a los más chicos, abajo, junto al suelo. Ella quizá pensó que había terminado su tarea. ¡Ah, no! Entre dos le quitamos el arma, otro la cacheteó, el de atrás la torció del pelo, casi le quebró el cuello, el de adelante le rompió el traje como si fuera papel. La arrastramos hasta la puerta donde ya habían llegado los guardias. Todos seguíamos pateándola, desnudándola, casi repartiéndonos sus brazos y piernas. (p. 345)

Cada muchacho se mueve y mueve su voluntad en la misma dirección de la de todos, de la mayoría, de la masa. Muchas veces no se piensa durante la actuación, se actúa sin hacer discriminación, igualando a todo y a todos. La actuación de los muchachos, en estas condiciones y con las emociones desbordadas, es altamente peligrosa para sí mismos y para los demás. Los adolescentes, según el desarrollo psicológicos, tienen amores platónicos, se enamoran de la mujer más hermosa, no importa si es alcanzada o no. Se alegran y se emocionan solamente observándola, solo mirándola, mirando su desplazamiento por las calles, se alegran cuando camina sola, se entristecen y se decepcionan cuando camina acompañada. Siempre la buscan con su mirada, ella solamente

sirve para ser mirada. No importa la edad, solamente interesa su hermosura, su belleza de mujer. La mujer amada continúa “hablando” aunque esté muerta entre sus ojos: “En el suelo, menos inmóvil que sucia, pero todavía hermosa, se quedó la primera mujer que los más chicos habíamos amado en nuestras vidas.” (p. 345)

“El nuevo jefe” es un cuento de estructura singular. Es el penúltimo del volumen *Cuentos completos I*, cuyo escenario del colegio está ausente, solamente están las referencias a los colegiales y los empleados más jóvenes, en marcha veloz y agitada que deja postergado en el camino al señor Vidal, quien “siempre como el reloj” llega a la oficina a la hora exacta, es más puntual que el mismo reloj, así lo conocen todos. Reconoce la fuerza de la juventud y su desigual competencia: “Únicamente [la tilde es nuestra] los colegiales más inquietos o los empleados más jóvenes pueden ganarme el paso. Ellos no andan, se escapan como mulas o perros sin dueño. Al resto los dejo atrás, y eso que bajo sin bastón” (p. 364).

Reflexiones finales

En el contexto bíblico, evangélico y eclesial, la palabra *Maestro* ha sido empleada para dirigirse a Jesús: Salvador, Redentor, cuya significación sea posiblemente inalcanzable por los humanos en esta Tierra devastada por la torpeza de los hombres, el pecado, la perversión, la maldad y las “bestias” que llegan a este planeta en conjuntos multiplicados todos los días, en todas las formas y en los volúmenes jamás imaginados, sospechados. Significa, en este contexto, una referencia a la divinidad y a la grandeza de Jesús, en su suprema dimensión de enseñante, en su entorno de discipulado.

Sin embargo, el concepto *Maestro* también ha ingresado en el ámbito académico, posiblemente más en el universitario, para dirigirse y designar al profesor quien más influye, quien deja, en mayor dimensión, su imagen y su grandeza de profesor. Los discípulos, generalmente en el ámbito universitario, saludan, conversan, dialogan, interrogan a sus profesores con la referencia magnífica de *Maestro*, desparramando en el medio académico y en los oídos de sus protagonistas, la admiración, la significación y el reconocimiento a la señoría del profesor. Esperamos que la significación de *Maestro* no se desgaste por el uso de los hablantes y con el devenir del tiempo, porque la tendencia de todo es ir al desgaste y deterioro.

¿Qué sentido y significación tienen estas reflexiones, en este espacio? ¿Por qué y para qué escribir estas cosas, en este contexto de la narrativa de C.E. Zavaleta? En realidad, en Zavaleta no solamente hemos encontrado un escritor, un narrador de cuentos y novelas, tampoco únicamente un ensayista, un articulista, o tal vez un adjunto a las embajadas peruanas en diferentes países. Hemos encontrado en Carlos Eduardo un profesor universitario, mejor dicho y con la dimensión más perfecta y completa de la palabra: un *Maestro*.

El *Maestro* no se queda solamente entre las cuatro esquinas del aula, sale con mucha frecuencia del aula; no se encasilla, empuja todo hacia afuera; el salón es solo un pretexto para el encuentro de los protagonistas: profesor y estudiante; traslada el ambiente del aula, hacia afuera, hacia otros espacios: académicos, sociales, culturales, literarios; camina siempre por los pasillos de la vida; busca y cultiva las emociones de sus discípulos, conquista los territorios más escondidos de sus discípulos; llega a la hora exacta cuando es requerido, satisface todos los apetitos de los discípulos; en todo tiempo, el *Maestro* evita las muertes académicas. Aparece y se conecta en todos los espacios, los tiempos y las circunstancias, en los cuales los ojos de los discípulos quedan con las luces prendidas y con la voluntad sin desmayar, aunque el mundo esponga y deje todo su peso sobre ellos.

Zavaleta, el *Maestro* de muchas generaciones, ha construido su narrativa en un escenario donde nacen, se encuentran y desfilan los maestros, los estudiantes, los padres de familia y los otros, con la visión

llena de la región, de la nación, de la cultura, de la educación, de la literatura, de los pobres, de los ricos, de los nacionales y también de los extranjeros. Él ha tenido el privilegio de experimentar, en cierta medida, la vida de sus propios personajes, quienes no son ajenos a las experiencias de los singulares y los colectivos: fraccionadas, desiguales, heterogéneas, marginales, desatendidas, incluso violentas, frías, huérfanas y distantes.

Carlos Eduardo Zavaleta escribe una narrativa no solamente ligada a los aspectos literarios, culturales, sociales, regionales, nacionales, educativos, políticos, religiosos, sino tiene una conexión bastante visible con los aspectos psicológicos, gracias a los cuales crea, tipifica y narra las acciones, las conductas y los comportamientos de sus personajes en escenarios completamente reales, complejos, violentos, conflictivos, desconfiables, competitivos, pendencieros, rivales, heterogéneos, disímiles. Nació para esto y otras cosas.

Referencias

- Albújar Regalado, W. (2016). Clima social familiar en mujeres víctimas de violencia familiar en el distrito de Nepeña, 2013. *In Crescendo. Ciencias de La Salud*, 3(1), 60–67.
- Altamirano, C., y Sarlo, B. (1980). *Conceptos de Sociología Literaria*. Centro Editor de América Latina.
- Álvarez, R. (2014). De Narciso Aréstegui a Antonio Cornejo Polar (Antecedentes contextuales del concepto de heterogeneidad literaria). *Valenciana*, (14), 141–171.
- Aprile, N. S. (2020). La responsabilidad del Estado por casos de violencia doméstica. *Precedente. Revista Jurídica*, 17, 125–157. <https://doi.org/10.18046/prec.v17.4382>
- Arana Toscano, C. (2022). Narrativas en discursos de opinión sobre la protesta social en Colombia. Un análisis de artículos de opinión desde la semiótica narrativa. *Discurso y Sociedad*, 16(3), 527–548. [http://dissoc.org/en/ediciones/v16n03/DS16\(3\)Arana.pdf](http://dissoc.org/en/ediciones/v16n03/DS16(3)Arana.pdf)
- Arango, A. (2022). Paradojas de la autopropiedad: las dimensiones jurídica , ética y social implicadas en el dominio de sí mismo. *Argumentos Revista de Crítica Social*, 26, 329–354. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8663501>
- Argüello, L. A. (2020). La lectura literaria en Colombia: lenguaje, literatura, pedagogía. *El Toldo de Astier*, 11(20–21), 127–142. http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/117095/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Arrizabalaga, C. (2013). El generoso Carlos Eduardo Zavaleta. *Universidad de Piura*, 526, 243–246.

- Baquerizo, M. J. (2003). Introducción. *Cuentos Completos* 3 (1982-1996), 3, 13–39.
- Bhaszar, J. F. (2020). *La semiótica de la obra de arte*. Programa Editorial Universidad del Valle. <https://doi.org/10.25100/peu.536>
- Barcelata Eguiarte, B. E., y Alvarez Antillón, I. (2005). Patrones de interacción familiar de madres y padres generadores de violencia y maltrato infantil. *Acta Colombiana de Psicología*, (13), 35–45. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3182323&orden=247423&info=link%5Cnhttp://dialnet.unirioja.es/servlet/extart?codigo=3182323>
- Barros Cunha, R. (2007). La literatura peruana en proceso: ecos de Mariátegui en el “Primer Encuentro de Narradores Peruanos”. *Caracol*, (9), 316–343.
- Belevan-McBride, H. (2017). Palma y la Generación del 50. -I- Comenzando por una apostilla: el vano juicio de Sebastián Salazar Bondy sobre la Lima de Ricardo Palma. *Aula Palma*, 16(17), 225–238.
- Borges, J. L. (2009). Borges oral en Obras completas IV. *Emecé*, 1–7.
- Bravo, J. (2022). Factores psicosociales que inciden en la permanencia de mujeres en relaciones sentimentales con violencia doméstica. *Revista Estudios Psicológicos*, 2(2), 116–127. <https://doi.org/https://doi.org/10.35622/j.rep.2022.02.007>
- Buste Jara, A. M. (2016). *El acoso escolar y su incidencia en el rendimiento académico de los estudiantes del noveno año de educación básica de la “Unidad Educativa del Milenio C.G.V” de la Parroquia San Carlos, del cantón Quevedo año 2016*. Universidad de Guayaquil, Facultad de Comunicación Social Paralelo “Dr. Humberto Alvarado Prado”, Carrera Comunicación Social. Quevedo, Los Ríos, Ecuador.

- Calpa, H. J. (2019). La fábula como texto narrativo en la Pedagogía Crítico Social. *Revista Fedumar Pedagógica y Educación*, 6(1), 67–81. <https://doi.org/10.31948/rev.fedumar6-1.art5>
- Cangalaya Sevillano, L. M. (2016). *Espacios urbanos y tradición migrante en Párido, pero sereno, de Carlos Eduardo Zavaleta*. [Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos].
- Carrera, E. M., Barrera-Erreyes, H. M., y Salazar-Bonilla, M. F. (2020). Disciplina positiva, experiencia en la formación de la autonomía en los adolescentes Positive discipline, experience in the formation of autonomy in adolescents. *593 Digital Publisher CEIT*, 5(4), 12–23. <https://doi.org/https://doi.org/10.33386/593dp.2020.4.193>
- Castro, S. (2015). *La literatura fantástica en la cuentística de Carlos Eduardo Zavaleta* [Tesis, Universidad Nacional “Santiago Antúnez de Mayolo”]. http://repositorio.unasam.edu.pe/bitstream/handle/UNASAM/1318/TESIS_395_2015.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Castro García, Ó., y Posada Giraldo, C. (1994). *Manual de teoría literaria* (1ra ed). Editorial Universidad de Antioquía.
- Cateriano-Chavez, T. J., Rodríguez-Rios, M. L., Patiño-Abrego, E. L., Araujo-Castillo, R. L., y Villalba-Condor, K. O. (2021). Competencias digitales, metodología y evaluación en formadores de docentes. *Campus Virtuales*, 10(1), 153–163. <http://www.uajournals.com/ojs/index.php/campusvirtuales/article/view/673/437>
- Cisneros, L. J. (1997). Presentación. *Cuentos Completos I* (1954-1979), XI–XIV.
- Coca Vargas, C. A. (2014). *Siete ensayos de interpretación de la narrativa peruana de vanguardia*. [Tesis Universidad Nacional Mayor de San Marcos]. <http://scholar.google.com/scholar?hl=en&btnG=Search&q=inti>

tle:siete+ensayos+de+interpretacion+de+la+realidad+peruana#
0

- De Cássia, R., y Caliman, G. (2022). Interacción, diálogo y prácticas pedagógicas en el bachillerato. *Alteridad Revista de Educación*, 17(1), 103–113. <https://doi.org/https://doi.org/10.17163/alt.v17n1.2022.08>
- Di Leo, P. F. (2011). Violencias, sociabilidades y procesos de subjetivación: un análisis de sus vinculaciones en experiencias de jóvenes en tres ciudades de Argentina. *Persona y Sociedad*, 25(3), 55–78.
- Díaz Melendez, L. J. (2017). *Las ficciones y la vida: Los mundos narrativos en Muñequita linda de Jorge Ninapayta*. [Tesis de Magíster, Universidad Nacional de San Marcos]. https://cybertesis.unmsm.edu.pe/bitstream/handle/20.500.12672/6960/Diaz_ml.pdf?sequence=3&isAllowed=y
- Díaz Suazo, E., y Núñez, C. G. (2021). Implementación del diálogo pedagógico como estrategia metodológica que contribuye al desarrollo del pensamiento reflexivo en la formación inicial docente. *Cuaderno de Pedagogía Universitaria*, 18(36), 42–54. <https://doi.org/10.29197/cpu.v18i36.424>
- Elguera Olórtogui, C. A. (2010). El autómatas: la mirada surrealista, la crítica humanista. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, 1–16.
- Escajadillo, T. G. (n.d.). *El indigenismo narrativo peruano*.
- Espino Relucé, G. (2011). Carlos Eduardo Zavaleta, la sutileza del cuento y la violencia. *Cuadernos Literarios*, 6(9), 57–68.
- Ferreiro, N. A. (2021). Sobre cómo leer literatura, de Terry Eagleton. *Revista Exlibris*, 10, 354–358. <http://revistas.filo.uba.ar/index.php/exlibris/article/viewFile/3549/2420>

- Gallano, C. (2017). El cuento hispanoamericano del Siglo XXI. *América Sin Nombre*, (22), 1–178.
- Garcés, G. O., y Zambrano, A. X. (2019). Significados en torno al desarrollo del consumo problemático y la dependencia alcohólica en comunidades mapuches rurales de la región de la Araucanía, Chile, 2016-2017. *Salud Colectiva*, 15(e1932), 1–18. <https://doi.org/10.18294/sc.2019.1932>
- García-Bedoya, C. (2011). Carlos Eduardo Zavaleta (1928-2011). *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 37(73), 471–473.
- García-Bedoya M., C. (2009). Notas y comentarios. Estuardo Núñez: un siglo fructífero. *Letras*, 80(115), 165–176.
- García Hernández, J. (2018). La teoría narrativa del videojuego: intertextualidad, hipertexto y videojuego. *Revista Laboratorio*, 18, 1–22. <https://revistalaboratorio.udp.cl/index.php/laboratorio/article/view/28/25>
- García Miranda, C. (2010). Agendas narrativas: Una lectura de la narrativa peruana última. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, 1–7.
- González, M. (2019). Una fundamentación semiótica para los estudios interartísticos. *Humanidades: Revista de La Universidad de Montevideo*, 6, 177–197. <https://doi.org/https://doi.org/10.25185/6.7>
- González Montes, A. (2013). Antonio Gálvez Ronceros y su obra narrativa. *Un Vicio Absurdo*, 103–115.
- González Montes, A. (2014). La violencia en la obra narrativa inicial de Carlos E. Zavaleta. *Violencia Social y Política en La Narrativa Peruana*, 225–248.
- Herranz, C. V., y Segovia, A. (2022). Narraciones en papel: estudio de los tipos de textos narrativos empleados en las aulas madrileñas

de educación infantil. *Huarte de San Juan. Filología y Didáctica de La Lengua*, 22, 47–65.
<https://doi.org/https://doi.org/10.48035/rhsj-fd.22.3>

Jiménez Blanco, A. (2012). *Convergencias y divergencias en el discurso ideológico y político de la joven literatura española (1923-30)*. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Departamento de Periodismo III.
<https://doi.org/ISBN:978-84-693-1123-3>

Kapsoli, W., y Ocaña, H. (2015). Ancash. Capital cultural y educación. *Scientia*, 17(17), 317–320.

Lavanguardia|Libros. 27/04/2011 16:41 | Actualizado a 27/04/2011 21:51.
<http://www.lavanguardia.com/libros/20110427/54146275739/muere-el-escritor-peruano-carlos-eduardo-zavaleta.html>

Letralia Tierra de Letra (2011). *La revista de los escritores hispanoamericanos en Internet*, 15(252).

López Rosales, F., Moral de la Rubia, J., Díaz Loving, R., y Cienfuegos Martínez, Y. I. (2013). Violencia en la pareja. Un análisis desde una perspectiva ecológica. *Ciencias Humanas y de La Conducta*, 20, 6–16.

Lozano Alvarado, S. (2010). La comparación como método de producción del texto en los comentarios reales del Inca Garcilaso. *Pueblo Cont*, 21(1), 187–192.

Lozano Treviño, D. F., y Maldonado Maldonado, L. (2020). Relación entre convivencia, inclusión, disciplina y violencia escolar en Educación Media Superior en México. *Daena: International Journal of Good Conscience*, 15(1), 329–349.
<http://recursosdigitales.usb.edu.co:2048/login?url=https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=144462798&lang=es&site=ehost-live>

- Macías-Catagua, O. W. (2018). El desarrollo de competencias genéricas en el docente universitario. *Dominio de Las Ciencias*, 4(3), 240–252. <https://doi.org/10.23857/dc.v4i3.806>
- Machuca, D. M. (2023). *Docencia, fuente de conocimiento y enseñanza* [Tesis de especialidad, Universidad del Azuay]. <https://dspace.uazuay.edu.ec/handle/datos/13093>
- Maltz, H. (2020). Discusión sobre sociología de la literatura. *Políticas de La Memoria*, 20, 261–271. <https://doi.org/https://doi.org/10.47195/20.668>
- Manky, O. (2007). La lucha por nominar: los significados de “lo andino” en la narrativa peruana contemporánea. *Debates en Sociología*, (32), 91–108.
- Marín-González, F., García, J. N., Inciarte, A., Sánchez, E., Conde, M., & García-Martín, J. (2019). Evaluación y metodologías docentes y su incidencia en las competencias genéricas: perspectivas teóricas. *INFAD Revista de Psicología., Monográfico(1)*, 187–198. <https://doi.org/10.17060/ijodaep.2019.n1.v3.1469>
- Martos Carrera, M. (2013). Ficción y poesía en el Perú (Fiction and Poetry in Contemporary Peru). *Letras*, (54), 125–161.
- Martos Carrera, M. (2016). La generación literaria peruana de los años cincuenta. *Escritura y Pensamiento*, 19(39), 235–264. <https://doi.org/https://doi.org/10.15381/escrypensam.v19i39.13726>
- Martos Carrera, M. (2016). La generación literaria peruana de los años cincuenta. Peruvian Literary Generation. La génération littéraire des années 50. *Escritura y Pensamiento*, 19(39), 235–264.
- Mautino Guillén, A. (2013). Elementos estructurales en la narrativa de Ribeyro. *Algunas incisiones sobre tres historias sublevantes*, (1983), 113–127.

- Mendoza, J. (2021). Psicología cultural y mediación: diálogo, retórica y narración. *Psique Boletín Científico Sapiens Research*, 11(1), 19–28.
<https://www.srg.com.co/bcsr/index.php/bcsr/article/view/335/305>
- Molina Fernández, C. (2006). Cómo se analiza una novela. Teoría y práctica del relato, I. *Per Abbat: Boletín Filológico de Actualización Académica y Didáctica*, 35–60.
- Morales Mateo, R. (2017). *Escuela y el cuento: un estudio literario en la narrativa de Zavaleta*. [Universidad Peruana Unión].
<https://repositorio.upeu.edu.pe/handle/20.500.12840/1113?show=full>
- Mudarra, A. (2022). El sujeto marginal en la narrativa de la generación del 50 (Enrique Congrains, Sebastián Salazar Bondy y Julio Ramón Ribeyro): polisistemas, realismo y política. *Bol. Acad. Peru. Leng.*, 72, 145–164.
<https://doi.org/https://doi.org/10.46744/bapl.202202.004> Bol.
- Neira García, M., Mejía Vásquez, R. M., & Daniel Josué, F. R. (2021). Un estudio sobre dependencia emocional y estrategias de afrontamiento en mujeres víctimas de violencia doméstica. *Revista Muro de La Investigación*, 1, 10–22.
<https://doi.org/10.17162/rmi.v6i1.1435>
- Ojeda-Nahuelcur, R., Carter-Thuillier, B., López-Pastor, V., Fuentes-Nieto, T., & Gallardo-Fuentes, F. (2022). Evaluación de competencias genéricas en profesores de educación física. *Retos*, 43, 521–532. <https://doi.org/10.47197/retos.v43i0.88796>
- Olivares, J., Alcázar, A. I. R., and García, L. J. (2004). Fobia social en la adolescencia. El miedo a relacionarse y a actuar ante los demás. *Reseñas Ojos Solares*, 125–127.
- Panata Niveló, S. E., Yérrez Núñez, M. Y., y Panimboza Flores, M. L.

(2020). Estrategias metodológicas para el manejo de la disciplina desde el paradigma de la convivencia en el ámbito escolar, en niños de tercer año EGB de la unidad educativa “Vicente Anda Aguirre” del cantón Mocha, provincia de Tungurahua. *ROCA Revista Científico - Educativa de La Provincia Granma.*, 16, 473–482.

<https://revistas.udg.co.cu/index.php/roca/article/view/1511/2678>

Patró Hernández, R., y Limiñana Gras, R. M. (2005). Víctimas de violencia familiar: Consecuencias psicológicas en hijos de mujeres maltratadas. *Anales de Psicología*, 21(1), 11–17. <https://doi.org/10.6018/27071>

Pérez Ramos, C. P. (2016). Clima social familiar en internos del Centro de Atención Residencial San Pedrito, Nuevo Chimbote, 2016. In *Crescendo. Ciencias de La Salud*, 3(1), 77–84.

Pouliquen, H. (2017). De la sociología de la literatura a la sociocrítica y a la estética sociológica. *La Palabra*, 31, 39–49.

Quiñonez Tapia, F., Pérez Ávalos, P. A., Martínez Casillas, M. E., y Cordero Carillo, C. (2015). La ansiedad en adolescentes de bachillerato de la región norte de Jalisco. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 18(1), 1009–1025.

RevistaArcadia.com.<http://www.revistaarcadia.com/libros/articulo/fall-ece-escritor-peruano-carlos-eduardo-zavaleta/24786>.
2011/04/26)

Reyes, V., Reséndiz, A., Alcázar, R. J., y Reidl, L. M. (2017). Las estrategias de afrontamiento que utilizan los adolescentes ante situaciones que provocan miedo. *Psicogente*, 20(38), 240–255. <https://doi.org/10.17081/psico.20.38.2544>

Ripoll-Núñez, K., y Arrieta-Caycedo, C. A. (2022). ¿Qué es un docente de calidad? Perspectivas de docentes y estudiantes de una institución de educación superior en Colombia. *Revista*

Colombiana de Educacion, 1(85), 9–29.
<https://doi.org/10.17227/rce.num85-11690>

- Rojas, A., Luna, J., y Hernández, I. (2021). Competencias docentes específicas para profesores de programas de psicología. *Sathiri: Sembrador*, 16(1), 61–76.
<https://doi.org/10.32645/13906925.1040>
- Rojo, V. (1997). *Breve manual de reconocer minicuentos*. (1ra ed). Universidad Autónoma Metropolitana, ISBN: 970-654-070-9.
- Roldán Vargas, O., Giraldo Giraldo, Y. N., y Martínez Trujillo, M. L. (2017). La emoción como estrategia movilizadora de la acción política de niños, niñas y adolescentes. *Revista Lasallista de Investigación*, 14(2), 152–159.
<https://doi.org/10.22507/rli.v14n2a14>
- Romero, L., Mariángel, K., Baéz, T., De La Jara, J. A., Ávalo, P., & Ramírez, V. (2023). La voz como herramienta profesional: técnica y autocuidado vocal para el desempeño docente. *REXE Revista de Estudios y Experiencias En Educación*, 22(48), 30–47.
<https://doi.org/https://doi.org/10.21703/0718-5162.v22.n48.2023.002>
- Salgado, E. R. (1999). *Vestido de luto: un conjunto de valores pedagógicos*. [Tesis, Universidad Peruana Unión].
- Sánchez, V., Corimayhua, I., Catacora, Y. M., & Chang, J. L. (2021). La pedagogía de la ternura: algunas reflexiones académicas The pedagogy of tenderness: some academic reflections A pedagogia da ternura: algumas reflexões acadêmicas. *Paidagogo. Revista de Investigación en Ciencias de la Educación*, 3(1), 40–51.
<https://doi.org/https://doi.org/10.52936/p.v3i1.45>
- Santillán, M., Fonseca, R., Abreu, O., Ron, M., & Mejía, R. (2020). La Semiótica como herramienta dicotómica a la investigación Semiotics as a dichotomous tool for the researching. *Espacios*, 41(9), 1–15.

<https://w.revistaespacios.com/a20v41n09/a20v41n09p09.pdf>

- Serquén Montehermoso, T. (2020). La lectura sociocultural de textos narrativos en el desarrollo de la literacidad crítica. *Educare Et Comunicare: Revista de Investigación de La Facultad de Humanidades*, 8(1), 44–61. <https://doi.org/10.35383/educare.v8i1.383>
- Susanne, G., Pereda, N., y Guilera, G. (2017). ¿Contar o callar? La respuesta de los adolescentes del sistema de justicia juvenil ante las experiencias de exposición indirecta a violencia. *Reic Revista Española de Investigación Criminológica*, 3(15), 1–23. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6226915>
- Valdivia Álvarez, J. G. (2017). Carlos García-Bedoya Maguiña (2016). El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: Figuras representativas. *Letras*, 88(128), 228–231.
- Vásquez-Caicedo Rainero, E. C. B. (2017). “Las palabras están de su lado y no me defenderán”: un análisis del discurso letrado masculino y la subalternización de la mujer indígena en tres cuentos de Carlos Eduardo Zavaleta. Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas.
- Vásquez Villanueva, S. (1996). Vestido de luto: un cuento para maestros. *Paideia Revista de Ciencias de La Educación*, 2(2), 103–110.
- Vásquez Villanueva, S. (2000). *La simbología social en la narrativa de C.E. Zavaleta*. [Tesis de Magíster, Universidad Nacional Mayor de San Marcos].
- Vásquez Villanueva, S. (2004). Presentación. *Narrativa peruana del siglo XX (Brevario)*, 5–8.
- Vásquez Villanueva, S. (2012). Prólogo. *El Gozo de La Letras III*, 9–20.

- Vera, F., & García-Martínez, S. (2021). Creencias y prácticas de docentes universitarios respecto a la integración de tecnología digital para el desarrollo de competencias genéricas. *Revista Colombiana de Educación*, 1(84), 1–16. <https://doi.org/10.17227/rce.num84-11582>
- Villafán Broncano, M. (2011). José María Arguedas: el arte de un quechua moderno. *Pueblo Cont*, 22(1), 64–74.
- Zavala, L. (n.d.). Un modelo para el estudio del cuento. *Tiempo y Laberinto*, 26–31. https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/31110136/casa_del_tiempo_num90-91_26_31.pdf
- Zavala, L. (2007). De la teoría literaria a la minificción posmoderna. *Ciências Sociais Unisinos*, 43(1), 86–96.
- Zavaleta, C. E. (1996). Ribeyro, artista y literario. *Paideia Revista de Ciencias de La Educación*, 2(2), 86–98.
- Zavaleta, C. E. (1997). *El gozo de la letras (Ensayos y artículos, 1956-1997)* (1ra ed). Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Zavaleta, C. E. (2004). *Narrativa peruana del siglo XX (Brevario)*. (1ra ed). Editorial Imprenta Unión de la Universidad Peruana Unión, Ediciones Madesa.
- Zavaleta, C. E. (2006). *Narradores peruanos de los 50's. Estudio y antología*. Editorial Instituto Nacional de Cultura, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.
- Zavaleta, C. E. (2009a). Julio Ramón Ribeyro, artista literario (Segunda perspectiva). *Revista Letras*, 80(115), 199–204.
- Zavaleta, C. E. (2009b). Reseñas Carlos Eduardo Zavaleta (Antología, prólogo y selección de textos). *Letras*, 80(115), 223–246.

- Zavaleta, C. E. (2011a). Arguedas, nudo de símbolos. *Ínsula Barataria, Revista de Literatura y Cultura*, 9(12), 85–94.
- Zavaleta, C. E. (2011b). Prólogo. Mario Veloso. *Jamás y Para Siempre*, 7–12.
- Zavaleta, C. E. (2012). *El Gozo de la Letras III* (Primera ed). Centro de Aplicación Editorial Imprenta Unión de la Universidad Peruana Unión.
- Zuñe Flores, G., Mejía Guevara, J., Caramantin Castillo, L., & Bocanegra Vilcamango, B. (2021). Autoridad y autoritarismo, una dicotomía en el salón de clases. *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 6(29), 1–13. <https://doi.org/10.46652/rgn.v6i29.822>

CIDE
EDITORIAL



ISBN: 978-9942-636-29-4



9789942636294